

MAESTRÍA EN GESTIÓN DE DISEÑO

TESIS DE MAESTRÍA

CUERPO

B

La museificación de la Confitería del Molino (1997-2023)

Retórica de la valoración, relato nostálgico,
búsqueda identitaria y espectacularización

Miguel Jurado

6726

Maestría en Gestión del Diseño

**Facultad de Diseño y Comunicación de la
Universidad de Palermo**

Arte y Comunicación

MARINA MENDOZA

14-03-2026



Facultad de Diseño
y Comunicación

Índice

Introducción	4
Capítulo 1. Nostalgia e identidad en la construcción del valor patrimonial	27
1.1. La transformación del valor patrimonial	28
1.1.1. Valor patrimonial, turismo y apropiación social	31
1.1.2. Monumento y patrimonio, dos etapas en la evolución.....	34
1.1.3. Del hito al mito a través del rito	37
1.1.4. La retórica del valor	39
1.1.4.1. Puesta en valor, la validación contemporánea	40
1.1.4.2. La épica de la restauración	42
1.1.4.3. ¿Por qué el valor de un edificio conduce a su restauración? 45	
1.2. Los usos de la nostalgia: del marketing al patrimonio como producto	48
1.2.1. La nostalgia en la arquitectura, crónica de un eterno retorno	50
1.3. Identidad, memoria y globalización	53
1.3.1. Palimpsesto y memoria urbana	56
1.3.2. La museificación en el destino del patrimonio	58
1.4. Consumo visual y espectacularización patrimonial.....	59
1.5. Conclusiones del Capítulo 1.....	62
Capítulo 2. Retóricas de validación para el patrimonio porteño	64
2.1. La fuente del valor	65
2.1.1. La capital de un imperio que nunca existió.....	66
2.1.2. El cambio a un paradigma nacionalista	70
2.1.3. Conservación, democratización e inclusión.....	73
2.1.4. La tendencia del siglo XXI	76
2.2. La disputa por el patrimonio	78
2.2.1. Una imagen <i>for export</i>	81
2.3. La narrativa como validación ideológica	82
2.3.1. Un símbolo que se transforma.....	86
2.4. Conclusiones del Capítulo 2.....	88
Capítulo 3. Patrimonialización y restauración de la Confitería del Molino	91
3.1. Radiografía de un caso singular.....	92
3.1.1. ADN de un hito urbano	96
3.1.2. Pretensiones de hito urbano	100
3.1.3. Semiosis social en la Confitería del Molino	103
3.1.3.1. El arte del doble discurso	106
3.1.4. De ícono social a patrimonio cultural	107
3.1.5. Una pieza singular en el rompecabezas urbano	111

3.1.5.1. Ignorada hasta su resurrección.....	112
3.1.5.2. Movilización social al rescate de la Confitería	117
3.2 Un lugar en la historia del patrimonio	119
3.2.1 Retórica del valor en la Confitería	121
3.2.2. El peso de la historia.....	122
3.2.3. El Molino como idea literaria	124
3.2.4. Conexión emocional y retórica nostálgica.....	125
3.3. Conclusiones del Capítulo 3.....	130
Capítulo 4. El camino hacia la museificación.....	132
4.1. Sacralización y museificación, procesos, herramientas y simulacros	135
4.2. La causa funcional y el destino manifiesto.....	137
4.2.1. Mixtura de usos contemporáneos.....	139
4.3. La causa formal, apariencia e imagen	141
4.3.1. Prensa y comunidad	143
4.4. La causa simbólica.....	145
4.4.1. El mismo hito, un nuevo rito y el cambio de mito	147
4.4.2. Participación y memoria colectiva	149
4.4.3. Nostalgia en las redes	151
4.5. Conclusiones del Capítulo 4.....	154
Conclusiones	157
Bibliografía	167

Introducción

A principios de la década de 1990, múltiples actores de la sociedad porteña comenzaron a mostrar un interés inusual por defender edificios de fines del siglo XIX y principios del XX ante la presión inmobiliaria que amenazaba con derribarlos (González Bracco, 2013). Esa voluntad por preservar los testimonios del pasado tiene una explicación: con el paso del tiempo, la arquitectura de la alta burguesía porteña, construcciones destinadas a sobreactuar la dignidad de la elite gobernante y dar testimonio de la grandeza de un pasado que no tuvo, se habían convertido en emblema identitario, ya no de una clase social, sino de toda la sociedad.

A esta condición se sumó, casi automáticamente, una tendencia a convertir cada edificio preservado en una pieza de museo a escala urbana, un monumento conmemorativo de un pasado idealizado. Para lograrlo, casi invariablemente, ese objeto era privado de cualquier función vital contemporánea, convirtiéndolo en un elemento dispuesto para su mera contemplación. Como se verá en la presente investigación, esta valoración de las condiciones simbólicas de la arquitectura condujo a una sobreestimación de su apariencia por encima de cualquier otra de sus virtudes.

Este proceso es consecuencia del decaimiento de la fe en los valores del progreso y del culto de lo antiguo, condiciones que experimenta la sociedad actual ya explicadas por Zygmunt Bauman en *Modernidad líquida* (2003). Como sostiene el autor, al debilitarse las utopías, crece la nostalgia y la idealización del pasado, lo que empuja a buscar soluciones mirando hacia atrás en el tiempo (Bauman, 2017). En Buenos Aires, el desvanecimiento del optimismo por el futuro se puede ver en el nacimiento de una nostalgia selectiva que mitificó el legado de una arquitectura nacida con pretensiones aristocráticas.

La Confeitería del Molino sintetiza este proceso de la mejor manera, constituye un caso que explica la singularidad de la época. Para entenderlo, es necesario salir de los límites del sentido común que indica que todo lo singular y antiguo tiene un valor intrínseco para preguntar cómo se construye ese valor. Por caso, el edificio que es objeto de estudio aquí fue

olvidado por largo tiempo, ignorado por los estudios académicos, subvalorado por la crítica, para terminar recibiendo una tardía patrimonialización. A pesar de eso, durante su restauración y en la actualidad, la obra se convirtió en la estrella de las preservaciones patrimoniales de Buenos Aires y en un emblema urbano.

La presente investigación aborda el componente nostálgico y la búsqueda identitaria que construyen la valoración de la Confitería del Molino, explica cómo estas condiciones y la espectacularización de su imagen conducen a la museificación del edificio. En este sentido, el trabajo de De Marco (2023) ayuda a situar la Confitería dentro de un repertorio estilístico que concentra memorias y vínculos emocionales especialmente intensos: el *Art Nouveau*, en su versión porteña, revela un entramado donde se condensa la experiencia histórica y afectiva de Buenos Aires. Desde este enfoque, la Confitería del Molino se vuelve un caso paradigmático de la construcción del valor y del proceso de patrimonialización que adquiere múltiples significados.

El edificio fue construido entre 1912 y 1917 en la esquina de las avenidas Callao y Rivadavia, en Buenos Aires, Argentina (Anexo Cuerpo C, Figura 1). La planta baja de la construcción fue destinada a confitería, cafetería y salón de té y el primer piso contenía los salones de fiesta. Los subsuelos albergaron el sector industrial y los depósitos del establecimiento. En los pisos altos se dispusieron departamentos para su alquiler. En la década de 1990, el edificio dejó de cumplir su rol inicial para pasar por un período de abandono y decaimiento del cual se está recuperando después de ser declarado Monumento Histórico Nacional en 1997 y de haber experimentado una puesta en valor todavía en curso.

En este análisis se entiende por valoración al proceso que engloba el rescate del edificio después de un tiempo de olvido y decadencia, su patrimonialización, expropiación y posterior restauración. Un conjunto de acciones normativas y argumentativas, orales, escritas y visuales destinadas a persuadir sobre el valor del edificio y la pertinencia de su conservación y recuperación. Aquí se aborda la patrimonialización como una construcción social que le asigna valor a ciertos testimonios materiales o inmateriales de la cultura por encima de otros siguiendo la orientación ideológica que hegemoniza a cada época (Martins Fonseca, 2018).

El proceso de valoración de la Confitería del Molino se produce a partir de la década de 1990, luego de un período de abandono que concluye con su cierre comercial en 1997. Para evitar la pérdida definitiva del edificio, ese mismo año, el Poder Ejecutivo lo declara Monumento Histórico Nacional. Ante las dificultades manifiestas para su mantenimiento y protección, luego de diecisiete años se promulga su expropiación, momento en el que se dispone un plan de restauración y puesta en valor. A fines de 2024, la Comisión Administradora del Edificio del Molino aseguraba que la restauración del edificio estaba realizada en un 60%, mientras que el área específica de la confitería (subsuelos, planta baja y primer piso) estaba ejecutada casi al 100% (Gómez, 2024).

En la presente investigación se usa la denominación Confitería del Molino para referirse al edificio que es sujeto de valoración patrimonial y no a la razón social de la empresa que funcionaba en dicha construcción hasta 1997. Alternativamente, aquí también se denomina al edificio como el Molino o la Confitería. La realidad es que, la construcción que hoy busca destino como centro cultural, museo y confitería ha sido rebautizada como “Edificio del Molino”, nombre que se considera menos alusivo a la pieza arquitectónica y a la historia que encarna y se quiere analizar.

La pregunta problema que atraviesa esta investigación es ¿cómo contribuye el proceso de restauración contemporáneo a la museificación de la Confitería del Molino? En esta tesis se entiende por museificación al proceso por el que un bien patrimonial es sustraído de su uso cotidiano y contemporáneo para ser convertido en una pieza de museo a escala urbana, dispuesta para su contemplación (Huyssen, 2006).

En función de lo antedicho, el objetivo que se persigue aquí es analizar cómo la retórica de valoración del edificio busca evocar un sentimiento nostálgico del pasado y vínculo identitario que alienta y conduce a la patrimonialización de la Confitería pero que también determina su museificación. Este objetivo general se alcanza a través de tres objetivos específicos. En primer lugar, describir la relación entre nostalgia, identidad y valor en la historia de la patrimonialización de los edificios de Buenos Aires. El segundo objetivo específico es analizar cómo los discursos mediáticos, políticos, técnicos y sociales han

legitimado el rescate de la Confeitería mediante narrativas nostálgicas e identitarias que pusieron a su apariencia como valor hegemónico del bien. El tercer objetivo es determinar cómo el proceso de valoración, las medidas de preservación material del edificio y la espectacularización de su apariencia conducen a la marginación del edificio de una vida urbana contemporánea y significativa.

La hipótesis de este trabajo sostiene que la museificación de la Confeitería del Molino se produce porque el proceso de restauración contemporáneo construye su valor patrimonial a partir de una narrativa nostálgica de un pasado idealizado y de la búsqueda de una identidad urbana que privilegia la espectacularización de su apariencia física y el consumo visual por sobre usos sociales contemporáneos y funcionales.

El desarrollo desde la patrimonialización del Molino hasta su museificación es complejo, pero no por eso menos frecuente, dado que sucede con muchos edificios patrimoniales en todo el mundo. Sin embargo, este proceso adquiere condiciones particulares en Buenos Aires, lo que torna este análisis significativo para el campo del diseño arquitectónico local.

La proclamación de la Confeitería del Molino como Patrimonio Histórico es el punto álgido de esa secuencia, toda vez que sacraliza definitivamente al objeto, convirtiéndolo en parte de una suerte de legado ancestral, y por lo tanto intocable. Alcanzado ese punto, el edificio ya no necesita alguna legitimación extra: él mismo se convierte en fuente de legitimidad como testimonio de identidad nacional (Pérez Winter, 2020).

Ahora bien, ¿cómo sucede esto? Para alcanzar esa consagración tuvo que haber existido una retórica de validación que, si bien hizo énfasis en las cualidades históricas y artísticas del bien, estuvo fundada en realzar los sentimientos nostálgicos que despierta en la sociedad, apoyados en necesidades identitarias de la población y de las autoridades de la ciudad. Para la ciudadanía, la época que representa el edificio es un período de bonanza y esplendor perdidos, un tiempo en el que la seguridad y la fe en el futuro eran moneda corriente. Así es que para ella, la permanencia de la construcción se convierte en prioritaria por su valor simbólico. Por otro lado, para las autoridades, el edificio y su arquitectura completan las necesidades de afirmación cultural de Buenos Aires en un momento en el que

la competencia de ciudades a nivel global requiere de un carácter urbano distintivo que atraiga turismo e inversiones.

Estas dos necesidades, una emocional y otra mercantil, cimientan la patrimonialización del Molino. Como bien explica Llorenç Prats (2005), la patrimonialización de un bien implica sacralizarlo simbólicamente, dotándolo de un aura que lo aleja de lo profano. Si lo patrimonial es sagrado, y lo sagrado, por definición, es inalienable y eterno, el edificio se convierte en intocable. Pero en este punto se abre una necesidad que permite perfeccionar el uso del patrimonio. Como es bien sabido, cualquier bien sufre un inevitable decaimiento por el mero el paso del tiempo; de hecho, el Molino es declarado patrimonio con un notable y visible deterioro, por lo que su restauración y mantenimiento se convirtieron en imprescindible. El carácter de esa restauración fue la de puesta en valor, un término muy extendido que se relaciona con la conservación física del bien, así como con la revitalización de sus significados sociales y culturales. Sin embargo, la mayoría de las veces, el término es asociado a la sola restauración.

Resulta llamativo el uso de esos vocablos ya que el valor del bien siempre es establecido antes de su patrimonialización, previo a cualquier restauración. ¿Qué informa, entonces, el uso de la frase “puesta en valor”? Que la restauración no es sólo la acción de reconstruir lo dañado, sino que viene a añadir nuevos valores a los que ya fueron considerados en la patrimonialización inicial o a reforzarlos. En el caso de la Confitería del Molino, estos son los valores que la nostalgia ciudadana y la mercantilización patrimonial requieren.

La restauración se propone borrar las huellas que dejó el paso del tiempo sobre el edificio y busca devolverlo a su estado original. Así, la apariencia se revela como una condición central para la valoración identitaria de la Confitería del Molino, tanto la de cuño nostálgico como la de motivación mercantil. Y todavía queda espacio para analizar de qué manera la restauración a nuevo obedece a las necesidades de bien cultural de consumo que asume el edificio.

La idea de preservar la apariencia original del objeto implica, casi inevitablemente, evitar cualquier uso que pueda comprometer su integridad, lo que lleva a restringir los posibles destinos del edificio a funciones de carácter museístico, orientadas a la contemplación y la conservación, en detrimento de funciones activas y transformadoras.

En este trabajo se verá cómo esta secuencia de acontecimientos afecta el destino de la Confitería. Sin embargo, es importante aclarar que el plan de puesta en valor del Molino no implica un completo proceso de sacralización, contiene compromisos con el uso contemporáneo. Junto a la preservación de los sectores comercial e industrial que funcionaban en los dos pisos bajos y el subsuelo del edificio se propone repetir el destino original de confitería con similar espíritu de servicio exclusivo al que supo tener y ofrecer. Inclusive, el plan prescribe la repetición de las recetas culinarias y de los servicios gastronómicos originales, en un intento por preservar el patrimonio inmaterial a través de una reedición de la experiencia original de usuario. Esta estrategia no apunta a las apetencias de consumo de los servicios de antaño, sino a las nuevas necesidades de consumo simbólico del pasado que expresa la sociedad contemporánea, como bien lo muestra la experiencia de los Bares Notables (Fernández Quinteiro, 2009).

A pesar de ese intento por darle una vitalidad contemporánea al Molino, otros factores entran en conflicto al punto de poner en riesgo cualquier actualización significativa para la vida urbana. En esta tesis se sostiene que la sobrevaloración de la imagen que expresan la puesta en valor y la sacralización del edificio como monumento conducen a su espectacularización en los términos que define Guy Debord (1967), proceso que convierte a la vida social que alberga en una mera representación, una forma de organización social en la que lo real sólo se recibe a través de las imágenes y su comunicación espectacular. Mediante esta preeminencia de la apariencia del edificio y del uso primordial de su imagen se hace inevitable la museificación de la Confitería, la separación del objeto de la esfera del uso significativo y cotidiano para ser destinado a funciones rememorativas que garantizan la inalterabilidad del bien y lo reservan para su contemplación (Huyssen, 2006).

En síntesis, la presente investigación establece que la pertenencia del edificio a un tiempo preciso del desarrollo histórico urbano de Buenos Aires, acontecido entre 1880 y 1930, le otorga un valor simbólico específico en el que sus características estéticas se convierten en vínculos tanto nostálgico como identitarios.

Las condiciones particulares del caso de estudio son extensibles a otras arquitecturas patrimonializadas en Buenos Aires, casos que investigaciones futuras podrían abordar. Aquí se considera que el proceso descrito es válido para el conjunto de las expresiones arquitectónicas de Buenos Aires construidas entre fines del siglo XIX y principios del XX. Conjunto que monopoliza culturalmente la imagen de Buenos Aires, idealizando ese período de la historia urbana, relegando aspectos de la autenticidad material e histórica. Este proceso también potencia la conversión del patrimonio urbano en un espectáculo, condición que, como se explicó, culmina en su museificación.

Los acontecimientos mencionados son parte de una tendencia mundial que Andreas Huyssen (2000) define como “*memory boom*”, un proceso que coloca a la memoria como una preocupación central de las sociedades occidentales. Para el autor alemán, cuanto más avanza el consumo del pasado y del futuro, más se debilita la percepción que tiene la sociedad sobre las oportunidades que le puede ofrecer el presente. De esta manera, la nostalgia empuja a rescatar el pasado como única forma de restablecer una identidad y una estabilidad que socialmente se perciben como perdidas.

Si bien en el caso argentino esa añoranza da paso a una mirada selectiva sobre la arquitectura de Buenos Aires de fines del siglo XIX y principios del XX, período en el que se construyeron edificios de singular factura y características, testimonios de un tiempo considerado como la época dorada de la ciudad, se puede afirmar que la valoración de la Confitería del Molino escapa a la tendencia general que ha guiado a las patrimonializaciones locales, lo que constituye una particularidad digna de estudiar.

En tanto edificio construido en plena *Belle Époque* porteña, remedo de un estilo europeo, el caso comprende cronológicamente al conjunto de edificios que despertaron el interés de ser patrimonializados en la década del '90. Le asisten las mismas motivaciones:

preservar la arquitectura alto-burguesa que le dio forma y estilo europeo a Buenos Aires y conservar los escenarios urbanos que pueden caracterizar y darle valor distintivo a la ciudad en el contexto global. Sin embargo, el estilo modernista del Molino (mezcla entre *Art Nouveau* y *Liberty* italiano) desentona con el de otros edificios preservados en el mismo período, mayormente de estilo *Beaux Art*. La diferencia entre estilos no es caprichosa ni casual: en su momento, encarnaba una disputa social y cultural entre la alta burguesía terrateniente y la burguesía inmigrante en ascenso (Barcina, 2013), diferencias simbólicas que se licuaron con el paso del tiempo. Como se verá, esto obedece a un cambio en las condiciones de producción del sentido que transformaron la condición simbólica del edificio.

También resulta singular la función mayormente comercial del caso de estudio en comparación al conjunto de bienes de Buenos Aires patrimonializados durante toda su historia. Las condiciones de su proceso de valoración también son singulares: rescatada del olvido por varias asociaciones civiles (Onaindia et al., 2011), la Confitería el Molino se convirtió en un caso de interés especial del Poder Legislativo nacional que funciona en el Palacio del Congreso, avenida de por medio con el Molino. A su vez, su patrimonialización, seguida de una expropiación diecisiete años después, y su restauración, suscitaron una controversia entre el Estado nacional y el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (GCBA) al punto que se repartieron las tareas de puesta en valor. Las tareas de restauración englobaron la difusión del trabajo en sí mismo y la exhibición de los avances tanto en los medios como en visitas guiadas durante la restauración. La participación comunitaria estuvo concentrada en convocatorias a aportar testimonios y documentos sobre la vida del edificio.

Para entender las tendencias que orientan el interés preservacionista en cada momento histórico, y hacen de la patrimonialización de la Confitería un caso particular, se analiza el accionar de la Comisión Nacional de Monumentos, de Lugares y de Bienes Históricos (CNMLBH) de Argentina, organismo encargado de reconocer los bienes pasibles de convertirse en patrimonio nacional desde 1940. Originalmente, la conservación de edificios se constituyó en una herramienta para la construcción de una identidad nacional frente a la inmigración que transformó al país entre fines del siglo XIX y principios de la pasada centuria

(González Bracco, 2019). Durante la primera etapa de gestión, la Comisión buscó preservar determinados edificios y lugares para promover la idea de nación ligada a los grandes hombres y sus glorias, paradigmas que alentaban el patriotismo y la postergación del interés individual ante lo colectivo.

En los '80, con el retorno democrático, se dieron las primeras ampliaciones del campo patrimonial que buscaban ir más allá de la construcción de una historia oficial, comenzando un proceso de inclusión de patrimonios ubicados equitativamente en todo el territorio argentino e incorporando piezas ligadas a la memoria popular (Pérez Winter, 2020). Con la llegada de un gobierno de corte neoliberal en los '90, se generó una suerte de mercantilización cultural (Wortman & Bayardo, 2012) y la preservación patrimonial se comenzó a considerar como una herramienta de identidad a escala global, lo que le permitía, por caso, competir a Buenos Aires con carácter propio en un mundo de ciudades globales. En consonancia con esto, también se empezó a ver el patrimonio como un recurso turístico (González Bracco, 2019).

La valorización de la Confitería del Molino (rescate, patrimonialización y puesta en valor) corresponde a la última etapa del accionar de la CNMLBH, en la que sus esfuerzos se orientaron a constituir una identidad urbana para Buenos Aires que tuviera sentido a escala mundial (Pérez Winter, 2020). El valor simbólico que las sociedades le asignan a los edificios determina cuáles deben ser protegidos y cuáles no, valoración dinámica que está sujeta a las condiciones de producción de sentido de cada momento histórico. Como sostiene Baudrillard (1969), el valor de símbolo de un objeto es asignado por la sociedad y cambia en la medida que cambian sus preferencias. Esta afirmación es más acertada aún en relación al patrimonio cultural, dado su carácter abierto y en permanente mutación (Monjas Eleta, 2012).

Para ejemplificar la transformación del valor simbólico de la Confitería del Molino que incide en su valoración, basta con señalar que en el momento de su construcción (1910), su arquitectura representaba las aspiraciones identitarias de la burguesía inmigrante en ascenso, y el edificio albergaba lo que era un nuevo programa recreativo y de consumo para la naciente clase media argentina (Barcina, 2013). A pesar de eso, al momento de su

expropiación y patrimonialización (1997), y posterior restauración (2014/2024), el edificio pasa a integrar el conjunto de lo que se llama patrimonio arquitectónico de Buenos Aires en el que se licuaron las significaciones iniciales, contribuyendo a la construcción de un relato destinado a encumbrar una idea aristocrática del pasado porteño.

En ese camino, el edificio dejó de expresar la vitalidad original por el cambio en las condiciones de producción de sentido y la transformación de los hábitos de consumo de la sociedad porteña. Habiendo perdido su utilidad original y su sentido representativo, el nuevo rol que estos tiempos le asignan al Molino parece no encontrar ninguna otra significación y función a la de centro cultural y museo, un testimonio inerte de la época que lo vio nacer y reservarle, como mejor destino, el de su museificación.

Esta investigación afirma que el caso de estudio es parte de la importante valoración de la arquitectura de fines del siglo XIX y principios del siglo XX, apreciación que comenzó en Buenos Aires a partir de la década de 1990. Esa valoración se manifestó en el interés de organizaciones de la sociedad civil y autoridades estatales, expertos en patrimonio, especialistas en conservar edificios construidos durante la *Belle Époque* porteña (Onaindia, et al. 2011). Una prueba de eso es la presentación que se realizó ante la UNESCO en 2007 para declarar patrimonio de la humanidad al paisaje cultural de Buenos Aires. La postulación resaltaba las expresiones urbanas y la arquitectura que la ciudad conserva desde fines del siglo XIX y principios del XX (Vázquez, 2020).

Este trabajo describe cómo ese anhelo incide en la valoración simbólica de la Confitería del Molino de la misma manera que lo hace en otros testimonios del pasado de Buenos Aires, y cómo son convertidos en elementos identitarios de la sociedad porteña de principios del siglo XXI. En este marco, resulta necesario ubicar el caso de la Confitería del Molino dentro de las discusiones sobre patrimonio, nostalgia, identidad y espectacularización de la arquitectura. Aquí se presentan los principales antecedentes que abordan estas problemáticas desde diferentes enfoques y que permiten delimitar el aporte específico de la presente investigación, organizados en cinco ejes.

El primer eje reúne los trabajos que conciben al patrimonio como una construcción social e histórica, entendiendo el valor de la Confeitería como resultado de ese proceso. El segundo se enfoca en los estudios sobre su estilo arquitectónico y su lugar en la historia urbana, mostrando su carácter emblemático, pero también los límites de enfoques centrados solamente en lo artístico. El tercer eje reúne los trabajos sobre la nostalgia como dispositivo que sustenta su patrimonialización y la búsqueda de identidad. El cuarto retoma los estudios que entienden el patrimonio como recurso económico y herramienta de competitividad urbana, vinculando su valorización a estrategias de mercantilización y marketing. El quinto destaca los antecedentes centrados en el rol de la imagen y los medios, mostrando cómo la centralidad de lo visual contribuye a su museificación y al desplazamiento de usos sociales.

Para analizar los antecedentes en cuanto al valor patrimonial y su construcción social, se aborda el trabajo de Ballart, Fullola y Petit (1996) que reflexiona sobre los valores que la sociedad le otorga al patrimonio y su valor rememorativo. El tratado analiza la atracción que producen las cualidades estéticas y simbólicas de los objetos, y su capacidad comunicativa para restituir algo del pasado que ya no existe, ya sea una persona, una historia, un hecho o una idea. Para engrosar esta mirada, se consulta el trabajo de Mancini (2016) que investiga las relaciones entre pasado, memoria, contextos y sitios históricos. Mancini muestra cómo lo que se considera patrimonio se ajusta a los parámetros culturales y sociales de cada momento. En el mismo sentido, el trabajo de Rotman (2016) muestra las políticas patrimoniales en Buenos Aires, exhibiendo cómo la memoria y las instituciones establecen las normas que legitiman el valor de lo que se preserva.

Estas investigaciones sitúan a la noción de valor patrimonial como una construcción y reflexionan sobre el carácter rememorativo que la sociedad confiere a los monumentos, un concepto importante para esta tesis. Los dos trabajos eluden el tema del consumo visual contemporáneo y cómo conducen a la espectacularización del patrimonio y a su consecuente museificación. Situaciones que explora la presente investigación.

Del mismo modo, Frigolé (2011) explica que la autenticidad del patrimonio es un valor altamente considerado, pero no es una cualidad intrínseca del bien, sino que es el resultado

de una retórica que selecciona ciertas características y oculta otras. El autor muestra cómo los discursos tienden a establecer como auténticos los testimonios del pasado que mejor fundamentan la narrativa identitaria dominante. El texto de Frigolé refuerza la idea de que el valor de un bien es una construcción social e ideológica, no una característica intrínseca del mismo. Su investigación avanza sobre el proceso de producción de autenticidades en el sistema capitalista mientras que el objetivo de la presente tesis es descubrir cómo la retórica de nostalgia y de la identidad conducen a la museificación de un edificio, proceso en el que la retórica de la autenticidad se convierte, tanto en una herramienta de valoración del bien, como en una condición del proceso de su restauración y puesta en valor.

El trabajo de Solano Meneses (2016) analiza el carácter simbólico de la estética arquitectónica. Su investigación abarca la identificación de la obra de arquitectura con la época que la vio nacer y cómo se convierte en un elemento de distinción social. Como en los dos trabajos citados anteriormente, el de Meses no se pregunta cómo ni por qué esa identificación conduce a la espectacularización de la imagen del objeto y a su museificación, ni sobre el rol del mercado, los medios o el consumo visual que desarrolla la presente tesis.

Por otro lado, el trabajo de Vetancourt León (2017) examina la preocupación de la sociedad por afirmar su identidad en el contexto de la globalización. Este texto aborda la manera en que el valor de un bien patrimonial no queda confinado a sus cualidades formales y físicas, sino que se abre a consideraciones inmateriales vinculadas a su aporte a la identidad colectiva. La aproximación de Vetancourt León interpela el concepto patrimonial que todavía rige en la preservación de la arquitectura de Buenos Aires y que sigue apegado a la vieja idea de conservar y rescatar las características formales y artísticas del objeto, cuestiones que también analiza la presente tesis. En cuanto a las diferencias, el trabajo de Vetancourt León aborda marcos conceptuales de identidad y globalización, mientras la presente investigación analiza esos procesos a través del caso de la Confitería del Molino y avanza sobre el riesgo de la espectacularización mercantil, aspecto menos desarrollado en el citado trabajo.

El segundo eje se concentra en una cuestión específica de la construcción de valor que cimienta el estilo arquitectónico del edificio en cuanto a sus cualidades comunicativas

específicas, pero, sobre todo, por formar parte del *Art Nouveau* porteño que se revela como un catalizador del vínculo afectivo y de disputa social.

El trabajo de Barcina (2013) aborda la arquitectura modernista de principios del siglo XX en Buenos Aires como un ejemplo de una lucha simbólica entre la alta burguesía terrateniente y la burguesía inmigrante en ascenso. Por otro lado, el trabajo de Caride Bartrons (2021) sobre el autor de la Confitería, Francisco Gianotti, muestra al *Art Nouveau* del edificio como una experiencia de la modernidad. Al analizar al Molino dentro de la obra del arquitecto y del clima cultural de comienzos del siglo XX, Caride Bartrons vincula su singularidad urbana, arquitectónica y social, como condiciones que serán resaltadas en su posterior valoración patrimonial. En relación directa con el *Art Nouveau*, el trabajo de Grementieri (2007) brinda un relevamiento de los edificios porteños de este estilo y de sus procesos de su valoración. El autor articula la singularidad formal de la Confitería con su inserción urbana para mostrarla como un alto ejemplo del estilo en Buenos Aires. En el mismo sentido, la voz “Arte Nuevo” del *Diccionario de arquitectura en la Argentina* (Liernur, 2004) sistematiza el estilo en clave local y lo interpreta como expresión de un tiempo que busca comunicar ideológicamente su carácter en la edificación. Liernur realiza una síntesis conceptual del movimiento en clave local, resaltando la apropiación porteña de un movimiento internacional, y su valor simbólico de modernización e identidad urbana.

Estas últimas aproximaciones, al analizar el lugar que ocupa la Confitería dentro del *Art Nouveau*, permiten valorar el caso por sus características artísticas como parte de las disputas por la identidad de Buenos Aires y de las confrontaciones socioculturales de su época. Sin embargo, apenas abordan los procesos posteriores de patrimonialización, la retórica nostálgica e identitaria contemporánea o la deriva hacia la museificación y la espectacularización de la imagen, aspectos que la presente tesis desarrolla.

Para explorar el tercer eje se abordan textos que analizan cómo la nostalgia entendida como dispositivo emocional, social y político, influye en la construcción de la memoria y de la identidad. La tesis de De Marco (2023) permite explorar este eje toda vez que el trabajo interpreta al *Art Nouveau* porteño como un cronotopo afectivo, donde patrimonio

arquitectónico y emociones se entrelazan en la construcción de identidad urbana. Al poner el foco en los afectos y el apego, la tesis complementa las perspectivas desde la nostalgia y la identidad, y ofrece claves para comprender edificios como la Confitería que se convierten en soportes de la memoria colectiva.

El trabajo de Mayoral Campa (2001), por su parte, establece que la nostalgia no sólo convoca memorias del pasado, sino que también selecciona ciertos aspectos de la historia que son más relevantes para la construcción identitaria de la comunidad. El trabajo establece que este proceso de selección puede estar influenciado por intereses políticos o ideológicos, lo que lleva a una construcción de una memoria que puede ser tanto inclusiva como excluyente. Aquí se establece que la evocación de la nostalgia permite que los edificios patrimoniales se conviertan en símbolos de un pasado idealizado, lo que refuerza su valor en la percepción pública. El texto citado permite que la presente tesis profundice sobre el papel de la nostalgia en los procesos de selección y consolidación del patrimonio, subrayando cómo la evocación selectiva del pasado cumple funciones identitarias, pero también responde a intereses específicos. Conceptualmente, el trabajo de Mayoral Campa permite analizar la construcción del Molino como emblema identitario de la Ciudad.

En el caso del *Art Nouveau* porteño, De Marco (2023) muestra que esta selección nostálgica se materializa en un repertorio de edificios que funcionan como cronotopo urbano, escenarios donde se entrelazan tiempo histórico, forma arquitectónica y afectos, y que por eso se vuelven focos privilegiados de identificación.

Para aproximar la investigación a la manera en que se construye el valor del patrimonio arquitectónico se abordan textos que analizan el creciente papel de la nostalgia en la sociedad actual y cómo afecta la valoración de los objetos del pasado. En este núcleo se incluyen los trabajos de Belk (1990) y Cui (2015), que abordan la nostalgia desde el marketing y la cultura material, mostrando cómo las posesiones y el diseño retro funcionan como depósitos de memoria.

El texto de Belk (1990) aborda desde el marketing la conducta del consumidor y el rol de las posesiones como depósito de la memoria del pasado individual y colectivo. Si bien su

investigación no avanza sobre la función que cumple la arquitectura y el patrimonio arquitectónico en satisfacer esa necesidad nostálgica, como se propone la presente tesis, lo hace sobre el marketing, las expresiones audiovisuales, el diseño y en la comunicación, expresiones que ayudan a construir un puente.

También desde el marketing, Cui (2015) analiza la nostalgia como una forma de comunicación efectiva con los consumidores, y cómo se convirtió en un concepto importante de la arquitectura posmoderna. El autor ve a la nostalgia como un elemento necesario para conferir valor a la experiencia humana, pero la entiende como un ejercicio de crítica y reflexión que cuestiona el presente. A su vez, Cui ve al posmodernismo como un explícito rechazo a la modernidad positivista y, en términos de arquitectura, como una crítica al formalismo moderno, pero se refiere a la vertiente historicista de ese movimiento arquitectónico que tuvo muchas y contradictorias tendencias como se explica más adelante.

El presente trabajo utiliza el enfoque de Cui, análisis dirigido a la teoría arquitectónica, para vincularlo con la espectacularización y museificación de la obra patrimonial. El antecedente utilizado muestra como la nostalgia se traslada de los objetos a la cultura visual y material de la ciudad. Mientras Cui explora cómo el posmodernismo arquitectónico utiliza el pasado como fuente de sentido y valor simbólico, la presente tesis le suma un enfoque sobre los mecanismos de resignificación de edificios, la espectacularización de la imagen patrimonial y la construcción de relatos identitarios. Si bien los textos de Cui y Belk no explican directamente cómo se expresa la nostalgia en el patrimonio arquitectónico, permiten inferir qué motivaciones le dan vida.

También se analizan trabajos que muestran cómo identidad y nostalgia son valores ligados a la valoración patrimonial y asociados entre sí. Erol y Öz (2016), en un estudio del fenómeno de la Generación Y, jóvenes que nacieron entre 1980 y 2000, muestra la relación entre las crecientes tendencias retro en el diseño y la comunicación y una búsqueda de una ilusoria felicidad perdida. En el mismo sentido, el texto de Davis (1979) trata sobre la nostalgia desde una mirada sociológica y la explora a través de las emociones para vincular ese sentimiento a las necesidades sociales de identidad.

Ambas investigaciones no abordan el patrimonio arquitectónico de modo directo: sus marcos conceptuales sobre la función de la nostalgia como recurso identitario son aprovechados en la presente tesis para analizar la resignificación de edificios patrimoniales como soporte simbólico y emocional colectivo. En esta investigación se utiliza la tendencia retro para explicar algunos aspectos de la patrimonialización, pero se complejiza analizando el proceso institucional, los usos políticos y los riesgos de la espectacularización, cuestiones no desarrolladas en los artículos citados.

El texto de Colin (2017) aborda la nostalgia que producen los cambios urbanos a partir del estudio de la movilización de habitantes en defensa de su barrio en Santiago Centro (Chile). El estudio da cuenta de la nostalgia social como consecuencia de las transformaciones que producen la presión inmobiliaria y especulativa sobre la ciudad, pero no explica el valor asignado a las permanencias del pasado ni cómo se convierten en depositarios de la identidad colectiva, cuestiones que la presente investigación desarrolla en detalle. Este trabajo afirma que la nostalgia tiene un papel activo en la construcción de sentido, situación vinculada con el aporte que hace la presente investigación sobre el vínculo emocional entre las comunidades y el entorno urbano. Ambas investigaciones consideran la nostalgia como un motor de la acción colectiva, capaz de movilizar a la sociedad en defensa de lo que identifica como valioso. E identifican a las permanencias urbanas como emblemas del vínculo identitario. Pero Colin no profundiza sobre cómo estas permanencias se transforman en bienes patrimoniales, ni describe el proceso de construcción de valor patrimonial y su institucionalización, como si hace la presente tesis que abunda sobre el carácter de los edificios patrimoniales y su espectacularización.

Por último, el trabajo de Gervais Lambony (2012) analiza cómo enfrentan los ciudadanos al proceso de destrucción y construcción constantes de la ciudad y sus consecuencias, así como al nacimiento de un sentimiento de nostalgia colectiva. Su mirada aborda el arraigo, la nostalgia y la pérdida urbana como elementos que construyen los procesos de valorización y patrimonialización. El foco de Gervais Lambony es más sociológico y se orienta a procesos generales, mientras que la presente tesis avanza sobre

los dispositivos concretos que convierten un bien en patrimonio y objetos de exhibición. El texto citado tampoco aborda directamente la transición de la nostalgia colectiva hacia la patrimonialización efectiva, ni examina el proceso de espectacularización y museificación que sí hace la presente tesis.

La nostalgia se ha manifestado frecuentemente en la historia de la arquitectura. Las ruinas fueron parte del menú romántico de los siglos XVIII y XIX. Cientos de años después, el posmodernismo, en su variante historicista, anida en la nostalgia y en la revalorización del pasado como consecuencia de la pérdida del sentido de verdad que ya se comenzaba a mostrar en la década de los 80. Por esa razón se recurre al trabajo de Sainz Gutiérrez (1997) que apela al crítico literario y filósofo Fredric Jameson para relacionar la nostalgia con la fascinación que producía el eclecticismo historicista de la arquitectura posmoderna. Desde esta mirada, el autor analiza cómo la condición posmoderna adquiere un valor especial en la arquitectura como disciplina de la imagen.

El trabajo de Sainz Gutiérrez explora cómo lo estético toma un carácter paradigmático en la sociedad actual ya que su experimentación es considerada el modelo de lo real, y cómo adquiere una posición privilegiada en el sistema de referencia y de valores de la cultura contemporánea. La presente tesis acepta el carácter nostálgico de la arquitectura posmoderna como reacción a la modernidad arquitectónica nacida después de la Primera Guerra Mundial, movimiento que hegemonizó la disciplina arquitectónica durante décadas, pero advierte que ese contenido nostálgico se trasladó de la arquitectura nueva con referencias historicistas que se expresaba en el posmodernismo a la arquitectura histórica real o del pasado inmediato buscando identidad en una época idealizada.

El cuarto eje de la revisión de antecedentes aborda textos que analizan el uso del patrimonio como recurso y la manera en que es utilizado por el turismo. González Bracco y Hernández (2021), muestran cómo la decisión de restaurar o no un edificio es validada por su capacidad para construir una imagen determinada del lugar más que por sus cualidades intrínsecas. Más aún, las investigadoras afirman que la legitimidad de un rescate patrimonial depende de las posibilidades de ampliar los circuitos de consumos turísticos y culturales,

cuando no inmobiliarios. El aporte de este trabajo radica en establecer una mirada crítica sobre cómo se construye el valor patrimonial de un bien. Este enfoque permite estudiar a las restauraciones como una actividad vinculada a los procesos de mercantilización urbana. La presente tesis reconoce la potencia del consumo turístico y cultural para conferir valor a determinadas piezas urbanas, pero avanza sobre las consecuencias de esa mercantilización enfocada en la valoración simbólica que conduce a una banalización de la arquitectura y una exclusión de sus valores funcionales.

Por su parte, la investigación doctoral de Crecente Maseda (2011) se basa en el estudio de los encuentros entre el patrimonio y el turismo desde una perspectiva arquitectónica. El trabajo estudia el caso de las ciudades históricas termales europeas como un ejemplo de un proceso de construcción patrimonial que partió de un uso turístico. Crecente Maseda analiza la relación entre patrimonio, turismo e identidad, cuestión central para la presente tesis ya que establece que la conservación del patrimonio arquitectónico es tanto una cuestión de memoria como de identidad urbana dentro de las necesidades de diferenciación en el mercado turístico global. En cuanto a las diferencias con la presente tesis se puede decir que aquí se amplían los análisis sobre la espectacularización y los riesgos que implican perder funciones sociales auténticas en el camino a la museificación del bien.

Para avanzar en el conocimiento de cómo el manejo de la imagen contribuye a la espectacularización del patrimonio, en el quinto eje se analizaron trabajos que muestran cómo los medios de comunicación construyen y legitiman el valor patrimonial. Corresponden a este campo el trabajo de Conforti, Giacomasso y Palavecino (2018) que fundamenta cómo la prensa y los relatos mediáticos poseen un peso determinante en la construcción del valor patrimonial, mostrando que la narrativa sobre el pasado de un edificio no sólo ayuda a preservar la memoria, sino también a robustecer la identidad colectiva que legitima su protección. Este enfoque dialoga directamente con la presente tesis ya que permite situar a la patrimonialización de la Confitería del Molino en un contexto más amplio, el de la construcción retórica del valor.

El artículo de Conforti, Giacomasso y Palavecino destaca que la construcción de relatos sobre el pasado robustece el sentido de pertenencia de la sociedad, aunque se enfoca en la memoria colectiva, mientras que la presente tesis aborda la espectacularización mediática que sobrevalora los aspectos formales del edificio patrimonial y lo vacía de valor vital y significación funcional para la ciudad. También se analiza el aporte de Vargas Zuluaga (2013) que se centra en la comunicación de imágenes por Internet en sitios web oficiales; este trabajo importa en cuanto destaca el valor persuasivo de la imagen y su contenido para establecer un patrón identitario a nivel global.

Arranz Guilarte (2021), por su parte, establece que las imágenes actúan como mediadoras entre el objeto patrimonial y la percepción pública generando una representación visual del patrimonio que captura la estética del edificio y lo vincula a su historia y significado cultural. Pero la forma en que se presentan las imágenes puede influir en la percepción pública del valor patrimonial y generar interés en su conservación o no.

La investigación de Vargas Zuluaga, complementada por el abordaje de Arranz Guilarte, permite entender el papel de la imagen digital y la representación visual en la construcción del valor patrimonial. Estos trabajos muestran que la forma en que circulan y se presentan las imágenes de edificios en la web y en las redes sociales construyen la percepción social del patrimonio como bien de consumo cultural y turístico. Suman al entendimiento de la espectacularización patrimonial. Los dos trabajos abordan la importancia actual de la imagen y su representación como activadoras del reconocimiento patrimonial, conclusiones que alimentan la presente tesis, aunque aquí se abordan los riesgos de una visión mercantilista del patrimonio a través de la sobrevaloración de la imagen que conduce a la museificación del objeto.

El auge de las redes sociales y plataformas digitales también determina que las fotografías de edificios históricos puedan alcanzar audiencias globales, aumentando su visibilidad y reconocimiento, e identificando el edificio con el lugar, otra forma de construcción de narrativas culturales e identitarias. Por esa razón, aquí se aborda el trabajo de Pérez Humanes (2001) que vincula la circulación global de fotografías con la construcción de

narrativas. Este enfoque dialoga con el caso del Molino al mostrar cómo la visibilidad digital puede potenciar la percepción de valor y el vínculo emotivo con el patrimonio. La presente tesis completa este enfoque con una crítica a la espectacularización de la apariencia del edificio, acción que minimiza, cuando no suprime, la experiencia vital que propone la arquitectura, reduciendo lo patrimonial a un conjunto de imágenes fácilmente reproducibles.

La estrategia metodológica seleccionada para abordar los temas que plantea la presente tesis es de tipo cualitativo porque se consideró la más adecuada para estudiar cómo operan la nostalgia, la identidad y la espectacularización de la imagen de la Confitería del Molino en los procesos de valoración y transformación patrimonial. Más allá de un enfoque únicamente descriptivo, esta aproximación permite explorar cómo operan la retórica y los discursos de los actores legitimados en el caso de estudio.

Para delimitar ese universo se realizó un muestreo intencional, definiendo que el foco de la investigación serían dos tipos de participantes: los actores políticos e institucionales y los especialistas en preservación del patrimonio. Por otro lado, también se ponderó el enfoque cualitativo para comprender y evaluar las experiencias singulares y los sentidos que los sujetos le otorgan a la construcción de patrimonio. A los fines de dar cuenta de los objetivos propuestos se utilizaron tres técnicas de recolección de datos: las entrevistas no estructuradas, la observación y el análisis documental de material escrito y visual/auditivo.

Para describir y sistematizar la incidencia del patrimonio arquitectónico en la creación de una identidad urbana hegemónica para Buenos Aires, se reconstruyó la manera en que es entendido el patrimonio arquitectónico por los especialistas, mediante la realización de entrevistas etnográficas no estructuradas. Esto se complementó con análisis documental de organismos como ICOMOS, CICO, UNESCO y la CNMBH. Con ese mismo objetivo se buscó establecer la imagen identitaria y hegemónica de la Confitería del Molino que construye la imagen de Buenos Aires investigando y analizando imágenes utilizadas en publicidades, promociones y eventos, así como los distintivos oficiales que incluyan imágenes de edificios.

La presente investigación se ajusta al área temática “Cruces entre cultura y diseño” toda vez que analiza cómo las prácticas sociales y culturales construyen el valor patrimonial

del objeto convirtiéndolo en emblema urbano. El edificio es abordado aquí como objeto cultural cargado de simbolismos sociales y políticos contruidos por el propósito de conservar la memoria y la búsqueda identitaria, no sólo como arquitectura. Esto coincide con el objetivo de la línea de investigación que abordar el diseño desde perspectivas culturales, así como analizar las disputas de sentido que lo atraviesan. En la presente tesis también se analizan discursos que legitiman la preservación del edificio, a los actores y a las instituciones que intervienen en la construcción cultural de ese valor, y se aborda el patrimonio como recurso turístico y las estrategias de *city marketing*, temas que vinculan prácticas de diseño con industrias culturales y políticas culturales.

Esta tesis se estructura en cuatro capítulos. El primero analiza cómo las sociedades construyen su relación con el pasado a través del patrimonio. Explora los procesos de valoración de la arquitectura patrimonial y cómo ese valor se transforma a lo largo del tiempo. Se examina cómo la nostalgia, la identidad cultural y la memoria colectiva operan en la selección, protección y conservación de edificios históricos. También se indagan las dinámicas que determinan qué bienes son patrimonializados, observando cómo incide el concepto de valor en sus distintas versiones, desde el histórico y artístico hasta el social.

El Capítulo 2 profundiza en cómo los discursos y narrativas construyen y validan el valor del patrimonio arquitectónico. Se centra en el proceso de patrimonialización en Buenos Aires y en los discursos ideológicos que legitiman la conservación de ciertos edificios para producir determinados efectos sociales y culturales. En este capítulo se analizan las herramientas narrativas y cómo el proceso de restauración se convierte en un relato épico. Se aborda el patrimonio desde el concepto de palimpsesto, donde las capas de los significados históricos se superponen. Y desde esa óptica se analiza el riesgo de convertir a la restauración en un enmascaramiento con fines mercantilistas.

El tercer capítulo se enfoca en el estudio del caso para entender cómo el edificio de principios del siglo XX se convirtió en un símbolo urbano a lo largo del tiempo. Se analiza la semiosis social del discurso arquitectónico del Molino, su contribución a la construcción de un discurso identitario y la creación de una narrativa hegemónica. Se examinan las causas de la

patrimonialización de la Confitería del Molino, incluyendo cuestiones históricas, urbanas, identitarias y mercantiles. Se analiza el papel de la retórica del valor de los actores legitimados, así como la función de los mitos del riesgo de desaparición y del escenario histórico. Se estudia el papel de los medios escritos y redes sociales en la creación de narrativas nostálgicas para movilizar apoyo ciudadano hacia su conservación. Además, se analiza la retórica del testimonio del paso de la historia en la Confitería del Molino y cómo la técnica se convierte en parte central de una narrativa heroica de la restauración.

Por último, en el Capítulo 4 se realiza un análisis crítico de la sobrevaloración de la apariencia formal en el Molino y la sobreexplotación de su imagen. La conversión en objeto de exhibición y el consumo visual del edificio, así como la restauración convertida en enmascaramiento del paso del tiempo son los principales puntos abordados. También se aborda cómo esas condiciones llevan de la espectacularización a la museificación del bien patrimonial en un camino que se muestra como natural, sin cuestionamientos posibles, convirtiendo a la opción "museo o muerte" en una alternativa de hierro.

La presente investigación integra conceptos de diversos campos, como la teoría del patrimonio, la semiótica, la sociología de la cultura y los estudios urbanos, para ofrecer una visión multidimensional de los procesos de patrimonialización. Desde esas perspectivas, contribuye al campo de los estudios sobre patrimonio al analizar críticamente cómo se construye el valor del patrimonio arquitectónico a través de la retórica de la nostalgia y la identidad, y cómo estos procesos pueden convertir la restauración en una herramienta de espectacularización.

El estudio del caso de la Confitería del Molino ilustra cómo esta lógica encuentra su destino en la museificación del objeto patrimonial. Se diferencia de otros estudios relacionados con el patrimonio, la nostalgia y la identidad en la medida en que explica cómo estas búsquedas sacralizan el objeto al punto de reducirlo a pura imagen dispuesta para la mera contemplación, condiciones que conducen a su museificación. El análisis de la retórica de la valoración del caso de la Confitería explica este proceso toda vez que suma nuevas cualidades al bien patrimonial, valores que son necesarios a los fines mercantiles

contemporáneos. Por otro lado, la singularidad del caso permite radiografiar la construcción de sentido común dentro de las políticas de patrimonialización argentina.

En la presente tesis se muestra cómo estos procesos de valoración patrimonial pueden llevar a la espectacularización de la arquitectura y sus simbolismos lo que implica una museificación de los edificios preservados, como ocurre en el caso de la estudio, en el que se prioriza la apariencia formal y el valor simbólico por sobre un uso vital y cotidiano. Al analizar esta dinámica, la investigación exhibe una nueva perspectiva sobre la transformación del patrimonio arquitectónico en un objeto de consumo visual, aislado de su contexto, y propone un marco conceptual para entender las narrativas retóricas y los discursos hegemónicos que moldean la percepción y el destino de las obras que son consideradas patrimoniales en la globalización.

El caso de estudio, objeto de distintos trabajos de rescate y restauración, muestra cómo su puesta en valor está encaminada a distinguir sus valores estéticos (imagen y apariencia) por sobre una posible experiencia de usuario que, sin replicar su época gloriosa como un simulacro, le dé cabida a con contenidos contemporáneos. Por otro lado, en esta investigación queda claro como el disfrute estético y visual hegemoniza las prácticas preservacionistas. Este sesgo que se impone como finalidad casi natural para los edificios patrimoniales, los circunscribe a un uso de modalidad museística, es decir, destinados a la contemplación y desvinculados de su función original.

La presente tesis plantea que la retórica que sostiene el proceso de valoración de la Confitería del Molino entre 1997 y 2023 apela a este recuerdo idealizado de un pasado y a los sentimientos de pertenencia colectiva para rescatar prioritariamente la apariencia del edificio, lo que lo convierte en esclavo de su imagen, pieza de un museo a escala urbana, dispuesta para su observación sin la participación activa del observador, ni con la vitalidad cultural y social que supo tener alguna vez. En el camino de recuperar el pasado, se confunde el envase con el contenido y se lo aleja de la vitalidad contemporánea.

Capítulo 1. Nostalgia e identidad en la construcción del valor patrimonial

En este capítulo se desarrolla la construcción y la transformación del valor patrimonial de los bienes arquitectónicos en las sociedades contemporáneas. Parte de una revisión conceptual que muestra que el valor no reside en los edificios en sí mismos, sino en los significados que distintos grupos sociales les atribuyen en cada contexto histórico, articulando dimensiones históricas, estéticas, técnicas, sociales y económicas. Sobre esa base, el capítulo pone en diálogo a Riegl, Choay, Smith y otros autores para mostrar cómo el patrimonio arquitectónico se redefine al compás de cambios en los regímenes de memoria, en las políticas culturales y en las lógicas de consumo urbano.

A continuación, el capítulo analiza la relación entre patrimonio, turismo y apropiación social, mostrando cómo la ampliación del canon patrimonial hacia bienes populares e inmateriales convive con una fuerte persistencia de criterios formales y monumentales. Se examinan las tensiones entre valor de uso, valor simbólico y valor formal, y se indaga de qué modo la reutilización de edificios patrimoniales suele quedar atrapada en un régimen de contemplación reverencial que limita su uso cotidiano, especialmente cuando la mediación del turismo global refuerza la centralidad de la imagen y la “autenticidad” escenificada. En contraste, se discuten casos como los sitios de memoria de ex centros clandestinos de detención, donde la lógica de la rememoración traumática produce otros modos de gestión de la materialidad y del tiempo.

El concepto de nostalgia se aborda desde Colin (2017) que señala una epidemia global de nostalgia que activa procesos expresados en mayor cantidad de acciones de que preservación patrimonial. Esta nostalgia no solo se manifiesta en la búsqueda de recuerdos individuales, sino que se convierte en un fenómeno colectivo que influye en la construcción de identidades urbanas. La nostalgia permite a las comunidades reconectar con un pasado idealizado, generando un sentido de pertenencia y cohesión social. Aquí se vincula con el

concepto de memoria, que se aborda desde Huyssen (1995) toda vez que afirma que se ha convertido en una preocupación constante en las sociedades contemporáneas, donde el pasado es consumido como una forma de buscar estabilidad en un presente incierto.

A partir de las visiones de Rivas (2004) y Choay (2007) que muestran cómo la globalización es percibida como una amenaza a las identidades locales, se analiza la manera en que las sociedades usan el patrimonio para reafirmar su identidad colectiva. En el caso de Buenos Aires, la búsqueda de una identidad urbana que resuene a nivel global ha renovado el interés por la arquitectura de principios del siglo XX, como la de la Confitería del Molino.

Para analizar la patrimonialización como proceso cultural de construcción de identidades y recursos económicos se apela a González Bracco (2019) que enmarca los casos de patrimonialización dentro de un proceso más amplio de construcción de identidad nacional y urbana en Argentina y sugiere que la patrimonialización es utilizada para crear una identidad homogeneizadora frente a la diversidad cultural. También afirma que la pertinencia de su valoración patrimonial depende más de su potencialidad como herramienta de cualificación urbana que de sus valores intrínsecos (González Bracco, 2019).

1.1. La transformación del valor patrimonial

Para empezar, cabe aclarar que aquí se entiende por valor patrimonial al conjunto de atributos que una sociedad reconoce en un bien, lo que justifica su conservación y protección (Ballart, Fullola y Petit, 1996). En el patrimonio arquitectónico, parte del patrimonio cultural, el concepto de valor está definido por la importancia y el significado que las sociedades le asignan a ciertos edificios y estructuras debido a su historia, estética, identidad cultural y capacidad para evocar sentimientos y recuerdos. Ese valor no es estático, cambia con el tiempo y se ve influenciado por diversos factores sociales, culturales y políticos (Terán Bonilla, 2003). Además, tampoco es inherente al objeto, sino que es delegado por la sociedad (Mancini, 2016) porque los consideran merecedores de ello (Ballart, Fullola y Petit, 1996).

Sólo se protege aquello que se valora y la patrimonialización de un edificio corresponde a las cuestiones culturales e históricas por las que una sociedad dada le confiere

valor en un momento determinado, las que no son universales, ni eternas. Pero, más que un legado del pasado, el patrimonio es el reflejo de las identidades y las relaciones de poder de una sociedad en cada época. Se podría decir que el patrimonio es parte de un relato construido por como la sociedad se quiere ver a sí misma (Smith, 2006). En *El culto moderno de los monumentos* (1903), Alois Riegl estructura los valores del patrimonio en dos grandes categorías: el valor rememorativo del pasado y el valor de contemporaneidad. El valor rememorativo vincula al monumento con su herencia histórica y puede ser un valor de antigüedad, dado por las huellas que el paso del tiempo dejó sobre la materia: un valor histórico, cuando el edificio está vinculado a hechos políticos o sociales; o un valor intencionado, cuando el monumento tiene un propósito conmemorativo original, como es el caso las estatuas que honran vida y hazañas de un personaje ilustre. El valor de contemporaneidad se vincula con la relevancia actual del monumento y puede ser instrumental, como es el caso de un centro cultural o recurso turístico, o artístico por la originalidad que aportó en su época y por la valoración bajo criterios estéticos actuales.

Autores como Françoise Choay (2007) han ampliado estos conceptos incorporando categorías como valor social y económico. En la actualidad, el patrimonio edificado se utiliza como recurso para satisfacer demandas de consumo cultural y turístico. Este uso implica destacar valores específicos, como el histórico o estético, mientras se omiten otros menos rentables (Crecente Maseda, 2011).

El valor histórico se ha convertido en la principal fuente de validación patrimonial, o la menos discutida. Se refiere a la importancia de un edificio en relación con eventos históricos, figuras relevantes o períodos significativos de la vida de una sociedad. La fortaleza de este valor radica en que ayuda a contextualizar la historia de una comunidad (Terán Bonilla, 2003), aunque también es una herramienta empleada para la conformación de una idea de nación. En estos términos, el valor le viene dado por múltiples razones: su rareza, su importancia explícita, su significado o su carácter insustituible en la historia (Riegl, 1903). Pero, en cualquier caso, este valor le es asignado al objeto por la sociedad dada la importancia percibida para su desarrollo cultural.

Integrando perspectivas técnicas y sociales, los valores del patrimonio arquitectónico se pueden organizar tres categorías: los valores histórico-culturales, los valores técnicos y artísticos, y los valores sociales y comunitarios (Arciniega Acuña y Tapia Guillen, 2023). Dentro de los primeros están el valor histórico, vinculado a eventos, figuras o períodos significativos que operan en la memoria colectiva, así como el valor cultural que el edificio adquiere al ser testimonio de prácticas sociales, tecnológicas o artísticas del pasado.

Por su parte, los valores estéticos que incluyen la originalidad técnica y artística le son reconocidos al bien según la apreciación contemporánea que se haga de ellas. En la actualidad, no es menor la valoración obtenida por el grado de autenticidad material del objeto en sí ya que, al ser un recurso escaso, su valoración crece. Sin embargo, no hay que olvidar que la autenticidad también se construye discursivamente, con retóricas que legitiman a ciertos bienes por sobre otros (Frigolé, 2011).

Dentro de los valores sociales y comunitarios se cuentan la percepción colectiva, significado que la sociedad actual le otorga al bien, más allá de su función original y la participación ciudadana, registro del valor subjetivo de algunos ciudadanos para facilitar una identificación e interpretación colectiva.

De todas las valoraciones, la apreciación estética es la que más sujeta está a las variaciones del gusto, ya que sigue las tendencias estéticas de cada época (Arciniega Acuña y Tapia Guillen, 2023). El valor estético o artístico se centra en la belleza y el diseño arquitectónico del edificio. Cuando se trata de edificios, algunos valores cobran mayor relevancia, como los valores formal y simbólico que son dominantes (Ballart, Fullola y Petit, 1996). A éstos se suma el valor rememorativo definido por la capacidad del objeto de mostrar el paso del tiempo, consecuencia directa del valor histórico que, como se dijo, le es adjudicado por la sociedad (Riegl, 1903).

El valor artístico, por su parte, se añade al valor histórico por las características artísticas de forma, color o concepción del edificio. Este valor es independiente del valor histórico y es cambiante, dado que es asignado por el observador. Si bien no tiene sentido rememorativo como un monumento, sí puede tener valor histórico.

El valor rememorativo es una atribución contemporánea del objeto que le es asignada desde el presente. Muchas veces esa condición se basa en la exhibición de las huellas que pueda haber dejado el paso del tiempo en el objeto.

La condición de consumo cultural que se le asigna al patrimonio edificado en la actualidad, atado a las necesidades de consumo del turismo, establece que el grado de mantenimiento, la restauración o la denominada puesta en valor sean una condición indispensable de la valoración. La retórica de autenticidad, como ya se dijo, valoriza a ciertos bienes, pero, además, es la que determina el carácter de las restauraciones que deben recibir, estableciendo no solo su urgencia, sino también la imagen “original” a la que el bien debe “volver” (Frigolé, 2011).

1.1.1. Valor patrimonial, turismo y apropiación social

El último siglo ha visto cómo el concepto de patrimonio se amplió para abarcar no sólo iglesias y mansiones de la alta burguesía o de la nobleza, sino también barrios, danzas, comidas y ritos populares. Es decir, la fuente de validación de patrimonio pasó de ser exclusivamente el valor histórico o artístico para incluir también a la valoración popular. Los usos sociales del patrimonio abren un abanico amplio de funcionalidades que están determinadas por el tipo de valor que se les atribuye a los objetos patrimoniales, y van desde la educativa a la turística, pasando por la política y la económica. Se puede decir, entonces, que con la patrimonialización no solo se preservan objetos, sino también el sentido que la sociedad les otorga (García Canclini, 1999).

La UNESCO (2003) incluye, junto al patrimonio tangible o material, al patrimonio intangible o inmaterial y lo define como el que está referido a las festividades, devociones populares, creencias, tradiciones, expresiones artísticas, la gastronomía o las recetas de cocina, los oficios, la literatura, la música, el baile, las costumbres y los juegos. El patrimonio material, por su parte, es el que se refiere a las construcciones y edificaciones materiales o al patrimonio arquitectónico. Este tipo de patrimonio, en general, tiene la ventaja de evocar también expresiones del patrimonio inmaterial. Un mito o una creencia siempre encuentran

una referencia en un objeto, una artesanía o una imagen. Cuando se trata de edificios, esa referencia mitológica convierte a las construcciones en hitos urbanos, y su valor deja de ser sólo funcional para adquirir otro, ya que representan momentos de la historia urbana. El mito se hace visible y perdura en esos monumentos (Rossi, 1982).

Actualmente, no son sólo los objetos pertenecientes a una minoría culta son considerados pasibles de protección, sino que aparece la necesidad de conservar un conjunto de elementos y símbolos de la cultura popular y convertirlos en parte de un patrimonio común que representa un nuevo tipo de identidad de conjunto (Vetancourt León, 2017). Sin embargo, como se dijo anteriormente, la investigación de Rosas Mantecón (2000) establece que, muchas veces, las sociedades valoran más la historia de las clases dominantes y sus edificaciones estéticamente excepcionales que los edificios de las clases populares.

Para establecer los valores que se le atribuyen al patrimonio arquitectónico, Ballart, Fullola y Petit (1996) definen primero al valor de uso como la capacidad de dar respuesta a una necesidad, no necesariamente funcional y concreta, sino también inmaterial como puede ser el deseo de conocimiento. Aun así, este tipo de valoración cumple con una función estrictamente utilitaria. Por el contrario, el valor simbólico, que los autores también llaman comunicativo, está relacionado con la capacidad de algunos objetos de representar algo del pasado que ya no existe en el presente, como una persona o un acontecimiento, o algo puramente inmaterial, como una idea o un concepto. Por último, el valor formal se refiere a la valoración que las personas pueden establecer con ciertos objetos del pasado por su apariencia, forma y materialidad. Esta es una valoración puramente estética.

Ahora bien, en el ámbito de la arquitectura, el valor de uso sufre un cambio singular cuando se refiere al patrimonio. Una mansión de fines del siglo XIX, perteneciente a la alta burguesía de Buenos Aires nació y existió como vivienda durante décadas. Una vez convertida en patrimonio, habiendo desaparecido las condiciones sociales, económicas, culturales y políticas que permitían y determinaban su funcionalidad, bien puede servir como museo, centro cultural, administración pública, sede de una empresa o embajada.

Pero la reutilización de edificios patrimoniales no sólo choca con cuestiones funcionales o tecnológicas, también están las simbólicas de corte negativo. Por caso, el estudio antropológico de Rosas Mantecón (2000) antes citado, estableció que los usos que la sociedad desea para un edificio patrimonial se mantienen lejos de su uso social efectivo y muestran un consecuente respeto reverencial que convierte a los edificios patrimoniales en monumentos inertes. Concretamente, frente a las opciones de reconvertir un convento del centro histórico de la Ciudad de México, el trabajo de Rosas Mantecón muestra que la inmensa mayoría de los encuestados prefiere su uso como museo, escuela o biblioteca. Apenas recibieron una mínima adhesión usos más mundanos como los de vivienda, hospital, gimnasio u oficina.

Estas elecciones muestran que la arquitectura conserva en su apariencia formal la principal fuente de validación y prestigio. También exhibe cómo se construye una distancia reverencial con el patrimonio, cuestión que limita su apropiación real y construye un sistema de identificación ligado exclusivamente a su imagen, no con su uso y goce efectivos y cotidianos. La valoración formal o estética del patrimonio arquitectónico abre la puerta a un uso preeminentemente contemplativo basado en el placer que produce la percepción de su apariencia. Con lo que la imagen se convierte en la suma de los valores del objeto. Claro que todavía queda su valor simbólico, mucho del cual también se resume en la imagen del objeto y no en su uso vital, significativo y contemporáneo. Los expertos le encuentran otra utilidad intangible al patrimonio: la de constituirse en fuente para el conocimiento en tanto testimonio de un pasado. El examen y análisis de un edificio antiguo puede arrojar luz sobre cuestiones sociales, técnicas y culturales.

Un caso contrastante lo constituyen los ex centros clandestinos de detención (CCD) convertidos en sitios de memoria en Argentina. Casos como el de la ex ESMA, que alguna vez fue centro clandestino de detención, tortura y exterminio, hoy está dedicado a la promoción de los derechos humanos y la reflexión sobre el terrorismo de Estado. Para eso ofrece visitas guiadas, exposiciones, actividades educativas y culturales. El edificio se muestra como testigo de esas atrocidades, pero no se banaliza su imagen: construye y mantiene viva

una memoria colectiva sobre la dictadura. Mientras otros bienes patrimoniales priorizan la estética y la imagen desde una visión nostálgica, pareciera que el espacio dedicado a mantener viva la memoria trágica de un período de la historia se permiten una funcionalidad más pedagógica y menos espectacular.

Tal vez se podría buscar una respuesta en la visión que sostiene Huyssen. En su libro *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización* (2006), el investigador utiliza la metáfora del palimpsesto para señalar que los lugares atesoran huellas visibles de su pasado, por lo que una restauración que elimine esos vestigios puede ser más lesivo a su propósito en contextos de rememoración traumática, como es el caso de los ex centros de detención clandestina, que en los de rememoración identitaria como puede ser un edificio patrimonial que cumplió funciones comerciales y residenciales.

1.1.2. Monumento y patrimonio, dos etapas en la evolución

La monumentalización de los edificios del pasado es consecuencia de la necesidad de contar con elementos que representen lo permanente frente a la volatilidad del tiempo actual (Mayoral Campa, 2001). Existe una delgada línea que separa una pieza de patrimonio arquitectónico del monumento, y lo que empuja a pasar de un lado al otro es la necesidad colectiva de contar con un testigo tangible de un pasado al que se convierte ilusoriamente en inmutable y se mitifica, justamente, mediante la veneración del objeto patrimonial.

El concepto de “monumento histórico” nació en el Renacimiento en relación con la capacidad rememorativa de la arquitectura (Choay, 2007). Por definición, el monumento resume y unifica las nociones de memoria, historia e identidad. Si bien nació como vinculado a edificaciones de valor artístico, hoy se incorporaron otras de menor calidad, pero más populares, sentidas por la sociedad como parte de la memoria colectiva. Esta nueva condición establece, en términos generales, que cualquier objeto puede alcanzar el carácter de monumento si es aceptado socialmente como un símbolo que trasciende su tiempo (Riegl, 1903). Existen monumentos que son concebidos como hitos conmemorativos históricos

desde su creación y otros edificios u objetos que alcanzan ese carácter después y más allá de la motivación que les dio origen.

El valor histórico de un monumento es atribuido por la sociedad debido a su singularidad en el desarrollo cultural de un pueblo. En estos términos, el valor le viene dado por múltiples razones: su rareza, su importancia, su significado o por su carácter insustituible en la historia (Riegl, 1903). Por el contrario, para el mismo autor, el valor artístico se añade al valor histórico por las características artísticas de forma, color o concepción del edificio. Este valor es independiente del valor histórico y es cambiante, es asignado por el observador. Si bien no tiene sentido rememorativo como un monumento, sí puede tener valor histórico.

El valor rememorativo es una atribución contemporánea del objeto, le es asignada desde el presente. Muchas veces esa condición se basa en la exhibición de las huellas que pueda haber dejado el paso del tiempo en el objeto. Sin embargo, se verá cómo la restauración del patrimonio arquitectónico, cuestión que ha generado largas controversias, se convierte en parte fundamental de su proceso de museificación. La condición de consumo cultural que se le asigna al patrimonio edificado en la actualidad, atado a las necesidades del turismo, establece que el grado de mantenimiento sea una condición para su valoración.

En resumen, un edificio patrimonial, convertido en monumento, contiene dos valores como elemento rememorativo de una época. El primero está dado por su antigüedad, en tanto es testigo de un pasado perdido. El valor histórico es asignado por la sociedad por el carácter insustituible en el desarrollo de su historia.

Los monumentos intencionados son obras especialmente realizadas para mantener vivos y presentes actos de individuos o grupos en la conciencia de las generaciones venideras (Mancini, 2016). Las construcciones nacidas para rememorar algo del pasado, una batalla, una personalidad o un acontecimiento, adquieren un valor rememorativo intencionado a través de sus alegorías y, generalmente, gracias a un valor artístico intrínseco. Con el paso del tiempo, a estos valores se le puede añadir un valor histórico y de antigüedad.

Es distinto el caso del patrimonio arquitectónico que puede tener un valor artístico o histórico, o carecer de él, pero en tanto objetos del pasado son patrimonializados por su valor

histórico y de antigüedad. Sin embargo, estas validaciones también pueden ser inducidas. Hobsbawm (1983) define como invención de la tradición al proceso que busca establecer un vínculo con un pasado convenientemente elegido, que se instituye por repetición o costumbre. De este modo, de todo un conjunto de objetos que podrían ser patrimonializado, sólo se convierten en monumento los que se ajustan al patrón de identidad buscado en un momento determinado y respondiendo a los parámetros culturales y sociales hegemónicos de la época.

Como se definió anteriormente, la monumentalización se establece como una valoración superior de la sociedad a un objeto, pero también lo separa de su uso y goce en un proceso reverencial extremo, reservando las características simbólicas y artísticas del edificio patrimonial para un consumo pasivo de la apariencia formal. La concepción estática de patrimonio, como algo que no cambia, ni debería cambiar, lleva a la idea del monumento que se mira, pero no se toca.

En Latinoamérica, cuna de naciones jóvenes, la consideración patrimonial obedeció a intereses políticos, culturales y morales de las clases dominantes. Los que se afianzaron mediante, entre otras cosas, la construcción de monumentos conmemorativos como soporte y convirtiendo en patrimonio los vestigios del pasado, siempre en base a una interpretación conveniente al patrón cultural buscado. En su origen, este proceso fue construyendo una idea de legado que, a su vez, le dio forma a un sentido de patrimonio que sigue operando en las sociedades modernas.

La idea de legado lleva a explorar el proceso de legitimidad que cimienta los criterios de patrimonialización. Todo aquello que abone al patrón cultural heredado se convierte en patrimonio de una comunidad. A la vez, convertir al patrimonio en algo representativo de toda la sociedad sirve para inventar una condición de nación en colectivos de distintas filiaciones culturales, homogeniza para adentro y afirma la posición social de la clase dominante. Pero esta no es sólo una estrategia de las clases dominantes de los Estados nuevos: todo Estado construye relatos y valores patrimoniales que hacen natural la validez de su existencia y su autoridad (Hobsbawm, 1983). Como afirma Anderson (2011), la legitimidad de la nación como comunidad imaginada depende de narrativas simbólicas producidas por los aparatos

culturales del Estado. Si bien el énfasis puesto en la legitimidad del patrimonio lo hace ver como algo naturalmente aceptable, cada vez más se disputa su carácter universal, ya que queda claro que la legitimidad de un objeto patrimonial no es una cualidad sustancial del objeto, sino que es una cualidad asignada por los grupos sociales dominantes en base a patrones culturales hegemónicos en distintos momentos históricos (Rosas Mantecón, 2000).

Por último, es importante aclarar que el monumento juega un papel fundamental en la conformación urbana. Como elemento de permanencia y memoria colectiva en la ciudad, representa la continuidad histórica y cultural de la vida urbana, funcionando como un signo material de la voluntad de los valores de la sociedad (Rossi, 1982)

1.1.3. Del hito al mito a través del rito

Existe una condición particular del patrimonio arquitectónico que relaciona los mitos fundacionales de la ciudad con su vida diaria y crecimiento. En general, los edificios singulares se convierten en hitos por sus características sobresalientes en el tejido urbano, pero las arquitecturas patrimoniales tienen la cualidad añadida de simbolizar un valor o un hecho histórico que es altamente considerado por la comunidad. Convertido así en monumento, el hito arquitectónico deviene en el testimonio de una realidad que trasciende al tiempo presente, habla del pasado, de la herencia, y se proyecta hacia el futuro. A su vez, a través de los ritos sociales, el hito refuerza y legitima su significado urbano (Rossi, 1982). El hito urbano, entendido como monumento, es el lugar concreto donde el mito se hace visible y donde los ritos encuentran su espacio de expresión.

Las categorías de hito y mito en la ciencia que estudia las urbes son desarrolladas por Aldo Rossi en *La arquitectura de la ciudad* (1982) como una explicación de la estructura invisible que gobierna los hechos urbanos y se conecta con la memoria colectiva. Esta perspectiva no sólo permite reafirmar el valor simbólico de la arquitectura, sino que también conduce a la detección de las actividades que prolongan en el tiempo la condición representativa del monumento. Para Rossi, la ciudad es un conjunto de monumentos que

corporizan la historia y la identidad cultural de una sociedad dentro de un tejido residencial anónimo. Lo que convierte en monumento a un edificio determinado es, como se dijo, la delegación social de una representación simbólica. Pero para el autor, lo que define su importancia es la especial conexión que adquieren las construcciones con el espíritu de la ciudad, lo que define como el *locus*: “un hecho singular determinado por el espacio y por el tiempo, por su dimensión topográfica y por su forma, por el ser sede de vicisitudes antiguas y modernas, por su memoria” (Rossi, 1982, p. 189).

Como se verá más adelante, la idea de lugar que esboza Rossi coincide con el concepto de *genius loci* que desarrolla el arquitecto Christian Norberg-Schulz (1980). Para el alemán, la esencia de un lugar está presente en sus características físicas, históricas y culturales y la arquitectura debe expresar esas características.

Para Rossi, el mito fundacional de una ciudad está ligado tanto a la memoria colectiva como a ese *locus*, ese lugar específico en el que el monumento tiene sentido. La idea de mito urbano es entonces el resultado de la narrativa que da origen simbólico a la ciudad. Y se inscribe en sus monumentos y estructuras, representando las aspiraciones y valores de las sociedades que los construyeron (Rossi, 1982).

El rito, por su parte, se convierte en la condición indispensable para la permanencia del mito. Es decir que el rito es una práctica repetida que mantiene vivo el significado simbólico del mito en la memoria colectiva de la ciudad. El mismo significado que la sociedad, o sus clases dominante, le asignaron al monumento, en la categorización de Rossi aparece como un hito. Así, ese monumento es un testimonio físico del mito y se convierte en escenario de los ritos sociales y conmemorativos que impiden que el mito muera.

El rito puede verse como el uso temporal y repetido del espacio urbano, mientras que el mito es lo que permanece en la memoria y el monumento es la razón por la cual la arquitectura adquiere sentido y relevancia para la sociedad. En este camino, el monumento como representación material tanto del mito como del rito, minimiza su valor funcional en tanto que aumenta su valor simbólico.

1.1.4. La retórica del valor

A lo largo de esta investigación se sostiene que sólo se protege y conserva aquello que es considerado valioso. Y que el valor no es una condición inmanente del objeto, sino que le es asignado por las sociedades debido a diversas causas. En el patrimonio arquitectónico, como parte del patrimonio cultural, el concepto de valor también está definido por la importancia que las sociedades les asignan a ciertos edificios. Pero, si bien es cierto que existe una pulsión colectiva que clama por su conservación que podría denominarse una voluntad “espontánea”, no es menos cierto que gran parte de los argumentos valorativos están deliberadamente contruidos y orientados a reforzar algunos sentimientos entre la población y refrescar determinados recuerdos colectivos. La pregunta es: ¿con qué herramientas se construye esa voluntad?

En Argentina, la valoración de edificios de fines del siglo XIX y principios del siglo XX implicó una estrategia retórica que se diseñó como una herramienta que impactara en la percepción pública. Tal el caso de la promoción de esos edificios como símbolos de la opulencia y grandeza de la Argentina agroexportadora (González Bracco, 2019). Al mismo tiempo, el patrimonio de Buenos Aires se presenta como recurso turístico estratégico en el mercado global.

Estos tipos de estrategias no son un producto autóctono, se repiten a lo largo del mundo occidental (Mayoral Campa, 2001). No sólo se centran en la preservación física de los edificios por su importancia como testigos del pasado, sino que asumen un papel preponderante en la construcción de significados culturales y en la formación de identidades colectivas (Conforti, Giacomasso y Palavecino, 2018).

Son las estrategias retóricas las que se enfocan en señalar el tipo de significado que asumirán los bienes patrimoniales y los valores que representan. Es un discurso que se enfoca en ciertos testimonios históricos sobre otros. Pero, antes de que toda esta acción se lance al ruedo, otra estrategia retórica habrá construido el corpus académico de validación entre los actores legitimados, individuos o grupos que poseen la autoridad, el reconocimiento

y el poder dentro de un determinado campo para producir el discurso validante (Angenot, 2010). Este discurso construye narrativas aceptables entre el conjunto de la sociedad, narrativas que resultan más eficientes en la medida que apelen a los flancos más vulnerables de los espectadores: sus necesidades espirituales. En el caso de Buenos Aires, son la nostalgia por un tiempo pasado idealizado y la necesidad de asumir una identidad distintiva en un contexto de licuación de las diferencias que propone la globalización.

Para entender la retórica de la valoración patrimonial, a las estrategias discursivas que construyen su validación se le puede aplicar la perspectiva de Marc Angenot (2010). Un análisis de este tipo permite visualizar lo que es pensable y decible dentro de la sociedad que determina el valor del objeto. Las narrativas son fundamentales para impactar en la percepción pública, generando un sentido de pertenencia y conexión emocional con el pasado (Mayoral Campa, 2001). En el caso de la Confitería del Molino, el empleo de la nostalgia como herramienta retórica permite evocar sentimientos de conexión con una época dorada, lo que contribuye a su valorización simbólica.

1.1.4.1. Puesta en valor, la validación contemporánea

Como se dijo, la vinculación identitaria con el legado ancestral convierte a los bienes patrimoniales en símbolos de esa herencia histórica, lo que le transfiere una condición casi sagrada: si lo sagrado es por definición eterno e intangible, el objeto en cuestión adquiere las mismas características. Desafortunadamente, los bienes materiales sufren el desgaste del paso del tiempo y requieren un mantenimiento para evitar su pérdida definitiva. El grado de intervención que se decida para ese mantenimiento lo puede convertir en una restauración, acción orientada a volver algo al estado original. Pero ¿cuál es el grado de autenticidad aceptable que puede conservar un bien después de ser intervenido? Eso depender de la selección de huellas que se decida preservar.

El proceso no es una consecuencia técnica o de investigación histórica: los discursos patrimoniales vigentes son los que determinan los rastros del pasado que son considerados “auténticos”, prioritariamente, los que encajan con el relato identitario dominante. Así, en un

intento por rescatar la historia, cada intervención la construye, reforzando cierta memoria y debilitando otra (Frigolé, 2011).

En los últimos años, el concepto de restauración que estaba dirigido especialmente a la preservación física de los objetos patrimoniales, sobre todo en edificios, fue reemplazado por el de puesta en valor. Este término engloba la conservación del objeto y la revitalización cultural y social. Esto implica que la autenticidad material del patrimonio deba ser protegida tanto como su autenticidad simbólica, lo que se logra mediante intervenciones que cumplan parámetros académicos (Prats, 1998). Estos parámetros están regidos por indicadores que abarcan cuestiones materiales, legales, sociales y de gestión. Y permiten evaluar la eficacia de las intervenciones y garantizar la preservación integral del patrimonio. Entre los indicadores más comunes se encuentra la protección legal y normativa del bien, los planes de manejo y reglamentos de preservación, la aplicación de técnicas que eviten distorsiones, la implementación de programas temáticos con personal preparado y recursos financieros, y la programación de actividades culturales que refuercen la identidad local.

La Dirección Nacional de Museos de Argentina (2025) vincula la eficacia de estos indicadores con el grado de accesibilidad y preservación activa del bien. Los procesos de puesta en valor se orientan a convertir monumentos históricos en espacios educativos y turísticos que fortalezcan la conexión afectiva con la comunidad. La puesta en valor, en definitiva, trasciende la restauración del objeto gracias a los indicadores que permiten monitorear el equilibrio entre autenticidad, sostenibilidad e importancia cultural. Pero este proceso no sólo busca preservar y promover la importancia del bien patrimonial, sino también promover una versión específica de identidad cultural, vinculada a discursos y significados que refuerzan un sentido en la memoria colectiva. La puesta en valor es también un instrumento que integra al patrimonio a narrativas que validan su importancia histórica y cultura (Prats, 2005).

El término “puesta en valor” no deja de ser llamativo en su sentido estricto ya que los valores del bien son establecidos antes de su patrimonialización, antes de cualquier acción de preservación. Por lo que el término resulta auto explicativo: reponer o poner valores que

el bien no poseía en el momento de su monumentalización. Esos valores podrían ser los que la nostalgia ciudadana y la mercantilización patrimonial necesitan.

La restauración, como la parte más visible y permanente de la puesta en valor, es una acción que se propone borrar las huellas que deja el paso del tiempo sobre el edificio y busca devolverlo a su estado original. Así, la apariencia se revela como una condición central para la valoración identitaria de un edificio patrimonial.

Esta sobrevaloración de la imagen del edificio conduce a su espectacularización (Debord, 1967), lo que convierte a la vida social en una mera representación. En este proceso de preeminencia de la apariencia formal del edificio y del uso primordial como imagen se llega a la museificación del Molino, la separación del objeto de la esfera del uso significativo y cotidiano para ser destinado a funciones rememorativas que no solo garanticen la inalterabilidad del bien, sino que lo reserven para el consumo pasivo de su imagen (Huyssen, 2006).

1.1.4.2. La épica de la restauración

La pasión por la protección patrimonial corresponde al proceso mundial de instalación de la memoria como preocupación de las sociedades occidentales (Huyssen, 1995). Este camino lleva a que las sociedades se aferren con nostalgia a los testimonios de un pasado en el que la identidad y la estabilidad son imaginadas como reales y constantes. Actualmente, esta necesidad simbólica se ve cruzada por dos cuestiones en las que se impone el patrimonio como recurso. Por un lado, tanto las ciudades como sus habitantes se ven afectados por la globalización que amenaza su identidad social toda vez que propone una cultura mercantilista universal indiferenciada. Por caso, en Buenos Aires, esa amenaza convirtió a los edificios de fines del siglo XIX y principios del siglo XX en capital simbólico colectivo que opera tanto brindándole a la sociedad una referencia identitaria ligada a un pasado idealizado como para posicionar a la ciudad en el contexto de una competencia con otras urbes. Esa competencia encarna el valor del patrimonio como recurso que, en tanto

hecho cultural, detenta una capacidad para lograr una parte de las inversiones globales disponibles y la de captar una parte del flujo de turismo intencional (Yúdice, 2002).

En los últimos años, la restauración de edificios patrimoniales se convirtió en un tema de relevancia en el ámbito de la arquitectura. A partir de mediados del siglo pasado, lo hizo, especialmente, en los centros urbanos donde la historia y la modernidad coexisten en un delicado equilibrio. Estos procesos de restauración pueden influir en la percepción pública del patrimonio arquitectónico ocultando o haciendo evidente la historia (Ruskin, 2022). Esto implica que cualquier intervención sobre un bien patrimonial puede alterar la percepción pública de su significado histórico. John Ruskin (2022) sostiene que se debe preservar los edificios históricos en su estado original, sin alterar su autenticidad. La Carta de Venecia, emitida por el ICOMOS, documento fundamental para la conservación del patrimonio arquitectónico (1964), enfatiza la importancia de respetar la autenticidad de los monumentos y evitar la falsificación (ICOMOS, 1964). Esto implica que la restauración debe evitar el ocultamiento de la historia; más bien, debe hacerla visible. Pero, como ya se ha señalado, los criterios de autenticidad son los que establecen las características de las restauraciones y el criterio de qué es original y de lo qué no lo es, de acuerdo a lógicas que se ajustan a la narrativa identitaria dominante en cada momento (Frigolé, 2011).

En su afán por poner a nuevo un edificio patrimonial, por devolverle el brillo original, la mayoría de los procesos de restauración borran las huellas que el paso del tiempo deja sobre el bien preservado, otorgándole una imagen atemporal e impoluta que responde más a las necesidades contemporáneas de consumo que a la preservación de los múltiples significados que contienen los vestigios de su historia. Por supuesto que existen razones de preservación que buscan proteger un bien del deterioro natural y su pérdida definitiva. Sin embargo, la monumentalización de edificios históricos responde a una necesidad cultural de contar con elementos que representen lo permanente frente a la volatilidad del tiempo. Este fenómeno se manifiesta en la veneración del objeto patrimonial, convertido en símbolo de un pasado idealizado y visto como inmutable. La conservación del bien patrimonial es entendida, por lo tanto, como una conservación del pasado (Ruskin, 2022).

Como se mencionó anteriormente, la patrimonialización de un edificio produce una suerte de sacralización porque liga al objeto a una herencia original fuente identitaria para la sociedad. La patrimonialización es el resultado de la necesidad de crear un símbolo de identidad y su declaración refuerza ese papel de vehículo de identidad cultural como de parte de una herencia (Choay, 2007). Por otro lado, lo sagrado siempre es considerado intocable y eterno. Puesto en estos términos, se entiende que las normativas busquen la protección e inalterabilidad del edificio. Pero se trata tanto de defender al objeto de la decrepitud que ocasiona el envejecimiento natural, como de intervenciones humanas que alteren su autenticidad. Sin embargo, en la mayoría de los casos buscan borrar las huellas del paso del tiempo, aun las que no son un peligro para su integridad. Como se dijo, las restauraciones no se contentan con mantener el bien en el estado en que se encontró al ser patrimonializado, sino que buscan su vuelta atrás en el tiempo hasta el momento en que fue un edificio nuevo y reluciente. Hoy, este proceso es difundido y defendido como puesta en valor, palabra que resume la retórica validante del objeto patrimonial y convirtiendo a la restauración misma en el *súmmum* técnico del rescate patrimonial, constituyendo, por momentos, un relato épico.

Ejemplos de este tipo recorren el planeta. Por caso, en 2024 el Museo del Diseño y la Moda (MUDE) de Lisboa, Portugal, reabrió sus puertas con la exposición *Building on Exhibition* que mostraba las herramientas y demás elementos utilizados para la reforma del edificio bancario de la década de 1950 en museo. Esta muestra no sólo permitía que los visitantes se anoticiaran de la historia y evolución del espacio antes de albergar exposiciones, sino que también puso en un pedestal la reforma en sí misma (MUDE, 2024) (Anexo Cuerpo C, Figuras 1 a 5).

Otro caso que ilustra la misma construcción épica de la restauración de un edificio patrimonial desde el título mismo de la conferencia: “Notre-Dame: desafíos técnicos y doctrinarios de una epopeya heroica”. La disertación que ofreció Benjamin Mouton (2025) fue transmitida el martes 1° de abril de 2025 desde Francia. Una opinión del mismo especialista fue publicada con el título “La epopeya épica” en el Suplemento de Arquitectura del diario *Clarín* el 25 de abril de 2025 (Mouton, 2025a).

Si bien, como se dijo, la puesta en valor implica una serie de acciones destinadas a visibilizar y recuperar el patrimonio arquitectónico, en la actualidad este término se asocia más con procesos de conservación y adaptación a usos contemporáneos que con una auténtica preservación del valor histórico y cultural del edificio. Este fenómeno ha generado un debate sobre cómo conservar la esencia original del bien mientras se responde a las demandas actuales.

El auge del turismo que ha transformado los bienes patrimoniales en productos consumibles no sólo ha llevado a una creciente museificación de los centros históricos, sino que también ha empujado a que los edificios ofrezcan su mejor versión. En una cultura en la que casi todo es consumible, el pasado también se convierte en una mercadería valiosa. Los habitantes de las ciudades y los turistas comparten valores y necesidades similares respecto al patrimonio, aunque sus motivaciones pueden diferir. Sin embargo, aparentemente nadie quiere consumir algo que luce viejo y deteriorado.

1.1.4.3. ¿Por qué el valor de un edificio conduce a su restauración?

Desde luego, en cada restauración existen razones de preservación, de protección de un bien para evitar su deterioro y pérdida definitiva por el mero paso del tiempo. Pero también existen otras razones. La monumentalización de los edificios del pasado es consecuencia de la necesidad cultural de contar con elementos que representen lo permanente frente a la volatilidad del tiempo (Mayoral Campa, 2001). En estos términos, la conservación del bien implica la conservación de ese pasado. Se percibe que, en tanto el símbolo de ese ayer se muestre inmune al paso del tiempo, ese ayer permanecerá vivo, a salvo de cualquier corrupción.

A su vez, el reconocimiento legal, la declaración oficial que le otorga carácter patrimonial a un edificio, o una protección especial, contribuye a su sacralización como símbolo de la comunidad, su historia o sus valores. Las declaraciones de patrimonialización suelen ir acompañadas de normativas o recomendaciones de protección del bien contra modificaciones no autorizadas, asegurando su relativa inalterabilidad. Esta conservación es

relativa porque la mayoría de las normas de protección no promueven mantener el bien en el estado en el que se encontró al momento de ser monumentalizado, sino que proponen su “puesta en valor” que, como se expuso, busca devolverlo a su estado original.

La segunda pregunta que surge de este análisis es ¿por qué la restauración de un bien patrimonial excede la de su mera protección frente al paso del tiempo y, en su lugar, reclama una reconstrucción a nuevo, su puesta en valor? En general, la puesta en valor implica un conjunto de acciones que buscan visibilizar y recuperar un bien patrimonial que incluye la identificación y difusión de sus características e importancia. Sin embargo, el término está más asociado a las tareas de conservación, restauración y adaptación funcional de una construcción icónica. Estos procesos están abiertos a un amplio debate alrededor de la idea de qué y cómo conservar la esencia original de un bien patrimonial.

El concepto de puesta en valor surge a finales del siglo XVIII cuando se comienza a tomar conciencia de la importancia del patrimonio arquitectónico y se abordan las mejores maneras de respetar su valor histórico y cultural. Autores como Viollet-le-Duc defendían una restauración que restablece un estado acabado del monumento, mientras que otros, como John Ruskin, abogaban por la conservación de las huellas del paso del tiempo (Pérez Humanes, 2001). El término en sí encierra no pocas contradicciones. Poner en valor implica que el bien en sí carecería del mismo en tanto y en cuanto no se realicen tareas de conservación, restauración y adaptación. Este concepto entraría en colisión con las fuentes de valor patrimonial explicadas anteriormente. O, por lo menos, implicaría que, para tener valor real, no es suficiente la antigüedad, ser testigo de una época o de un acontecimiento histórico, que la sociedad le haya concedido carácter simbólico o que una elite haya decidido su monumentalización por razones ideológicas. Aun siendo declarado bien patrimonial, el objeto en cuestión requiere que sea puesto en valor mediante su restauración.

Como se explicó anteriormente, el objeto patrimonial simboliza un pasado mítico que se percibe como legado legitimador y base identitaria de una sociedad, valores que se pretenden de carácter eterno (Riskin, 2022). La fetichización del edificio patrimonial lo obliga a reproducir las condiciones que representa. Entonces, la puesta en valor es consecuencia

de la necesidad de hacer visible lo que el objeto simboliza. Así, el bien patrimonial debe lucir tan inalterable como los valores que encarna.

Existe otro factor que demanda, en la puesta en valor, la restauración a nuevo de los bienes patrimoniales, y tiene que ver con las condiciones de consumo contemporáneo. La supremacía del capitalismo hizo que hoy casi todo sea comercializable y consumible, el pasado también. El consumismo contemporáneo le da forma a sociedades que buscan la felicidad en los objetos que compartan las condiciones del presente y del pasado. Esto explica que los objetos retro y *vintage*, convertidos en depositarios del pasado, se hayan transformado en vehículos de una nostalgia mercantilizada (Erol y Öz, 2016).

Por la misma razón, la valoración del patrimonio comienza a crecer en las sociedades actuales, convertida más en la defensa de un sentimiento nostálgico que en una actitud racional frente al pasado. En este sentido, el marketing entiende a la perfección la potencia que tiene la nostalgia en las sociedades consumistas y lo utiliza como una de las fuerzas motivacionales más importantes del mercado (Membiela-Pollán et al., 2021).

El auge del turismo convirtió al patrimonio en un formidable recurso económico, llegando a convertirlo en un bien consumible más. Esta mercantilización del entorno construido alienta a la creciente museificación de los centros históricos de las ciudades (Crecente Maseda, 2011). Es decir, impulsa un proceso en el que los espacios urbanos se transforman en museos vivos, donde la historia y el patrimonio son presentados y consumidos de manera similar a piezas de museo (Huyssen, 2003).

Aunque el turismo cultural suele ser visto como un camino para preservar el patrimonio, a menudo encubre su mercantilización desvirtuando los valores esenciales de los sitios y a la exclusión de las comunidades locales (Choay, 2007). El turismo global reclama convertir todo en museo, extinguir otros usos urbanos como el de habitar, o el de construir una experiencia, impedir la posibilidad de profanar lo museificado (Agamben, 2013).

Se puede decir que en la defensa de edificios que simbolizan el pasado, las sociedades son empujadas por un sentimiento de nostalgia al que se aferran identitariamente, mientras que los gobiernos coinciden, pero motivados por la búsqueda de una identidad

urbana que les permita competir por inversiones y turismo a escala global. Nostalgia e identidad se agregan a la lista de los valores patrimoniales, pero requieren que los objetos se adapten a las condiciones contemporáneas de consumo.

En una cultura mercantilista como la actual, aun cuando se hace un culto de la memoria, el envejecimiento de los objetos no es tolerado, su decaimiento es percibido como obsolescencia, los convierte en descartables, en basura. Nadie quiere lo que es desechable. La única acción que los redime de la decrepitud y sus consecuencias es su renovación. Para los edificios convertidos en patrimonio, reflejar el natural paso del tiempo no es una opción. Su destino es la puesta en valor, la restitución a su estado original como algo nuevo. La sociedad actual tiene poca tolerancia a que las cosas, como las personas, envejezcan.

1.2. Los usos de la nostalgia: del marketing al patrimonio como producto

Al proceso tradicional de valoración de un edificio que conduce a su patrimonialización, hoy se le añade un factor nuevo: la nostalgia. La nostalgia se define como el anhelo de vivir una experiencia, consumir un producto o un servicio del pasado; un deseo provocado por el recuerdo de un objeto, una persona, un acontecimiento, un perfume o una música (Belk, 1990). Este sentimiento impulsa a que las comunidades se aferren a los símbolos que les permiten reconectar con su historia y construir una identidad colectiva. El pasado es reconfigurado de acuerdo con las necesidades y los deseos simbólicos del presente. Esta flexibilidad permite que la nostalgia pueda convertir a ciertos testimonios históricos, como los edificios, en refugios simbólicos frente a la incertidumbre contemporánea (Lowenthal, 1985).

La arquitectura siempre ha sido objeto o símbolo de nostalgia, pero hoy más que nunca el patrimonio arquitectónico se ha convertido en parte de los bienes consumibles que la cultura pone a disposición de la sociedad (Cirvini, 2019). A pesar de ser un sentimiento, una sensación abstracta, la nostalgia tiene efectos concretos en la ciudad. El trabajo de Colin (2017) aborda la manera en que se materializa la nostalgia en el espacio y sus usos y funciones sociales y culturales. La investigación estudia la movilización de habitantes contra los proyectos inmobiliarios y por la defensa de su barrio en Santiago Centro (Chile) y

determina que la nostalgia está asociada a la idea de aceleración del tiempo y a la sensación de pérdida de control sobre los eventos. En su trabajo se afirma que el proceso de globalización le dio forma a un mundo lleno de incertidumbres y generó una epidemia global de nostalgia, paradójicamente, reforzando el interés de los habitantes por lo local, activando procesos de defensa identitaria que se expresaron en reclamos de preservación patrimonial.

El proceso descrito explica cómo una reacción de defensa de los espacios públicos o de los edificios y objetos que la ciudadanía y los especialistas consideran que merecen ser preservados muchas veces se encuentran en conflicto con el Estado y el poder económico. En el mismo proceso, otros bienes, considerados sin valor para la memoria, desaparecen, o se salvan momentáneamente de la desaparición porque no tienen interés ni para la comunidad ni para la especulación inmobiliaria.

Por otra parte, la nostalgia no siempre se expresa como una búsqueda en el pasado para compensar una pérdida del presente: también puede ser la expresión de una crítica moral a las condiciones sociales y económicas imperantes. En estos términos, la expresión colectiva de la nostalgia urbana no buscaría una continuidad exacta de las prácticas y objetos que se buscan preservar, sino de una relectura de ellos a partir de recuerdos y memorias reinterpretados de cómo era en el pasado.

Esta mirada que le refuerza el carácter dinámico al patrimonio arquitectónico, haciéndolo sujeto de una constante reinvención, también permite la adjudicación de valores simbólicos determinados a edificios del pasado que tenían otros en su momento, o no los tenían. Esta práctica permite pensar que el sentido patrimonial tiene que ver con una reinterpretación de un pasado relacionada con valores actuales y, a veces, con la mercantilización de las sensaciones nostálgicas (Colin, 2017).

Los ciudadanos se enfrentan al cambio continuo como consecuencia del proceso urbano de destrucción y construcción constantes. Esto da lugar a un sentimiento de nostalgia generalizado por la transformación del entorno social y la pérdida de referencias simbólicas colectivas y personales. De esta manera, la nostalgia está siempre presente en la relación de las sociedades con sus espacios pasados, presentes y futuros (Gervais Lambony, 2012).

La especulación inmobiliaria somete a la ciudad a una continua demolición de edificios para construir otros más grandes, más verticales y de peor, o cuestionable, calidad ambiental. Este proceso cambia el entorno urbano, transforma los paisajes y destruye cientos de construcciones de valor simbólico individual y colectivo. En este camino, la nostalgia toma distintas formas en el espacio urbano entre las que Gervais Lambony destaca la reminiscencia y la rememoración. La reminiscencia se vincula con una memoria involuntaria que se produce en las percepciones generadas desde el cuerpo y la mente, a partir de analogías hechas entre lo que se percibe de la ciudad en el momento actual y los momentos pasados. A diferencia de la reminiscencia, la rememoración es una actividad intelectual premeditada que empuja procesos de reconstrucción en el mundo físico. Ese esfuerzo de memoria voluntario tiende a generar una conducta social de resistencia al cambio que se refleja en las múltiples acciones conservacionistas de lo antiguo (Gervais Lambony, 2012).

Desde este último enfoque, se puede afirmar que la nostalgia se expresa en las conductas sociales tanto como es producto de ellas. A la vez, rememoración y nostalgia se depositan en el ambiente urbano operando sobre la voluntad de conservar, transformar o inventar edificios y lugares que expresen las necesidades simbólicas del momento.

1.2.1. La nostalgia en la arquitectura, crónica de un eterno retorno

La nostalgia se manifiesta reiteradamente en la historia de la arquitectura, especialmente como un culto a las ruinas y su significado. En cada una de estas emergencias, la manifestación nostálgica tomó distintas apariencias. Por caso, las ruinas formaron parte del repertorio arquitectónico entre los siglos XVIII y XIX durante los que se desarrolló la arquitectura romántica como respuesta estética y filosófica a un mundo en transformación.

La cultura romántica exaltaba sentimientos melancólicos en la literatura y el arte, pulsiones que sintonizaban con el espíritu de las ruinas como símbolo del pasado irrecuperable, como lo muestran las obras de Goethe en la literatura. Esa tendencia también constituía una crítica al progreso y una búsqueda espiritual en medio de un contexto que era percibido como decadente y materialista. El culto a las ruinas respondía a los componentes

ideológicos y filosóficos que exaltaban la sensibilidad estética y la relación del ser humano con la naturaleza y la historia.

Según Huyssen (2006), al representar un pasado en su estado residual pero inaccesible, las ruinas combinan espacialidad y temporalidad, actuando como disparadores de nostalgia. El anhelo por épocas anteriores refleja una utopía inversa: un deseo por un tiempo que pare ofrecer alternativas a la incertidumbre del presente. En el Romanticismo, esta nostalgia se manifestó en la búsqueda de ruinas auténticas y en la creación de estructuras artificiales como las *folies* en jardines ingleses. Estas construcciones evocaban melancolía y permitían a los espectadores imaginar mundos antiguos y gloriosos. Artistas como Piranesi retrataban las ruinas romanas con el ánimo de aludir a lo efímero de la vida y la inevitabilidad del paso del tiempo (Benevolo, 1980).

Además, esta tendencia se convirtió en un baluarte simbólico de una corriente que buscaba validar expresiones de identidad nacional y cultural. En su obra *Esquema de la arquitectura europea* (1980), Leonardo Benevolo destaca que el Romanticismo se caracterizó por la libertad creativa, el eclecticismo y la búsqueda de una arquitectura que conecte con los sentimientos y la memoria colectiva. La arquitectura del Romanticismo es el reflejo de las transformaciones sociales y políticas que generaron la industrialización y la urbanización.

El interés por las ruinas proponía una construcción imaginaria del pasado como respuesta a los cambios sociales de ese momento. Es notable la coincidencia con las motivaciones nostálgicas que aprovecha el marketing, como se destacó anteriormente, y que se vinculan con la valoración del patrimonio arquitectónico actual. La pulsión del Romanticismo europeo requería que lo antiguo o su sucedáneo falso dieran testimonio del paso del tiempo; no sucede lo mismo con los testimonios históricos de la actualidad para los que se reclama una restauración a nuevo como se vio anteriormente.

En el caso porteño, como se profundizará en el siguiente capítulo, De Marco (2023) muestra cómo el *Art Nouveau* funciona como un entramado de tiempo y espacio donde se condensan recuerdos, afectos y narrativas sobre la ciudad. Desde esta perspectiva, la nostalgia no se limita a una emoción retrospectiva, sino que se materializa en ciertos edificios

y paisajes que actúan como anclajes afectivos, condición que resulta especialmente pertinente para comprender la carga simbólica de la Confitería del Molino.

El interés por el pasado volvió a emerger en la arquitectura posmoderna de la década del '60 y, para algunos autores, persiste en la arquitectura contemporánea, donde se reinterpretan estructuras históricas para dialogar con el presente (Silvetti 2017). Acompañado por el surgimiento de las tendencias *vintage* y retro en el diseño y la comunicación, surgió el posmodernismo en la arquitectura que explica el costado nostálgico que fue adquiriendo la preservación patrimonial en los últimos años.

Se podría alegar que la nostalgia como búsqueda de revivir el pasado es lo que le dio vida al posmodernismo arquitectónico, en forma casi textual si se tiene en cuenta su vertiente ecléctico historicista, y menos evidente en sus vertientes pop o en la llamada *Tendenza*. Sin embargo, si se asume que en la mayoría de las subtendencias que englobó este movimiento no tuvieron motivaciones nostálgicas explícitas, en todas existía un tipo especial de anhelo: "Por encima de cualquier estrategia formal, la condición posmoderna está atravesada por la tensión que se instala entre la añoranza de un orden y la diseminación ecléctica" (Sainz Gutiérrez, 1997, p.41). Este proceso consistía en capturar todos los estilos arquitectónicos del pasado y combinarlos con un fin efectista o escenográfico (Jameson, 1991).

El componente nostálgico del posmodernismo arquitectónico recién aparece citado por el crítico Fredric Jameson en 1984 en un artículo de la *New Left Review* para designar la fascinación que producía el eclecticismo historicista de la arquitectura posmoderna. El posmodernismo recorre todos los ámbitos de la cultura, en los que la nostalgia y la revalorización del pasado conviven con una conciencia de pérdida del sentido de verdad. Pero, para esta investigación, adquiere un valor especial su expresión en la arquitectura como disciplina de la imagen. Y, sobre todo, porque lo estético adquiere un carácter paradigmático en esta tendencia. Si se considera que las experiencias estéticas son el modelo de lo real y tienen una posición privilegiada entre los valores de la cultura posmoderna, se observa fácilmente cómo arquitectura posmoderna y patrimonio arquitectónico, tal como se explicó anteriormente, comparten las fuentes de validación artística, visual y rememorativas.

Estas afirmaciones no sólo dejan en claro la búsqueda nostálgica de la arquitectura posmoderna, sino que refuerzan la idea del punto privilegiado que la imagen tiene en el desarrollo cultural presente. Punto que es esencial para la presente investigación cuando se desarrolle el concepto de espectáculo. En su rescate del pasado, el posmodernismo como movimiento arquitectónico, muestra evidentes motivaciones nostálgicas, aunque no las expresa taxativamente. La fascinación que despertó este movimiento se agotó a finales de los '80. Sin profundizar cuánto del pensamiento posmoderno sigue alimentando a la disciplina de construir, lo cierto es que el juego de referencias históricas desapareció de la arquitectura al tiempo que el interés por el patrimonio arquitectónico se acrecentó. Se puede afirmar que el interés nostálgico cambió de objetivo.

1.3. Identidad, memoria y globalización

En los últimos años, identidad y nostalgia son dos valores que aparecen asociados entre sí y ligados al patrimonio, al punto que resulta dificultoso saber cuál es resultado del otro. Por caso, Prats (1998) define como la característica más importante del patrimonio su capacidad para representar simbólicamente una identidad. Esto resulta evidente, toda vez que los edificios históricos, en tanto símbolo del pasado, tienen la capacidad de representar tanto ese pasado como la cultura asociada a él, lo que los convierte en una excelente herramienta cuando una sociedad busca afirmar algún tipo de identidad. Por esa razón es que las apelaciones identitarias muchas veces aparecen ligadas al patrimonio.

Así, el patrimonio cultural se constituye en referente de la identidad de una comunidad determinada en cuanto símbolo y testimonio vivo del pasado y los valores asociados a él. Y sus representaciones son seleccionadas por su capacidad de rememorar los eventos que hablan de ese pasado (Conti, 2009). Para la Dirección General de Patrimonio del GCBA, refiere al "conjunto de bienes culturales que nos pertenecen a todos como parte de una sociedad y constituyen el legado y sustento de la memoria histórica y de nuestra identidad cultural como Nación" (Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2003, art. 2). Se puede concluir que el patrimonio ejerce como vehículo de la memoria toda vez que es una

representación material e institucional de la historia. Así, identidad y memoria resultan conceptos vinculados a la definición de patrimonio.

Como se explicó, la memoria colectiva tiene un anclaje muy definido en los objetos materiales de la ciudad (Rossi, 1982), referida a hitos urbanos y se conserva a través de prácticas sociales y simbólicas que el autor caracteriza como ritos. El patrimonio arquitectónico representa, entonces, una permanencia urbana que al resistir al paso del tiempo se convierte en un hito que condiciona el desarrollo de la ciudad. Así, este hito monumental ya no sólo recuerda hechos o personajes, sino que también posibilita la repetición ritual que mantiene vivo el significado que el presente le asigna al pasado.

Múltiples causas explican las necesidades identitarias que experimentan tanto las sociedades como los individuos contemporáneos. Por un lado, la posmodernidad ha erosionado las identidades colectivas estables, generando su fragmentación cultural e imponiendo una suerte de individualismo extremo. El declive de las viejas identidades religiosas, étnicas o de clase obligó a que los individuos reconstruyeran su identidad en un ambiente de desarticulación social (Hall, 1990). También contribuyó en ese sentido la hiperconectividad digital y la irrupción de las redes sociales que han reemplazado la búsqueda de una autenticidad autodefinida por la de la validación externa (Yúdice, 2002).

También la globalización es percibida como una amenaza para las identidades locales y las sociedades se valen del patrimonio para reafirmar su identificación colectiva (Choay, 2007). En el caso de Buenos Aires, la búsqueda de una identidad urbana que resuene a nivel global ha llevado a un renovado interés por la arquitectura de principios del siglo XX, como la Confitería del Molino. Condicionado por la preocupación social por afirmar su identidad en el contexto de la globalización, el valor de un bien patrimonial no queda confinado a sus cualidades formales y físicas, sino que se abre a consideraciones inmateriales vinculadas, justamente, a su aporte a la identidad colectiva (Vetancourt León, 2017). Esta interpretación tensa el concepto patrimonial que todavía rige en la preservación de la arquitectura de Buenos Aires y que sigue apegado a la vieja idea de conservar y rescatar las características formales y artísticas del objeto como se verá más adelante.

Pero, como afirma Ricoeur (2000), toda memoria es selectiva e implica operaciones de rememoración y de olvido. Aplicado esto al patrimonio implica que los edificios que se conservan colaboran con ciertas versiones del pasado y el olvido de otras. La preocupación de las sociedades por reafirmar las identidades locales no es ajena a ese sesgo y está muy atada a las consecuencias de la globalización que amenaza con licuar las diferencias nacionales (Stern,1992). Desde la década del '90, esta situación impulsó una carrera entre las ciudades por diferenciarse destacando sus ventajas comparativas o sus características particulares. A esto contribuyeron la arquitectura espectacular y las etiquetas de *Smart City* y ciudad global. En Buenos Aires, esa amenaza de aculturación convirtió a los edificios de fines del siglo XIX y principios del siglo XX en emblema distintivo, y, al mismo tiempo, capital simbólico colectivo y testimonio de una época gloriosa, cuando no promesa de un destino de igual grandeza. La tendencia a la revalorización del pasado edilicio de Buenos Aires se convirtió en un asunto central a partir de la década de 1990, coincidiendo con un momento de apertura del país a la globalización, un proceso que había comenzado diez años antes en el mundo¹.

Pero el problema de la diferenciación entre ciudades, que lleva a una competencia simbólica en una suerte de mercado urbano global, no es sólo un tema de identidad, sino también una cuestión económica. A escala mundial, las ciudades disputan por turismo e inversiones. Con estos fines, cuando el patrimonio edificado es el primer recurso de diferenciación, el pasado que se busca mostrar es seleccionado cuidadosamente evaluando su singularidad en el contexto global. Vargas Zuluaga (2013) desnuda los espejismos que generan las imágenes creadas para vender la ciudad al exterior y atraer turistas e inversores.

Si, como se dijo anteriormente, las construcciones antiguas se convierten en monumentos por su carácter permanente frente a la volatilidad del tiempo, testigos mudos

¹ En su tesis De la ciudad del "progreso civilizatorio" a la ciudad-museo, Buenos Aires y el patrimonio barrial, Ana Gretel Thomasz analiza las políticas de patrimonialización en Buenos Aires durante la globalización. En ese período, la ciudad pasa de perseguir la imagen de un progreso civilizatorio a presentarse como "ciudad-museo", donde los edificios del pasado y las memorias barriales se convierten en recursos de valorización urbana e identitaria (Thomasz, 2005).

pero privilegiados de un tiempo mítico, el patrimonio asume el papel de mediador entre pasado y futuro como defensor de los signos de identidad frente a los fenómenos que licúan las diferencias entre comunidades. En este contexto, la búsqueda identitaria encuentra cauce en los edificios que se denominan patrimoniales o monumentos.

En conclusión, identidad y nostalgia son dos valores añadidos al patrimonio, lo constituyen y consagran de la misma manera que el patrimonio los evoca y sacraliza. En ese proceso dialéctico, la patrimonialización deja de ser una condición natural de las cualidades de un objeto o de una tradición, para convertirse en herramienta de un conjunto de acciones que condicionan el comportamiento social. El patrimonio cultural genera una conexión con la memoria colectiva y la construcción de identidades en contextos de cambio.

La actual selección y valorización de ciertos objetos como patrimoniales responde a la necesidad de una afirmación de identidad colectiva tanto como a la demanda de legitimidad y diferenciación frente a la globalización. Sin embargo, este proceso está condicionado por intereses que construyen relatos y privilegian ciertos símbolos sobre otros. Así, el patrimonio convertido en un recurso estratégico para las ciudades y los países enfrenta el riesgo de ser reducido a una imagen espectacularizada, desvinculada de su uso y significado original. Los desafíos actuales de la gestión patrimonial frente a la globalización están definidos por la tensión entre autenticidad, memoria y mercantilización.

1.3.1. Palimpsesto y memoria urbana

Como se explicó anteriormente, identidad y memoria están vinculados a la definición de patrimonio. De manera que la necesidad por establecer una identidad colectiva define igual interés por la memoria. La obsesión actual por la memoria resulta evidente por el boom de museos, monumentos y sitios de memoria, así como en el auge de la nostalgia y la moda retro (Huyssen, 2006). Por otra parte, como se verá más adelante, todo lo que se considera digno de ser preservado a lo ancho del mundo occidental sufre un proceso de museificación (Huyssen, 1995).

De alguna manera, la preocupación contemporánea por la preservación patrimonial también expresa el miedo al carácter destructivo del tiempo. Huyssen caracteriza esa actitud como una verdadera pasión por las ruinas y afirma que podrían ser leídas como un palimpsesto que contiene múltiples representaciones y testimonios de los acontecimientos históricos. “Nuestro imaginario de las ruinas puede ser claramente leído como un palimpsesto de múltiples representaciones y acontecimientos históricos; la intensa preocupación por las ruinas forma parte de una corriente actual que privilegia la memoria y el trauma” (Huyssen, 2006, p.8).

Palimpsesto es el nombre que reciben los manuscritos antiguos sobre pergamino que fueron reutilizados y que debido a ello muestran huellas de textos anteriores debajo de las escrituras nuevas. Como metáfora, el concepto llegó a disciplinas como la arquitectura y la teoría cultural, simbolizando la superposición de capas históricas, materiales o simbólicas que coexisten en un mismo espacio.

En arquitectura, la metáfora del palimpsesto es utilizada para ejemplificar los procesos creativos de superposición, mezcla y sustitución de elementos previos para la creación de otros nuevos. Esta visión invita a buscar vestigios del pasado en los datos físicos del presente, a entender el contexto como un borrador que ofrece huellas de lo que había antes. El arquitecto Peter Eisenman (1999) utiliza la misma metáfora como herramienta para abordar la relación entre lo nuevo y lo existente en las ciudades, propone que la arquitectura y el urbanismo sean entendidos como sistemas que comunican significados, y permitan interpretaciones similares a las que se pueden hacer sobre textos literarios. Esta concepción enfatiza la importancia de la interpretación y del contexto en la comprensión de la ciudad como si fuera un sistema de comunicación. Eisenman entiende que cada edificio, calle y espacio público actúa como un signo que contribuye a un significado más amplio. Esta idea implica que la arquitectura no es solo una entidad física con carácter simbólico, sino que también es parte de un conjunto de narrativas culturales y sociales que se pueden interpretar (García-Hipola, 2011).

La teoría de Eisenman aplicada a la lectura del patrimonio arquitectónico lleva a entender que un edificio no sólo expresa al tiempo que lo vio nacer, sino que también el período de tiempo histórico que protagonizó, o en el que sirvió de escenario urbano. Además, su lectura permite comprender de qué manera el objeto adquiere distintos significados a través de su vida.

El estatus de ruina se entiende como algo más que como se interpretaba en el siglo XIX, es decir, un edificio destruido y decadente. Hoy se tiene una visión más amplia, la de un objeto de nostalgia que proyecta las sombras de un pasado espléndido, pero también despierta ecos del futuro (Huysen, 2006). Sin embargo, influenciada por las necesidades simbólicas, identitarias y de consumo contemporáneas, los vestigios de pasado suelen recibir una restauración a nuevo que busca borrar las huellas que el tiempo dejó en el edificio, ocultando ese palimpsesto arquitectónico para ofrecer una imagen impoluta y atemporal, tal y como la ciudad lo vio nacer. Riegl (1903) enfatiza que la conservación debe equilibrar estos valores, evitando la destrucción de capas históricas. Por ejemplo, restaurar un edificio no implica eliminar sus huellas del tiempo (valor de antigüedad), sino preservar su autenticidad material. Como se aborda más adelante, la problemática de la autenticidad tiene más defensores en el campo académico que a nivel pragmático.

1.3.2. La museificación en el destino del patrimonio

Como se explicó anteriormente, la museificación es una condición recurrente en todo aquello que se considera suficientemente valioso como para ser protegido (Huysen, 1995). Este proceso genera la proliferación actual de museos, centros culturales, monumentos y memoriales, e incluso áreas enteras de las ciudades que se convierten en una suerte de museo a cielo abierto. Esto sucede debido a que lo antiguo es sometido a criterios de explotación turística que hacen de su imagen el valor preeminente desplazando las virtudes que aportaría para la vida social su uso cotidiano y efectivo.

Leído a escala arquitectónica, la museificación se puede entender como una voluntad encaminada a preservar los testimonios del pasado al punto de momificarlos quitándoles su

vitalidad original y convirtiéndolos en piezas de museo a escala urbana. Esta acción política, cultural y social está dirigida a congelar en el tiempo a un artefacto patrimonial y, en el caso de la arquitectura, a disponerlo como escenografía urbana esterilizada. Independientemente de su tamaño, el objeto termina siendo sustraído de su contexto vital para ser convertido en un testimonio inerte del pasado (Jaramillo Marín y Del Cairo, 2014).

La museificación del patrimonio se relaciona con su espectacularización, condición en la que los objetos, en este caso, edificios preservados y espacios históricos, se convierten en mercancías visuales reducidas a su apariencia, imágenes dispuestas para el consumo pasivo, piezas de museo que se pueden ver, pero cuyo uso está restringido. Así, el patrimonio arquitectónico deja de ser un testimonio histórico vivo para convertirse en un símbolo fosilizado, reproducible y estandarizado para el consumo turístico o la construcción de una identidad idílica y de una imagen de ciudad con miras al mercado global. En todo caso, íconos mediáticos en los que se prioriza su representación en postales, fotos o *selfies* por encima de sus valores originales o de su uso vital contemporáneo.

En esta lógica, la imagen sustituye a la experiencia, los edificios históricos se reducen a fondos para fotografías, escindidos de su contexto social y político originales. A su vez, el turismo reinventa a estos monumentos como mercancías. Todo lo que alguna vez fue vivido directamente se ha convertido en mera representación (Debord, 1967). El pasado se fetichiza como una nostalgia consumible a través de las imágenes, mediatizadoras también de las relaciones humanas (Debord, 1967).

1.4. Consumo visual y espectacularización patrimonial

Debido a la competencia a escala global entre ciudades para atraer inversiones y turismo, el marketing urbano destina a la arquitectura a la producción de imágenes que mediarán en las relaciones humanas en un proceso extremo de espectacularización (Debord, 1967). Así entendidos, los edificios limitan las funcionalidades y representaciones simbólicas que supieron tener para convertirse en meras publicidades estáticas de valor casi gráfico. “Arquitectos-marca y edificios-logo aseguran el encaje de lo urbano en las reglas del branding.

Arquitecturas y ciudades expuestas cual ofertas de ocasión en un gran zoco global de imágenes urbanas” (Muñoz, 2008, p. 128).

El rescate patrimonial primordialmente enfocado en la preservación del valor estético de los edificios y en la utilización de su apariencia formal (Ballart Hernández y Juan I Tresserras, 2005) necesita que sus valores sean comunicados a través de la espectacularización de su imagen. El uso de la apariencia formal de los edificios para su consumo a través de la imagen es consecuencia de una validación previa, pública y entre actores legitimados, con grado de narrativa hegemónica.

Los medios de comunicación juegan un papel fundamental en la difusión de las imágenes que a su vez componen la retórica validante hegemónica. La perpetuación de esa hegemonía discursiva, tal como lo señala Angenot, depende de cómo construyen y legitiman narrativas alineadas con los intereses hegemónicos, afectando la percepción pública y la construcción de identidades colectivas. Ello implica la repetición y difusión de relatos percibidos como "sentido común" (Angenot, 2010). La prensa, la televisión, el cine y la literatura han sido los medios predilectos para la difusión de narrativas que legitiman ciertos discursos, haciéndolos parecer naturales a los ojos de la sociedad.

El mundo virtual redefinió la consideración de los objetos y los espacios públicos que ya no dependen tanto de un uso físico concreto sino del manejo de su imagen. Este ámbito virtual propone un nuevo sentido de la experiencia que, por su relación aparentemente menos física, también prioriza los valores estéticos frente a aspectos de lo real. En este contexto, la arquitectura también se reduce a pura apariencia formal para ser comunicada y transmitida como imagen tanto por los medios como en el preeminente espacio virtual (Arranz Guilarte, 2021). El uso preferencial de la apariencia formal de los edificios se ha incrementado con la aparición y el crecimiento del espacio virtual donde adquieren mayor preponderancia los valores estéticos del patrimonio por sobre otras percepciones de lo real, toda vez que pueden ser fácilmente reproducidos como imagen (Pérez Humanes, 2001).

Así, el patrimonio arquitectónico, al convertirse en espectáculo, sustituye la apropiación efectiva de los edificios que puede realizar el público mediante el uso por el

consumo de su imagen (Pérez Humanes, 2001). Este proceso es congruente con la museificación del objeto, su aislamiento de la vida cotidiana (Huyssen, 2006). Dispuestos para el consumo visual y pasivo de sus imágenes.

El mundo virtual ha redefinido la mirada sobre los objetos y los espacios públicos que ya no dependen tanto de uso físico concreto como del manejo de su imagen. Este ámbito virtual propone un nuevo sentido de la experiencia que, por su relación aparentemente menos física, también prioriza los valores estéticos frente a otros aspectos de lo real. La utilización de la imagen parece prevalecer sobre cualquier otra característica de los edificios a la hora de su valoración. Los medios de comunicación de masas tienen la capacidad de reemplazar lo real por una sucesión de imágenes dispuestas para su consumo pasivo como espectáculo (Arranz Guilarte, 2021). La idea de ocio pasivo como epítome del ocio, y la transformación de los bienes culturales en mercancía, conduce al consumo y la utilización preeminente de las características visuales del patrimonio arquitectónico.

El uso preferencial de la apariencia formal de los edificios no es nuevo, pero se ha incrementado con la idea de turismo y consumo cultural, y creció geométricamente con la aparición del espacio virtual donde adquieren mayor preponderancia los valores estéticos del patrimonio por sobre otras percepciones de lo real, toda vez que pueden ser fácilmente reproducidos como imagen (Pérez Humanes, 2001). El proceso de reducción de la arquitectura a pura apariencia formal se explica por la necesidad de ser comunicada y transmitida como imagen tanto por los medios de comunicación como a través del omnipresente espacio virtual. Esta preeminencia de la imagen restringe el amplio concepto de patrimonio arquitectónico cuando no el de arquitectura en sí mismo (Arranz Guilarte, 2021; Pérez Humanes, 2001).

Al seleccionar y presentar ciertos relatos sobre el patrimonio, los medios de comunicación contribuyen a la creación de una narrativa hegemónica que prioriza ciertos valores y significados sobre otros (Angenot, 2012). A su vez, los medios de comunicación tienden a favorecer la espectacularización de los objetos patrimoniales toda vez que se nutren de imágenes para la comunicación. Esto se traduce en una representación visual que enfatiza

la apariencia formal del edificio, convirtiéndolo en un objeto de consumo visual más. Esta espectacularización contribuye a la idealización del objeto, lo que tiende a desdibujar su contexto original y funcional, transformando al edificio patrimonializado en un elemento dispuesto para la contemplación pasiva más que en un espacio de interacción social activo y vivo (Debord, 1967).

La manera en que los medios de comunicación enmarcan la discusión sobre el patrimonio también influye en la construcción de una memoria colectiva e impacta en la forma en que la sociedad se relaciona con su patrimonio. La repetición de estas narrativas hegemónicas puede llevar a una aceptación de la visión dominante, dificultando la posibilidad de cuestionar o reconfigurar la forma en que se valora y se interactúa con el patrimonio.

1.5. Conclusiones del Capítulo 1

En resumen, este capítulo destaca cómo la monumentalización funciona como herramienta de construcción de legitimidad estatal y de identidades nacionales y urbanas. A partir de Hobsbawm y Anderson, se muestra que la selección de qué se convierte en monumento y qué permanece invisible responde a estrategias de invención de tradiciones y de producción de comunidades imaginadas, más que a criterios neutros o universales. Este recorrido permite entender que el patrimonio arquitectónico opera como un dispositivo privilegiado para fijar relatos sobre el pasado, naturalizar jerarquías sociales y proyectar determinados modelos de ciudad, cuestiones centrales para la lectura posterior del caso de la Confitería del Molino.

En conjunto, el capítulo permite concluir que el valor patrimonial es siempre el resultado de una negociación inestable entre memorias, intereses y sensibilidades estéticas, antes que una propiedad fija de los edificios. La expansión del campo patrimonial hacia bienes populares e inmateriales no elimina las asimetrías: la monumentalización y la lógica turística tienden a reforzar formas de distanciamiento contemplativo, a la vez que convierten al patrimonio en recurso económico y herramienta de cualificación urbana. Reconocer este carácter del patrimonio resulta clave para analizar los procesos de sacralización y

museificación de casos específicos como el del Molino, así como para imaginar modos de apropiación social que no reduzcan los edificios a meras escenografías del pasado.

Capítulo 2. Retóricas de validación para el patrimonio porteño

En este capítulo se examina cómo se han construido y transformado las retóricas de validación del patrimonio arquitectónico porteño desde fines del siglo XIX hasta la actualidad. Aquí se analizan los procesos e ideologías que han permitido atribuir valor a determinados edificios y el caso singular de la Confitería del Molino. Dentro ese recorrido, se destacan las disputas por el sentido del patrimonio y el papel de los distintos actores involucrados.

El patrimonio, como se vio, puede ser usado tanto como una herramienta de apropiación identitaria como para ejercer un poder simbólico sobre colectivos sociales (Pérez Winter, 2020). En Argentina, en un principio, el concepto de patrimonio cumplió la función de materializar la idea de nación. Luego se orientó a buscar las raíces de una singularidad y autenticidad que se imaginó en el pasado colonial, y entonces tomaron importancia determinados testimonios del pasado y sus patrones artísticos y estéticos. En los últimos años se produjo una apertura del concepto patrimonial hacia expresiones más populares e inclusivas.

En este tiempo, el patrimonio arquitectónico porteño también se ha convertido en un recurso que puede satisfacer demandas de consumo cultural y turístico, lo que establece una nueva perspectiva sobre las razones para la selección y conservación de determinadas construcciones. Estos nuevos usos implican que algunos valores específicos, como el histórico o estético, se conviertan en superlativos mientras se omiten otros menos rentables (Crecente Maseda, 2011).

Una mirada sobre la retórica utilizada en los procesos de valoración en los distintos momentos de la historia de la protección y patrimonialización de edificios en Buenos Aires arroja luz sobre los intereses puestos en juego, las ideologías actantes y el papel de los actores implicados en la construcción de esos escenarios. En Buenos Aires, la arquitectura patrimonializada en cada momento también depende de la transformación que experimenta el discurso ideológico. Inicialmente centrado en consolidar una identidad nacional, hoy

responde a demandas económicas y culturales. Una vez más, se comprueba que los valores atribuidos al patrimonio son el saldo de un debate entre actores sociales e instituciones.

2.1. La fuente del valor

Desde el 1940, cuando ley 12.665 crea la categoría jurídica de Monumento Histórico Nacional en Argentina, el concepto de patrimonio estuvo relacionado con la conservación de edificios o lugares en los que se hubieran desarrollado acontecimientos históricos de la emancipación nacional o determinantes para la organización política del país. A estos elementos se le sumaron solares e inmuebles que pertenecieron a los próceres de la patria, gobernantes, políticos, militares y pensadores en menor medida.

Durante los gobiernos de la llamada República Conservadora (1880-1916), la retórica empleada para la fundación simbólica de la Argentina exaltaba el valor del patrimonio como testimonio de las bases históricas, éticas e ideológicas de la nación. Así, el patrimonio argentino nació vinculado a la conservación de obras relevantes para la validación de la élite gobernante desde la Independencia, y con mayor fuerza luego de 1880 (González Bracco, 2019). Lo que quedó claro desde un principio fue que el valor principal de los bienes patrimoniales era el simbólico, en la medida en que daban testimonio de las bases históricas de la construcción de la Nación argentina y representaban sus aptitudes fundamentales.

Sin embargo, a lo largo del tiempo, esos valores fueron cambiando en la medida que cambiaba la ideología de las clases dominantes. Distintos organismos y legislaciones se encargaron de liderar esas transformaciones y construir la retórica necesaria.

La primera declaratoria de Monumento Histórico Nacional ocurrió en 1911 con la casa natal de Domingo Faustino Sarmiento. De allí en adelante fue poca la actividad patrimonializadora. La CNMLBH, como ya se dijo, desde la década de 1940 se encarga de la protección, conservación y difusión del patrimonio cultural. Este organismo, dependiente del ex Ministerio de Cultura de la Nación, tiene entre sus funciones la de declarar como monumentos, lugares o bienes históricos objetos, edificios o prácticas sociales que merecen ser preservadas.

En la Ciudad de Buenos Aires, por su parte, existen otros organismos encargados de otorgar carácter patrimonial a los edificios con una relativa protección real. La Dirección General de Patrimonio, Museos y Casco Histórico, por caso, es una dirección dependiente del GCBA que tiene como objetivo planificar la incorporación y recuperación de piezas, obras y edificios históricos. La propia Ciudad, a partir de 1996 y a través de distintas direcciones y organismos, se dio la tarea de proteger y recuperar edificios que fueron considerados de interés histórico. También operaron en ese sentido varias legislaciones y procedimientos administrativos, como la Ley 1227 para la protección del patrimonio cultural de la ciudad, o el actual Código Urbanístico, heredero de otros anteriores que regularon la catalogación de inmuebles y establecieron polígonos llamados Áreas de Protección Histórica donde se regula la construcción y demolición de edificios, la intervención en el espacio público y la existencia o no de determinados usos. Cada uno de estos organismos y las legislaciones asociadas han tenido una agenda propia a la hora de establecer el valor y el grado de protección de los bienes a preservar. Esa historia describe un panorama cambiante en el que muchas protecciones establecidas por normas porteñas son anunciadas con bombos y platillos y levantadas subrepticamente entre gallos y medianoche.

Además, existen otras entidades no oficiales que trabajan en la protección del patrimonio arquitectónico y urbano de la Ciudad de Buenos Aires, como la Fundación Ciudad y el World Monuments Fund. También el Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS), una organización internacional no gubernamental asociada con la UNESCO que está dedicada a la promoción de la teoría, la metodología y la tecnología aplicada a la conservación, protección y puesta en valor del patrimonio cultural.

2.1.1. La capital de un imperio que nunca existió

Los procesos de construcción estatal de naciones jóvenes como los países latinoamericanos exigen la configuración de una retórica fundacional que conduzca a una identificación social y que legitime la organización estatal. Por el contrario, en los países de larga historia, el sentimiento nacional se pierde en la profundidad de los tiempos. Se trata de

la necesidad de construir un vínculo cultural que amalgame a una población, vínculo diseñado por una élite que establece una estrategia de implementación en un territorio e imaginando una comunidad. A partir de esto, la nación adquiere fronteras y miembros que serán unidos por un sentimiento de pertenencia (Pérez Winter, 2020).

Como se explicó, en Argentina, lo patrimonial fue entendido como todo aquello que diera cuenta de la gesta de la Independencia, de la organización nacional y de la vida y obra de los grandes hombres de la patria. Los escasos vestigios que testimonian estos hechos y a las personalidades implicadas en ellos pasaron a ser parte del patrimonio por su valor histórico, y por el simbólico instituido antes que por su valor artístico y estético (Conti, 2009). Los testimonios de ese pasado argentino, en su enorme mayoría, eran construcciones sencillas y poco notables.

En el caso de Buenos Aires, la construcción de un patrimonio arquitectónico se nutrió tanto de las voluntades nacionales como de las municipales. La ciudad fue ungida como capital nacional en 1880 y funcionó como un territorio federal gobernado por un intendente designado por el presidente de la Nación hasta 1996. Entonces, adquirió su autonomía y sus habitantes, la capacidad de elegir a sus propias autoridades. Esto no implicó que los actores políticos porteños no tuvieran clara desde siempre cuál era la misión simbólica que debían imponer para Buenos Aires.

La unión de la ciudad como capital permanente de la República Argentina fue un punto de inflexión en su rol dentro del proyecto nacional pero también en su conformación material (Gutman y Hardoy, 2007). El valor de permanencia determinó las intervenciones urbanas. Ya no se trataba de ser una ciudad importante, sino que se comenzaba a requerir una escenificación acorde a la nación moderna que se pretendía representar, con todo lo que eso supuso en términos de inversiones para la concentración de funciones administrativas y productivas y para la construcción simbólica.

En el comienzo de la organización estatal, la voluntad nacional y la porteña coincidieron porque, al mismo tiempo que la ciudad se convertía en capital, se construía la historiografía oficial que orientaría la selección de los monumentos adecuados para la

construcción simbólica de la nación (González Bracco, 2019). En esos años, la arquitectura pública se orientó a crear una suerte de colección de palacios para la nueva capital. La ciudad se convirtió en una representación de la dignidad del poder político y las autoridades federales (Shmidt, 2012).

La misma voluntad de enaltecer el asiento del Gobierno nacional no se privó de usar recursos simbólicos que reforzaran la idea de nación pujante, basada en la democracia republicana liberal y en un perfil cultural europeo. Para completar el relato de grandeza europea que reclamaba la élite, no existían vestigios de un pasado que colaborara.

A fines del siglo XIX, la clase social dominante vería a los restos de la herencia colonial como ejemplos de la barbarie y el atraso, ligados a un vergonzoso pasado rural (Gutiérrez et al, 1968). Entonces echaron mano de arquitecturas y planes urbanos importados. El símbolo de grandeza no estaría basado en el patrimonio histórico sino en las nuevas construcciones, arquitecturas que emulaban ejemplos y estilos europeos de siglos anteriores. El pasado pasó a convertirse en un invento, un relato construido en ladrillo y revoque símil piedra.

A partir de 1880, la ciudad fue objeto de grandes transformaciones inspiradas en las que sólo cuarenta años atrás había experimentado París, pero con sesgos distintivos. Mientras el Plan Haussmann, impulsado durante el Segundo Imperio Francés bajo Napoleón III, tuvo como objetivos principales modernizar la ciudad, mejorar las condiciones sanitarias y facilitar el control social, las transformaciones porteñas estuvieron ligadas a la consolidación simbólica del Estado nacional y a posicionar a Buenos Aires como una ciudad moderna acorde con los ideales europeos de la élite gobernante (Gutiérrez et al, 1968). Tampoco fueron menores las inversiones en infraestructura, pero su fin práctico fue muchas veces enmascarado con otro simbólico. Con estas acciones públicas, el Estado expresó sobre el espacio urbano su voluntad de modernización con un enfoque político y cultural específico (Gorelik, 1998).

Las reformas urbanas porteñas tuvieron un claro objetivo simbólico. Por mencionar un caso, la apertura de la Avenida de Mayo unió visualmente la Casa de Gobierno con el Congreso Nacional. Otro caso fue la creación de dos diagonales que llegan desde la Plaza

de Mayo, creada a partir de la demolición de la vieja recova y la unificación de las plazas De la Victoria y Del Fuerte: una corrió hasta la sede del Poder Judicial y la otra (inacabada), hasta un nuevo palacio municipal que nunca fue construido. Estos ejes monumentales reforzaron la imagen de una capital ordenada según modelos parisinos, destinada a representar la modernidad de la nación en el escenario internacional (Gorelik, 1998).

A su vez, la remodelación del centro urbano contó con la renovación arquitectónica que proveyeron los edificios públicos, como la ampliación y embellecimiento de la Casa Rosada, la construcción del Palacio del Congreso, la creación de la sede del Gobierno municipal y la monumentalización de la Catedral. En este festival de enmascaramiento, cuando no destrucción del pasado colonial (como la amputación de los dos brazos del Cabildo), lo más importante fue la invención de una herencia cultural europea inexistente. En eso colaboró la copia de estilos y edificios del pasado europeo, modelos que cumplían más de cien años en su lugar de origen en el momento de su reproducción americana. Estos “palacios sin reyes” hicieron visible el pasaje de una capital provisoria a una capital permanente, otorgando a la nueva sede del Estado una escenografía monumental acorde con sus aspiraciones de grandeza (Shmidt, 2012).

A este accionar oficial, la alta burguesía porteña (que también era la clase gobernante) sumó la construcción de sus enormes residencias particulares repitiendo estilos del pasado europeo. Décadas más tarde, se animó la burguesía inmigrante en ascenso que utilizó estilos más acordes a la época, pero también copiados del Viejo Continente.

Como se expuso, a la renovación arquitectónica se añadieron las obras de infraestructura imprescindibles para modernizar la ciudad. Con ellas no se perdió la oportunidad de colaborar en la transformación visible de la ciudad. Tal es el caso de las estaciones ferroviarias, precedidas de una suerte de palacio, o la sede del correo estatal, y hasta los tanques de provisión de agua potable urbana que fueron arropados por una envolvente de apariencia residencial.

Se diseñaron parques y plazas destinadas al encuentro social y la contemplación de la naturaleza. La grandeza y suntuosidad de los nuevos edificios públicos representaban la

alta dignidad nacional de las instituciones de la nación, conducidas por una élite gobernante que con esos valores simbólicos no sólo se legitimaba, sino que también se vinculaba a un glorioso pasado imaginario (González Bracco, 2019). En términos de Gorelik (1998), la grilla y el parque aparecen como herramientas de una voluntad estatal de ordenar la ciudad y su espacio público según un ideal civilizatorio. La calidad de los espacios urbanos y su diseño preanunciaban su uso contemplativo y recreativo por parte de una sociedad altamente civilizada. El esfuerzo fue tan eficaz y desmesurado que nada lo define mejor que la frase atribuida al francés André Malraux en una conversación privada con Victoria Ocampo en 1964: “Buenos Aires es la capital de un imperio que nunca existió”. En definitiva, la retórica validante de todo este período se centró en la creación de una identidad nacional basada en la modernidad y la europeización, utilizando las grandes construcciones y las reformas urbanas como herramientas para legitimar la ideología, el poder político y las aspiraciones culturales de la élite gobernante.

2.1.2. El cambio a un paradigma nacionalista

Para principios de la primera década del siglo XX, una pulsión nacionalista se apropió de la mirada sobre el pasado y proyectó un nuevo patrón de valor. Todo aquello que desde 1880 había constituido el relato de una nación cobraba mayor importancia, sus monumentos y testimonios auténticos eran la nueva fuente de valor. Lo que se había construido como parte de un escenario de apariencia europea, tinto de estilos foráneos, ficticio y pretendidamente culto, llegó a ser despreciado. Desde 1910, la intelectualidad se planteaba definir el perfil de una cultura nacional que veía como imprescindible para un país joven, con mayoría de inmigrantes recién llegados y sin ningún apego a lo nacional (Conti, 2009).

Este nuevo pensamiento propiciaba la necesidad de valorar lo auténticamente nacional en contraposición con lo falso, lo que había sido copiado para inventar una dignidad de cuño foráneo. Toda la herencia colonial, la arquitectura construida antes del siglo XIX, fue vista como la fuente de una nacionalidad idílicamente pura y auténtica. A su vez, toda la arquitectura del liberalismo, ese enorme esfuerzo edilicio preñado de simbolismo, gesta que

había transformado a la ciudad de Buenos Aires en la capital orgullosa de un país orgulloso, pasó a convertirse en la manifestación de la dependencia cultural, un vínculo enfermizo y decadente con una cultura ajena y artificiosa (Gorelik y Silvestri, 1988).

La nueva tendencia ideológica influyó con fuerza en las artes y las letras. Incluso empujó a que varios arquitectos, como Ángel Guido y Martín Noel, miembros de la alta burguesía porteña, se dedicaran a estudiar y difundir las virtudes de la arquitectura colonial, cuando no a alentar su reproducción, en lo que, a partir de 1920, dio inicio a un estilo llamado neocolonial.

Así, lo colonial fue identificado como una expresión de lo propio a partir de una elaboración que tuvo lugar en claustros académicos, entre actores legitimados que compusieron una retórica que validaba el estilo (Gutman, 1987). En ese contexto fue creada la CNMLBH que se encargó de seleccionar las primeras construcciones y lugares que se convirtieron en bienes patrimoniales a nivel nacional. Como ya se indicó, su tarea estuvo enfocada en la consolidar una visión del pasado que consolidaba identidades y territorialidades en sintonía con una idea nación y de “comunidad imaginada”, concepto desarrollado por Benedict Anderson (Pérez Winter, 2020).

Como fue desde un inicio, la patrimonialización de los edificios del pasado estuvo orientada a reforzar esa idea de nación, dirigida a unificar y homogeneizar la comunidad multicultural que conformaba la Argentina desde sus comienzos. Su tarea partió de la recolección de elementos materiales y simbólicos que garantizaran una identidad. Para lograr su legitimación inmediata, en este tipo de acciones, la idea de nación siempre se mostró como vernácula, validada por un mito fundacional y arraigada a un territorio ancestral, símbolo de una patria y una tierra comunes.

Por otro lado, en esos términos, como todo lo que forma parte del territorio nacional se torna sagrado, esa condición se traslada a los bienes patrimonializados, lo que, como se verá más adelante, contribuye a su museificación. Estos vínculos de pertenencia entre nación, territorio y comunidad no emergen espontáneamente, sino que son contruidos y legitimados.

El patrimonio se convierte así en la prueba palpable de lazos con un pasado asociado a los orígenes de la comunidad (Pérez Winter, 2020).

Entre 1940 y 1946, la CNMMLH consolidó la idea del patrimonio como una versión de la historia y de la identidad nacional en la que “lo propio” (la herencia colonial) se impuso sobre “lo ajeno” (lo construido a partir del siglo XIX). Esto implicaba que el país se identificara más con Latinoamérica que con Europa. Todo eso se desarrolló en un contexto muy particular, después del primer golpe de Estado que rompió por primera vez el sistema democrático argentino (1930), con la imposición de un gobierno fraudulento y el surgimiento de un nacionalismo vernáculo dispuesto a buscar testimonios de la grandeza nacional en los rincones más recónditos de su historia.

Así fue como se priorizaron los lugares y los objetos que mejor reflejaban la herencia colonial. De los casi 309 bienes reconocidos como patrimonio nacional, el 27% fueron capillas, catedrales, basílicas, templos o conventos (Pérez Winter, 2020). Además de la asociación evidente entre valores históricos y religiosos, existía un interés por conservar iglesias y conventos ubicados en Córdoba, Corrientes, Misiones y en el noroeste argentino. Condición natural dado que allí es donde sobrevivían la mayor cantidad de edificios religiosos coloniales.

Después de la dirección de Levene, durante décadas la CNMMLH siguió la misma política patrimonializadora que terminó priorizando edificios del culto católico. Entre 1950 y 1980, entre un 20% y un 30% de los lugares o edificios consagrados como patrimonio nacional fueron de ese tipo. La retórica validante de este período se basó en la reivindicación de la identidad nacional como una condición esencial para la cohesión social y la unidad del país. La patrimonialización es considerada, entonces, como una forma de preservar la memoria colectiva y, además, legitima la idea de nación a través de su conexión con un territorio ancestral, que es tenido por sagrado. A su vez, se denota la influencia cultural extranjera: todo lo importado es visto como enemigo de lo nacional. La patrimonialización se propuso destacar testimonios de una grandeza y una autenticidad perdidas, hurgando en el pasado colonial hispano y en la heredada de las grandes civilizaciones prehispánicas (Conti, 2009).

2.1.3. Conservación, democratización e inclusión

Durante su primera etapa, la CNMMLH buscó preservar edificios y lugares que promovieron la idea de nación ligada a los grandes nombres y sus glorias, paradigmas que alentaban el patriotismo y la postergación del interés individual ante lo colectivo. Sin embargo, la visión centralista de la Comisión, y hasta un sesgo europeísta, la llevó a poner el acento en los territorios conquistados más tempranamente por el europeo. Allí, destacaba lo colonial como auténtico, su conservación y restauración como patriótico y veía los edificios de la República Conservadora como decadentes y fatuos.

Los primeros síntomas de una ampliación conceptual del concepto de patrimonio datan de principios de los '70 y se hizo fuerte a partir de la década de 1990. En 1970 se declaró bien patrimonial al ingenio El Paraíso en la provincia de Tucumán, un reconocimiento que por primera vez recibía una obra no monumental en el sentido clásico. Se trataba de un bien industrial, parte importante de la memoria social. Este fue el comienzo de una ampliación de los criterios de patrimonialización que mostraron una actitud más abierta sobre el complejo tema de la historia y la identidad nacional, tópicos que orientan desde siempre la selección de los bienes a preservar (Conti, 2009).

Desde 1984, con la recuperación democrática, la CNMMLH abandonó sus criterios centralistas y comenzó a incluir patrimonios ubicados en todo el territorio argentino. La ampliación del campo patrimonial buscaba ir más allá de la construcción de una historia oficial e incluir elementos representativos de la memoria popular y su cultura (Conti, 2009).

Antes de la recuperación de la democracia argentina, en círculos académicos, la discusión sobre el patrimonio fue incorporando la preocupación por aspectos sociales y culturales. En 1984, ya en democracia, se designa como presidente de la CNMMLH a Jorge Enrique Hardoy, arquitecto, planificador e historiador urbano que impulsó una mirada latinoamericana, democrática y pluralista que incluía como novedad la consideración del patrimonio cultural y su conexión con el turismo. Desde esta óptica se valorizó la memoria popular como una nueva fuente de validación de lo patrimonial, así como el concepto de

patrimonio inmaterial. Esta apertura también estuvo alimentada por los procesos internacionales como el Coloquio de Quito a los centros históricos como asentamientos humanos vivos, condicionados por una estructura física del pasado, reconocibles como la representación de la evolución de un pueblo (UNESCO-PNUD, 1977).

La política de patrimonialización se transformó en una acción democrática e inclusiva. El discurso oficial dejó la visión unidireccional de la historia y le dio lugar a la consideración de historias alternativas que a su vez visibilizaban a comunidades marginadas (González Bracco, 2019). Toda esta dinámica provocó que se comenzaran a preservar elementos y edificios de escasa antigüedad e incluso de menor consideración académica como artesanías y expresiones populares inmateriales.

Como se verá en el Capítulo 3, en ese mismo momento nació una fuerte corriente que reivindicó la arquitectura de la alta burguesía porteña, la misma que había sido tildada de extranjerizante y decadente cuatro décadas antes durante el cambio al gran paradigma nacionalista. Los edificios elegidos para esta nueva generación patrimonial fueron las grandes residencias de la aristocracia terrateniente convertidas en museos, embajadas o edificios públicos, y la arquitectura industrial y de infraestructura del mismo período, ejemplos que repetían similares patrones estéticos. También alcanzaron en ese período el estatus patrimonial paisajes naturales, individuos singulares de algunos árboles y lugares cuyo valor estaba ligado más a su potencialidad como recurso turístico paisajístico que al hecho de que representaran cosa alguna de la epopeya nacional o la auténtica nacionalidad, condiciones *sine qua non* hasta cuatro décadas atrás.

Por otra parte, la preservación de la memoria vinculada al terrorismo de Estado fue adoptando distintas formas de materialización, desde la conservación de pequeños testimonios informales hasta la patrimonialización y museificación de edificios enteros, como la ex Escuela de Mecánica de la Armada, otros ex centros clandestinos de detención o la creación del Parque de la Memoria.

Este proceso, muy particular en Argentina, no es ajeno a la explosión de escenificaciones y museificación que recorrió el mundo en las últimas décadas. La

rememoración de eventos traumáticos que tuvo un crecimiento geométrico desde de la segunda mitad del siglo XX (Huyssen, 2003).

En este período, la retórica de valoración del patrimonio pasó por varios momentos. Al principio se enfocó en las expresiones populares, materiales e inmateriales, como emergentes culturales que forman parte de la identidad de distintos colectivos que componen la nación. La argumentación estuvo dirigida a destacar la diversidad como valor de la identidad, respaldo de una unidad basada en valores democráticos e inclusivos.

Si bien el final de la década de 1990 vio una avalancha de patrimonializaciones de bienes de interés histórico y artístico como las estaciones ferroviarias, bodegas e instalaciones industriales, el gobierno de corte neoliberal que rigió desde principios de los '90, propició un alto grado de mercantilización cultural (Wortman & Bayardo, 2012) y la preservación patrimonial se comenzó a considerar como una herramienta identitaria a escala global que permitía competir en un mundo de ciudades globales. En consonancia con eso, también se empezó a ver el patrimonio como un recurso económico ligado al turismo (González Bracco, 2019).

Con la consolidación del neoliberalismo, la retórica validante mostraba al patrimonio como un recurso para competir en el mercado global de ciudades. Objetivo para el que la arquitectura de la alta burguesía porteña resultaba perfecta. Como se dijo, durante la vigencia de la República Conservadora, la capital argentina había construido un escenario de alto valor simbólico y artístico que entonces comenzó a ser considerado y publicitado como único en el mundo e irrepetible.

Por último, debido a la fuerte presión popular y política, nació la retórica de la memoria y la justicia que se impuso como discurso del Estado a principios del siglo XXI. Se trató de un discurso de validación de lo patrimonial basado en recordar y honrar a las víctimas del terrorismo de Estado, por un lado, y por el otro buscó construir un conjunto de testimonios preventivos frente a posibles violaciones de los derechos humanos en el futuro.

2.1.4. La tendencia del siglo XXI

A partir de fines del siglo pasado, pero sobre todo en la presente centuria, el patrimonio arquitectónico porteño se vio tensionado por distintos actores. Por un lado, la continua y persistente presión inmobiliaria; por otro, la demanda ciudadana en defensa de su derecho a la ciudad y a la memoria, cuando no sobre la protección del ambiente. Estas disputas generaron nuevas agendas de preservación en las que las autoridades han tenido un papel ambivalente entre patrimonializar y despatrimonializar, o proteger y desproteger (González Bracco, 2019). Aún con sus contradicciones, el esquema vigente resulta diferente a los criterios centralizados y monumentalistas de buena parte del siglo XX (González Bracco, 2019). Como se explicó, en el siglo pasado la política patrimonial se centró en resaltar grandes hitos asociados a una idea de nación que se buscaba construir y a las élites que hegemonizaban esa idea. En ese contexto, las tramas barriales, las tipologías domésticas y los paisajes cotidianos quedaron relegados.

En el siglo XXI se dio un desplazamiento de las políticas de protección hacia una noción más amplia de patrimonio urbano, incluyendo casas chorizo, tejidos barriales, infraestructuras técnicas y arquitecturas cotidianas, articuladas con prácticas culturales locales (González Bracco, 2019). En esta nueva mirada, el valor patrimonial no sólo se define por la excepcionalidad formal del objeto, sino también por las memorias barriales, las identidades colectivas y los usos sociales (González Bracco, 2013).

Esta ampliación está vinculada a un cambio del interés académico y a la participación ciudadana que comenzaron a cuestionar la identificación de patrimonio con la alta arquitectura, en el caso porteño, con las construcciones de la República Conservadora de fines del siglo XIX y principios del XX. La preservación, entonces, encendió debates ligados a la noción de gentrificación y turistificación (González Bracco, 2019).

Paralelamente, la globalización permitió que Buenos Aires ingresara en el círculo de ciudades globales, centros urbanos que articulan la economía, política, cultura y tecnología a nivel mundial y compiten por recibir inversiones y turismo. Ya antes del año 2000, la presión del mercado inmobiliario se hizo sentir sobre el tejido construido. La modernización urbana

obró como una presión para aumentar el rendimiento del suelo, lo que se tradujo en la proliferación de torres, reciclajes selectivos y la restauración de fragmentos de ciudad histórica, operaciones que convivieron con el crecimiento de las villas miseria en lugares neurálgicos de la ciudad (Casalbordino, 2019).

En este contexto de modernización neoliberal, el patrimonio arquitectónico comienza a ser visto tanto como un obstáculo, como un recurso. Se percibe que los edificios del pasado porteño y hasta amplias zonas de la ciudad tienen la capacidad de construir una imagen diferenciada que resulta rentable en el mercado turístico-cultural, pero también constituyen un impedimento para capitalizar la valorización inmobiliaria que experimentaron algunas parcelas (González Bracco, 2019).

Esta tensión se hace visible en la gran cantidad de demoliciones de edificios antiguos que se produjo en las últimas dos décadas, especialmente en barrios donde casas bajas y esquinas históricas son reemplazadas por edificios en altura, zonas de alta rentabilidad como Palermo, Caballito o Colegiales. La persistencia de los derribos aun en áreas con inventarios patrimoniales o con activos reclamos vecinales revela la debilidad de los instrumentos de protección frente a la lógica del mercado de suelo urbano (González Bracco, 2013).

Después de un consenso técnico inicial sobre qué debía conservar y qué no, comenzó el conflicto entre desarrolladores, gobierno, especialistas y organizaciones ciudadanas. Una diferencia notable respecto del pasado es la creciente judicialización de la cuestión patrimonial y el protagonismo de organizaciones vecinales y ONG. La asociación Basta de Demoler, creada en 2007, por caso, se consolidó como actor clave en la defensa de edificios históricos y en la denuncia de demoliciones lesivas del patrimonio urbano de Buenos Aires (Basta de Demoler, 2019).

En diciembre de 2011, el fallo de la jueza Andrea Danas se constituyó en una protección preventiva a escala urbana. La magistrada ordenó que el GCBA suspendiera los permisos de demolición y obra en inmuebles anteriores a 1941 y los incluyera en el inventario de Edificios Representativos hasta su evaluación por el Consejo Asesor de Asuntos Patrimoniales (CAAP). Otras sentencias en 2023 ordenaron al GCBA completar el catálogo

definitivo de inmuebles anteriores a 1941 antes de autorizar demoliciones, reforzando la idea de un “amparo patrimonial” que obliga a revisar la situación de una franja muy amplia del parque edificado (Cámara de Apelaciones en lo Contencioso Administrativo y Tributario de la CABA, 2023). En décadas anteriores, las decisiones sobre preservación y derribo se tomaban casi exclusivamente dentro de la administración estatal, con mínima intervención judicial y participación social limitada (González Bracco, 2013).

Paralelamente a este proceso, el patrimonio de Buenos Aires se consolida como recurso identitario en el mercado global del turismo cultural. La patrimonialización del Casco Histórico y de áreas centrales se evidencia en procesos de puesta en valor que buscan incrementar el consumo turístico y construir una imagen exportable de ciudad histórica (González Bracco, 2019). La peatonalización de calles, la reposición de adoquinado, la renovación de fachadas y regulación de usos que apuntan a reforzar la atracción turística en barrios como San Telmo, Montserrat o el entorno del Casco Histórico no estuvieron exentas de conflicto con habitantes y comerciantes históricos de la zona por el aumento de alquileres, el cambio de actividades y la pérdida de funciones cotidianas (González Bracco, 2019).

2.2. La disputa por el patrimonio

La participación ciudadana es considerada como la impulsora moderna de los procesos de valoración y protección del patrimonio arquitectónico. Sin embargo, su papel no siempre resulta decisivo ni exento de tensiones. Los intereses de la comunidad encuentran resistencia entre los factores económicos que operan en la ciudad y los poderes políticos muchas veces tienen una posición ambivalente (González Bracco, 2013). En Buenos Aires, estos conflictos se hicieron más visibles con la vuelta de la democracia y en la medida que fue ganando legitimidad la opinión comunitaria.

En los ‘80, los proyectos de la dictadura para Buenos Aires generaron una gran cantidad de perjuicios en los barrios, pero no fueron tan visibles las manifestaciones en contra. Especialistas y vecinos afectados se opusieron al plan de autopistas urbanas que demolió buena parte del sur de la ciudad, así como a las consecuencias destructivas del

nuevo Código de Planeamiento Urbano (CPU). Sin embargo, dada las condiciones políticas imperantes, el estado represivo generalizado y la suspensión de los derechos constitucionales de los ciudadanos, no existieron protestas significativas, aunque entidades como la Sociedad Central de Arquitectos hicieron conocer su opinión en contrario.

Con la recuperación democrática, la sociedad fue ganando mayor protagonismo en el debate sobre el patrimonio. Desde los '90, varios procesos de transformación urbana se impusieron en Buenos Aires repitiendo el patrón económico neoliberal, cultural y de consumo que impulsó la globalización. La selectiva modernización de determinadas áreas acrecentó las desigualdades urbanas. Buenos Aires, así como otras metrópolis latinoamericanas, experimentaron un cambio en la forma de imaginar su desarrollo: la planificación se vio presionada por los intereses y la lógica de inversión de nuevos actores internacionales (González Bracco, 2019).

Esto se puede entender porque los cambios que producen la presión inmobiliaria y especulativa en la ciudad despiertan un sentimiento colectivo de nostalgia que empuja a la movilización ciudadana en defensa de su inalterabilidad (Colin, 2017). Sin embargo, las asociaciones vecinales, actores centrales en la disputa por el modelo de ciudad, rechazan esa caracterización y explican la lucha por el patrimonio como la defensa del espacio público, la precariedad de las infraestructuras urbanas, el aumento de la densidad poblacional y los perjuicios ambientales. Si bien el patrimonio se ha convertido en un tema prioritario en el debate público de la ciudad, abarca otros temas relacionados con la discusión sobre el modelo de ciudad deseado. En este debate, muchas de las conquistas de las asociaciones vecinales se lograron mediante herramientas jurídicas y mediáticas en un prolongado conflicto con las autoridades de la Ciudad.

De todos modos, los sentimientos nostálgicos son inevitables como parte del proceso de destrucción y construcción constantes al que se ve sometida la ciudad contemporánea convertida en parte del mercado de explotación capitalista (Gervais Lambony, 2012). En este proceso, el vínculo nostálgico y la identificación colectiva con edificios y lugares que

componen su vida diaria y su memoria, conducen a la valoración de las permanencias urbanas sean o no consideradas oficialmente patrimoniales.

En Buenos Aires, como se dijo, la apertura democrática permitió el empoderamiento de distintos colectivos sociales que reclamaron por la protección de lo que consideran patrimonio arquitectónico. Ya no como parte de una categoría oficial proclamada por especialistas o autoridades, sino como una categoría reclamada por la sociedad como parte de la conservación de su memoria y de su derecho a la ciudad. De esta manera, se incorporaron al debate sobre preservación los sectores medios.

Acciones colectivas como la de "Basta de Demoler" cimentaron la valoración y defensa de los edificios de la *Belle Époque* porteña. A su vez, la militancia de los movimientos de derechos humanos logró la preservación de los centros clandestinos de detención y la monumentalización rememorativa de distintos testimonios de ese luctuoso período de la historia argentina. Todas estas acciones difundieron la idea del derecho al patrimonio que también derivó en reclamos por el ordenamiento urbano y mejoramiento del medio ambiente (González Bracco, 2013).

La inclusión de la opinión pública en la toma de decisiones sobre la preservación y el uso de los edificios protegidos fomenta un mayor sentido de apropiación del patrimonio y de pertenencia a la ciudad. Esta participación no sólo legitima el proceso de patrimonialización, sino que también fortalece el vínculo emocional entre la comunidad y el bien preservado.

Si bien un informe del GCBA (2021) sobre la Confitería del Molino destaca que la participación activa de los ciudadanos resultó fundamental para su revalorización, permitiendo que la comunidad se identifique con el lugar y su historia, este reconocimiento parece ser retórico, toda vez que lo que la comunidad consigue preservar es parte de un conflicto continuo con las autoridades (González Bracco, 2013).

La retórica validante de este período nació como consecuencia de una mayor democratización de la ciudad. Fue una construcción colectiva que combinó la resistencia a los cambios urbanos que proponía el neoliberalismo, motorizando cuestiones ambientales,

pero también por un sentimiento de nostalgia ante la vieja ciudad que desaparecía y los símbolos de la memoria popular que eran destruidos.

Las críticas a la presión inmobiliaria desatada, al lucro desmedido y la laxitud de las normas urbanas, cuando no la corrupción institucionalizada que cedía ante las lógicas del mercado, promovieron una visión del patrimonio como un derecho ciudadano que trascendió el interés especulativo y las categorías oficiales. La retórica respaldó la valoración del patrimonio como resistencia a la privatización de la ciudad. Distintos colectivos encontraron su porción de memoria urbana a proteger, generando una tensión con las autoridades y los grupos económicos. Si bien el enfrentamiento a los intereses especulativos y globalizadores pareció el común denominador de una lucha en diferentes frentes, una nueva concepción del patrimonio resultó alineando los intereses del capital con las exigencias sociales.

2.2.1. Una imagen *for export*

A partir de la década 1990, integrada plenamente la Argentina a la globalización naciente después de la caída del Muro de Berlín, la ciudad de Buenos Aires se incorporó a la nueva visión urbana segregadora y elitista que, a su vez, buscaba un lugar diferencial en el mundo. A partir de 2001, se dio el escenario económico que favoreció el turismo internacional y el patrimonio porteño comenzó a ser valorado por su capacidad de competir en el mercado global gracias a sus singularidades urbanas (González Bracco, 2019). El capital arquitectónico y artístico construido durante la República Conservadora se convirtió en recurso económico gracias al turismo. A partir de la década de los 80, los planes transformación urbana partieron de la producción de una imagen distintiva de ciudad como condición fundamental (Muñoz, 2008).

Por caso, el Plan estratégico de la cultura de la Ciudad de Buenos Aires, presentado en 2001 por la Secretaría de Cultura, buscaba articular la producción cultural con procesos como el turismo, entendido como desarrollo económico, y el “comercio cultural”. El estudio destacaba la creciente tendencia global a la conservación del patrimonio tangible e intangible. Condición que se combinaba con pronósticos de un crecimiento y cambio cualitativo del

mercado turístico hacia objetivos culturales. El informe mostraba puntos fuertes en el desarrollo cultural de la ciudad y en su riqueza patrimonial, tanto tangible como intangible (GCBA, 2003).

En este contexto, la retórica de revaloración de la arquitectura de la *Belle Époque* porteña se evidencia en la presentación que realizaron en 2007 las autoridades para pedir la declaración de la ciudad como patrimonio de la humanidad por su paisaje cultural. La postulación resaltaba las expresiones urbanas y la arquitectura que la ciudad conserva desde fines del siglo XIX y principios del XX. “Tanto el carácter europeo como los paisajes de la *Belle Époque* porteña formarían parte del corazón de las imágenes y los imaginarios urbanos que intentaría (re)establecer los gobiernos PRO” (Vázquez, 2020. p. 69).

La retórica que respaldó los acontecimientos y los pensamientos descritos se basó en resaltar la necesidad urgente de transformar a Buenos Aires en una ciudad global y en un destino turístico mundial, destacando que su patrimonio arquitectónico era único e irrepetible. El discurso también se dirigió a destacar las expresiones urbanas y la arquitectura de fines del siglo XIX y principios del XX, lo que constituyó una suerte de reivindicación del perfil europeo de la ciudad y los paisajes de la *Belle Époque*, imaginario urbano y cultural pergeñado cien años antes por la República Conservadora. La transformación del patrimonio arquitectónico en capital económico a través del turismo cultural implicó la explotación comercial de las características urbanas más sobresalientes, convirtiendo el patrimonio en un recurso rentable.

En resumen, la retórica de la época se centró en la globalización, la valorización económica del patrimonio cultural y la promoción de un imaginario urbano europeizado y turístico que buscaba posicionar a Buenos Aires como un destino cultural atractivo en el escenario global.

2.3. La narrativa como validación ideológica

Como se explicó, la retórica se constituyó en una herramienta eficiente para darle legitimidad al patrimonio arquitectónico, y ha sido usada ampliamente en todo el mundo. En

Argentina, cumplió un doble propósito. Primero, con su diseño y aplicación, los actores legitimados afirmaron el valor de los edificios sujetos a preservación; segundo, esos mismos edificios se constituyeron en la retórica que sostuvo los valores pretendidos por la élite.

Como se deriva de su carácter dinámico, los objetivos de esa retórica cambiaron con el tiempo. Primero estuvo dirigida a afianzar identidad nacional, proclamar la grandeza de los próceres de la patria, consolidar el orden político de la clase dominante e imponer una ideología (González Bracco, 2019). Más tarde llegó el turno de preservar elementos que representaran valores que habían sido excluidos sistemáticamente por la visión oficial y que la sociedad democrática comenzaba a demandar, como diversas expresiones culturales no hegemónicas, testimonios históricos de los pueblos originarios, tradiciones populares y la defensa de los derechos humanos, entre otras.

Pero, la retórica de validación del patrimonio, diseñada por actores legitimados en sintonía con la ideología dominante, apenas puede confeccionar argumentos efectivos que refuercen una idea de valor, movilicen emociones o legitimen una posición (Angenot, 2012). Una vez cumplido su objetivo, la retórica da paso a la narrativa que pueden construir los edificios dentro de un ordenamiento urbano con su capacidad de organizar simbólicamente ideas y valores en un relato coherente. En manos de la arquitectura y, como se verá, en manos del diseño urbano, está la capacidad de contar una versión de la historia, transmitir un tipo de experiencia o sensación y construir el marco interpretativo que permita comprender una realidad específica de una manera determinada.

Un ejemplo clásico de la construcción de una narrativa mediante el empleo de la arquitectura y el diseño urbano es el de la Avenida de Mayo y las diagonales Norte y Sur (1907) en Buenos Aires. Durante el período de la República Conservadora, las intervenciones urbanas en Buenos Aires construyeron un proyecto simbólico que legitimaba el poder político y reforzaba una identidad basada en valores europeos (González Bracco, 2019).

El proyecto de la Avenida se inauguró en 1894 como un boulevard que se abría paso por el medio de las manzanas que mediaban entre la Plaza de Mayo, histórico lugar de la segunda fundación de Buenos Aires y asiento de la Casa Rosada, sede del Poder Ejecutivo,

y la nueva Plaza del Congreso, espacio público que antecede al Palacio del Congreso, asiento del Poder Legislativo, a punto de empezar a ser construido en ese entonces. La narrativa evidente de este proyecto urbano era la de crear un eje simbólico que uniera dos de los poderes republicanos. Esto consolidaba monumentalmente el sistema de gobierno adoptado por el Estado argentino y agregaba un mensaje de modernización al adoptar la estética europea de la solución de grandes bulevares que había adoptado París sólo cuarenta años antes. Este nuevo corredor procesional, la primera avenida sudamericana, no fue desaprovechado como escenario de los ritos fundantes de la República como la procesión de cada presidente electo, o como cuenca de las manifestaciones cívicas porteñas.

Por otro lado, la apertura de la Avenida de Mayo implicó la demolición de una parte del ala norte del Cabildo, vestigio histórico de un pasado que en ese momento se prefería olvidar. La retórica de la modernización europeizante y de la renovación cultural justificaban esa y cualquier otra pérdida.

La apertura de las diagonales Norte y Sur, concebidas en 1907 por Joseph Bouvard, no implicaron menos sacrificios materiales, pero aportaron ingentes ventajas simbólicas. El arquitecto francés estudió varios proyectos urbanos anteriores que proponían gran cantidad de diagonales y se inclinó por proyectar cuatro que partían desde el Palacio del Congreso hacia Retiro, Parque Lezama y el oeste de la ciudad. La selección de sus diseños y la aceptación de su valor simbólico estuvieron influenciadas por los debates locales que lo precedieron, muchos de los cuales surgieron de concursos públicos de anteproyectos de la época en una tensa confrontación entre la modernización europeizante y las visiones locales sobre el futuro de la ciudad (Gorelik, Silvestri y Bertuzzi, 1994).

La iniciativa de Bouvard nunca se concretó tal y como la había previsto el francés. El proyecto se resumió en dos avenidas diagonales que partían de la arista de Plaza de Mayo. Una, la avenida Presidente Roque Sáenz Peña, corría hacia el norte desde la Plaza de Mayo y terminaba en una plaza frente al Palacio de Justicia, sede del Poder Judicial. Este edificio, construido entre 1905 y 1942, alberga a la tercera pata del sistema republicano de gobierno y completa el orden simbólico del conjunto urbano. La otra avenida diagonal, orientada al Sur,

la Presidente Julio Argentino Roca, se proyectó arrancando de Plaza de Mayo y terminando en un futuro palacio del gobierno municipal que nunca se construyó (Silvestri, 2001). Esta segunda arteria dio cuenta de buena parte del ala sur del olvidado Cabildo. Su incompletud podría ser explicada por la falta de interés simbólico y representativo que realmente tenía este eje cívico en particular y la débil función institucional que podría desempeñar el edificio imaginado para ese remate urbano.

El proyecto de apertura de la Avenida de Mayo, un ancho boulevard abriéndose paso por el medio de las manzanas, más el sistema de dos arterias diagonales atravesando las construcciones existentes, no sólo aseguraban una conexión simbólica entre los poderes del Estado, sino que también constituían un símbolo de la imposición de una nueva trama modernizadora sobre la retícula cartesiana que había dejado la colonización española. Las anchas avenidas que se abrieron paso a pico y pala sobre la cuadrícula eran la representación física de un nuevo orden cultural que se superponía al viejo (Gorelik, 1998). La idea de cambiar el espacio urbano a pura demolición también era la idea de violentar la tradición representada por las manzanas porteñas, mostrando la irrupción de una visión urbana y cultural totalmente nuevas.

La idea de *genius loci* que desarrolla el arquitecto Christian Norberg-Schulz, ayuda a entender la manera en que las singularidades de un lugar construyen una narrativa. Según esta perspectiva fenomenológica, la esencia de un lugar se manifiesta en sus características físicas, históricas y culturales. La arquitectura, al ser la concreción tangible de esas características, se convierte en un medio para expresar y comunicar la historia y la identidad de ese lugar (Norberg-Schulz, 1980). Así, una narrativa urbana no sólo puede ser entendida como una herramienta para modelar un discurso simbólico que se busca imponer, sino que se convierte también en una forma que las sociedades adoptan para relacionarse con su entorno y darle sentido a su existencia (Norberg-Schulz, 1971).

Como se vio en el caso de Avenida de Mayo, la disposición de los edificios, las calles y los espacios públicos crean patrones que comunican un sentido de orden y jerarquía. Pero también los materiales de construcción evocan diferentes sensaciones e interpretaciones

culturales. Por último, los monumentos conmemorativos y la arquitectura monumentalizada actúan como hitos que se destacan no sólo gracias a su importancia simbólica, sino también por las actividades que los ocupan o las que se programan para aprovechar el carácter escenográfico y simbólico de ese espacio urbano. Tal es el caso de los desfiles, manifestaciones, marchas y festejos populares.

2.3.1. Un símbolo que se transforma

Como se expuso anteriormente, además de cumplir una función práctica, los edificios son portadores de valores, ideologías y concepciones del mundo (Norberg-Schulz, 1980). La arquitectura es un sistema de signos que produce y transmite mensajes, condiciones por las cuales se puede analizar como un discurso ya que estos no se limitan al lenguaje verbal (Verón, 1993). Desde esta visión, el caso de la Confitería del Molino de Buenos Aires, Argentina, resulta esclarecedor en cuanto a las transformaciones simbólicas que experimentó desde su inauguración a principios del siglo XX y su patrimonialización, rescate, puesta en valor y restauración posteriores, situaciones que sucedieron entre 2014 y 2023.

Según la óptica semiológica, el análisis del edificio de la Confitería del Molino requeriría considerar la manera en que su diseño produce y es consecuencia de un discurso desarrollado dentro del contexto social y cultural específicos de su creación, pero que cambia con el transcurso del tiempo. Lo que en el pensamiento de Verón (1993) podría entenderse como una transformación de las condiciones de producción de significado en la medida en que el contexto social resulta distinto hoy que en el momento de la creación del edificio. Debido a que el autor afirma que toda producción de significado es social, ésta no puede entenderse sin considerar los cambios del contexto social en el que se produce.

Las necesidades simbólicas identitarias y de consumo contemporáneo han influenciado en la puesta en valor de la Confitería del Molino. Para ofrecer una imagen impoluta y atemporal del edificio, tal y cómo la ciudad lo vio nacer, la restauración puede haber borrado deliberadamente las huellas del tiempo, destruyendo ese palimpsesto arquitectónico que constituía y atesoraba el objeto.

Inaugurada en 1916, la Confitería del Molino, un edificio singular por su arquitectura y localización urbana, se convirtió en testigo y protagonista de la transformación de la ciudad. Fue escenario de múltiples eventos históricos y acumuló varios significados a lo largo del tiempo, como se explicó. Su pasado la convirtió en un depósito real de huellas históricas, un palimpsesto arquitectónico.

La visión de Eisenman aplicada a la lectura del patrimonio arquitectónico lleva a entender que un edificio no sólo expresa al tiempo que lo vio nacer, sino que también el período de tiempo que protagonizó o en el que sirvió de escenario urbano. Además, la lectura de su arquitectura informa sobre cómo adquiere distintos significados a través de su vida. El mismo caso de la Confitería del Molino se erige en un ejemplo. Se trata de un edificio construido por comerciantes inmigrantes a principios del siglo XX en una esquina singular de Buenos Aires (Argentina), frente al Palacio del Congreso que estaba en plena construcción. Su diseño adopta una mezcla de estilos modernistas, *Art Nouveau* y *Liberty* italiano, se encuentra dentro de una estrategia de diferenciación de la naciente burguesía de inmigrantes frente a los patrones estéticos de la alta burguesía terrateniente. En pocas décadas, la construcción cae en el abandono y simboliza la decadencia del modelo de prestigio y consumo que había inaugurado la *Belle Époque*. A principios del siglo XXI, el edificio es rescatado y restaurado para convertirlo en un emblema del pasado porteño de opulencia y lujo (Jurado, 2022).

Por otro lado, entre las tantas formas de considerar a la arquitectura se encuentra la de entenderla como un discurso que produce significados y transmite mensajes a través de su diseño, estilo y construcción. Eliseo Verón plantea que los discursos no se limitan al lenguaje verbal, sino que se extienden a otras formas de comunicación que utilizan sistemas de signos (Verón, 1993). Por otro lado, en el ámbito de la teoría de la arquitectura se considera que los edificios no sólo cumplen una función práctica de proporcionar un ámbito habitable, sino que también son portadores de valores, ideologías y concepciones del mundo (Norberg-Schulz, 1980). Siguiendo este razonamiento se puede ver a la arquitectura de un edificio como un lenguaje visual y espacial que comunica y representa determinados significados.

Los edificios, calles, plazas y otros elementos urbanos actúan como símbolos que cuentan una historia sobre el lugar, su gente y su cultura (Norberg-Schulz, 1965).

Desde la óptica de Eliseo Verón, un edificio patrimonial podría más que un objeto, podría ser entendido como un dispositivo de producción de sentido. El mismo proceso de patrimonialización puede verse como un instrumento que reconduce el sentido que pudo haber tenido un edificio en sus orígenes al que le es asignado al ser declarado pasible de ser conservado. El enfoque de Verón permite leer al edificio como un texto que exhibe distintos significados de acuerdo con la producción de sentido de cada momento. Por caso, podría estar mostrando un conflicto interpretativo entre los discursos hegemónicos y contrahegemónicos de cada época. Inclusive al coincidir en la valoración y pertinencia de una preservación, los relatos oficiales podrían inscribir a su rescate dentro de una narrativa de urgencia y heroísmo fundada en evitar la pérdida definitiva de un baluarte de la identidad o de un testimonio inalienable del pasado. Sin embargo, para las organizaciones vecinales y los colectivos profesionales, la preservación del bien podría ser entendido como parte del derecho a la ciudad, la defensa de aspectos ambientales o como un escalón en el enfrentamiento con la especulación inmobiliaria.

Como se verá más adelante, en el ámbito oficial la misma restauración del edificio se exhibe como una gesta épica contra el paso del tiempo frente la desidia de otras épocas. Sin embargo, podría ser interpretada como un síntoma más de la mercantilización del patrimonio y de la exclusión de usos significativos en el camino de entronizar a la apariencia como su máxima virtud.

2.4. Conclusiones del Capítulo 2

Como se dijo, los edificios participan en la construcción de la identidad urbana organizando narrativas sobre el lugar (Norberg-Schulz, 1980). Pero, la arquitectura no sólo crea imaginarios urbanos, también produce espacios cuya interpretación permite formas de apropiación y prácticas sociales. En una restauración integral que busca borrar las huellas del paso del tiempo, la restitución de ornamentos y superficies pueden transformar al edificio

en un escenario artificial para el consumo visual, orientado las experiencias a comportamientos pasivos. Si lo que ayer era auténtico, hoy se recibe como un simulacro de altísimo valor y dificultad, la lectura del edificio establece comportamientos restrictivos y limita el acceso a experiencias significativas. Lo que es interpretado como cotidiano, se vive con soltura, lo que es leído como frágil, extremadamente valioso y su recuperación como el fruto de un esfuerzo, se vuelve intocable y venerable.

La restauración puede convertirse en un proceso de invisibilización de huellas del paso del tiempo con el objetivo de crear una imagen impoluta, apta para el consumo turístico y para elevar a patrimonio a la una condición de intangibilidad. Ocultar el deterioro sufrido por un bien puede interpretarse como la escenificación de esa autenticidad. Si se considera que los edificios del pasado funcionan como condensadores de tiempo y afectos urbanos a través de su forma y materialidad, convirtiéndose en fuentes de identidad, puede entenderse que esa potencia afectiva es pasible de ser reorientada en función de intereses específicos, como el marketing urbano, el turismo o para fortalecer la competencia global de ciudades.

A lo largo de este capítulo se muestra que el patrimonio no surge de una esencia inmutable de los edificios, sino de una serie de operaciones históricas donde distintos actores establecen qué se considera valioso y para qué. El valor no reside en los edificios, sino en los significados que se les atribuyen. Los objetos patrimoniales condensan valor conmemorativo porque sustituyen aquello del pasado que ya no existe, actuando como signos que remiten a personas, hechos o ideas ausentes (Ballart, Fullola y Petit, 1996).

Las sucesivas etapas en la historia de las patrimonializaciones revelan cómo la valoración de los edificios del pasado se reconfigura de acuerdo con los cambios político-ideológicos, proponiendo distintos modelos de sociedades, de culturas y de ciudades que son influenciados también por las lógicas del mercado. Al mismo tiempo, las narrativas urbanas y de los dispositivos físicos concretos (como ejes monumentales, diagonales, plazas y edificios icónicos) muestran jerarquías urbanas que pueden ser leídas como se lee un texto. Ejercicios espaciales que remiten a imaginarios culturales y hasta relatos oficiales del pasado. Estas

retóricas de validación permiten entender que la patrimonialización no es un proceso neutral, sino un campo de disputa de intereses de todo tipo.

Capítulo 3. Patrimonialización y restauración de la Confitería del Molino

La presente investigación abarca el proceso de patrimonialización y restauración de la Confitería del Molino como fenómeno cultural. A partir del caso de estudio se abordan los efectos museificantes sobre el patrimonio arquitectónico que surgen, como se verá, de una sobreestimación de los valores visuales del edificio. Así, la experiencia analizada se puede entender como una manifestación singular de un problema más general.

Como se mencionó en la introducción, esta tesis adoptó un enfoque cualitativo para comprender las dinámicas sociales, culturales y simbólicas que rodean la valoración y museificación de la Confitería del Molino. Este enfoque permitió explorar en profundidad las percepciones, emociones y significados asociados con el edificio en el contexto de la ciudad de Buenos Aires.

Después de haber establecido los marcos teóricos sobre nostalgia, identidad, construcción social del valor patrimonial, consumo visual y museificación, en este capítulo se procede al análisis del caso de estudio. Aquí se muestra cómo las lógicas vistas en capítulos anteriores inciden en la preservación y puesta en valor de la Confitería. Se muestra a la variable de la patrimonialización como un proceso que se desarrolla desde el olvido que conduce al deterioro del edificio hasta su declaración como Monumento Histórico Nacional, su expropiación y restauración.

Esta sucesión de hechos se entiende desde un análisis semiótico que explica la forma en que distintos actores produjeron sentido sobre la Confitería y su valor en la memoria urbana. El valor simbólico e identitario construyen al edificio como emblema de una época dorada de Buenos Aires y como signo condensador de su imagen. Aquí también se aborda la manera en que la preservación y restauración del bien hacen de la apariencia y de la imagen del edificio la parte central del proceso de valoración, lo que lo convierte en un recurso del turismo y del marketing urbano. Todas estas condiciones, así como el consumo prioritariamente visual y la espectacularización del Molino conducen a su museificación.

Este capítulo muestra cómo todas las variables se entrelazan para convertir a la Confitería en un caso singular dentro del patrimonio porteño, pero, sin embargo, caso testigo que permite contrastar los vínculos entre nostalgia, identidad urbana y políticas de preservación.

3.1. Radiografía de un caso singular

En este apartado se especifica el enfoque metodológico adoptado para el análisis de la Confitería del Molino como caso de estudio. Se detallan las herramientas, fuentes y técnicas empleadas, así como los criterios de selección de actores y documentos. El objetivo es fundamentar la validez del abordaje empírico y mostrar cómo el caso se articula con las preguntas centrales de la tesis sobre la construcción social y simbólica del valor patrimonial.

A los fines de analizar las variables propuestas, los recursos retóricos de validación, el componente nostálgico y el componente identitario implicados en la patrimonialización y posible museificación de la Confitería del Molino, se utilizaron tres técnicas de recolección de datos: entrevistas no estructuradas, observación y análisis documental de material escrito y visual/auditivo.

Para la selección de los entrevistados se realizó un muestreo intencional, eligiendo a aquellos que tienen un conocimiento significativo sobre el tema. Se buscó diversidad en las perspectivas, incluyendo diferentes experiencias. Para abordar los datos recolectados a través de las entrevistas y la observación se utilizó un enfoque temático, identificando patrones relacionados con la nostalgia social, la búsqueda identitaria, la espectacularización de la imagen y la museificación del bien patrimonial. También se desarrolló un análisis retórico de las entrevistas que permitió aislar la construcción de narrativas validantes de distinto tipo. Las entrevistas semiestructuradas se realizaron con actores legitimados en pos de su experticia y conocimiento, como arquitectos, historiadores y especialistas involucrados en la patrimonialización y restauración del edificio.

La observación estuvo dirigida a conocer el objeto patrimonializado, las condiciones de su restauración, así como vivenciar el proceso de exhibición guiada diseñado para

contingentes de público interesado por la Comisión de Administradora del Edificio del Molino (CAEM), entidad que está a cargo de la restauración y administración de la Confitería del Molino durante el proceso de puesta en valor y de funcionamiento que también coordina las campañas de difusión del edificio y las tareas relacionadas con su recuperación.

El análisis documental se realizó en base a las leyes y antecedentes de patrimonialización y expropiación, las descripciones oficiales del edificio y del plan de obras. También se analizaron documentos relevantes como decretos de patrimonialización, informes de restauración, artículos de prensa y publicaciones que abordan el proceso de monumentalización de Molino y su contexto histórico. Se abordaron documentos, recomendaciones y fundamentos para la patrimonialización de edificios emitidos por instituciones como ICOMOS, CICO, UNESCO y la CNMLBH.

Se trabajó especialmente sobre el contenido periodístico que acompañó todo el período de valoración y rescate del Molino, las campañas de comunicación en los medios, las expresiones culturales orientadas a la temática específica de la historia del Molino y los contenidos de las redes sociales emitidos por la propia CAEM. De la misma manera en que se analizaron los textos periodísticos y culturales, se abordaron las piezas audiovisuales de comunicación volcadas en las redes del Molino que administra la CAEM. Estos documentos fueron analizados con el fin de extraer información sobre los discursos de validación de la Confitería del Molino como monumento y las narrativas construidas en torno a su valor simbólico.

Como se dijo, la primera variable de análisis, los recursos retóricos utilizados para la construcción del valor de Molino, cimienta la necesidad de su patrimonialización y también fundamenta la pertinencia de su restauración. La estrategia retórica de estos recursos se detecta mediante el análisis documental de resoluciones de la CAEM y los argumentos técnicos, políticos y simbólicos usados en la patrimonialización del edificio. Con el mismo propósito también se realizó un análisis semiótico de las campañas de difusión detectando la comparación de imágenes de antes y de después de la restauración. En general la búsqueda fue guiada por identificar retóricas que apelen a construir o reforzar la idea de que el edificio

es parte de un legado ancestral, que destaquen los valores artísticos e histórico de la construcción como únicos, que alerten sobre el riesgo de desaparición definitiva del objeto y que destaque su importancia como consecuencia de una participación comunitaria decisiva para su recuperación.

El análisis documental y las entrevistas también ayudaron a visibilizar los discursos que justifican la restauración como un acto heroico e imprescindible, el interés ciudadano como argumento inicial de validación y el diseño de la participación popular como confirmación de las decisiones políticas y técnicas.

Para analizar el componente nostálgico e identitario que componen la segunda y tercera variable de análisis, condiciones que conducen a la patrimonialización de la Confitería del Molino primero, y a su museificación después, se utilizaron las entrevistas semiestructuradas con actores legitimados como historiadores, especialistas en restauración y en patrimonio. Aquí se detectaron narrativas emocionales vinculadas a apelaciones a la identidad nacional o comunitaria, al pasado glorioso y a la intención de capturar un tiempo perdido. Las entrevistas también permitieron detectar la incidencia y la necesidad de erigir al patrimonio arquitectónico en instrumento de una identidad urbana a escala global para Buenos Aires.

Con la misma intención, la voz de los ex empleados, vecinos y usuarios del Molino en sus momentos de esplendor se recogieron a través de los medios audiovisuales publicados en las redes de la propia Confitería. Allí, además de la retórica nostálgica y la búsqueda identitarias se detectaron las condiciones de valor que el público le otorga a la restauración y cómo se construye su épica. El estudio de estas piezas abona la investigación sobre la retórica de validación explicada en la primera variable.

En el análisis de documentos legales, expresiones literarias ligadas a la recuperación del Molino, redes sociales y notas periodísticas se detectaron referencias a valores como esplendor, pasado glorioso e identidad colectiva. Con herramientas del análisis del discurso también se detectó cómo los procesos de recuperación patrimonial logran institucionalizar la nostalgia, por caso, la estrategia de preservación y posible producción de recetas históricas

del Molino consideradas hoy parte del patrimonio intangible asociado con el edificio y su historia.

El análisis de las campañas comunicacionales, sus estrategias visuales y escritas, posibilitaron individualizar las apelaciones que movilizan el apoyo social, como la presentación de la preservación patrimonial como una acción de rescate de un pasado o de una identidad perdidas. O el señalamiento de los trabajos de restauración como una acción urgente para evitar la pérdida definitiva del bien.

De las entrevistas y del análisis documental surgieron los indicios de una búsqueda identitaria que corrobora en la construcción simbólica del edificio como parte de una narrativa urbana que busca características propias y distintivas mirando cómo instalarse en el mercado global de ciudades. En estos indicadores se presenta la idea de que el edificio funciona como símbolo de una Buenos Aires europea. Por su parte, el análisis documental, las entrevistas y la observación de campo sirvieron para detectar las maniobras de ocultamiento del significado original del edificio como manifiesto cultural diferenciador de la burguesía inmigrante ascendente y licuar del valor simbólico original del Molino dentro de un relato aristocrático global que presenta al patrimonio porteño como un todo homogéneo.

Del análisis de medios escritos, redes sociales y campañas visuales se rescató la importancia que los trabajos de preservación y restauración le dan a la apariencia del edificio, condición que conduce a la espectacularización de su imagen. Esa misma pesquisa, investigando y analizando imágenes utilizadas en publicidades, promociones y eventos, así como logotipos, isotipos, símbolos, emblemas y distintivos oficiales que apelan al edificio, permitió detectar cómo la apariencia de la Confitería del Molino construye la imagen de un Buenos Aires *Belle Époque* con vistas a su promoción en el plano internacional. La sobrevaloración de la apariencia del edificio convierte al objeto patrimonial en sujeto de puro consumo visual.

3.1.1. ADN de un hito urbano

El edificio de la Confitería se encuentra en la esquina de las avenidas Rivadavia y Callao, en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina. Ubicado en diagonal a la Plaza del Congreso y frente al edificio del Congreso Nacional, fue inaugurado en 1917 por Constantino Rossi y Cayetano Brenna, reposteros italianos que adoptaron ese nombre que caracterizó a la empresa porque a pocas cuadras funcionaba el primer molino harinero de la ciudad (Anexo Cuerpo C, Figura 6 y 7).

La construcción le fue encargada al arquitecto italiano Francesco Gianotti (1881-1967) que adoptó un estilo modernista, marcadamente *Liberty*, exponente italiano del *Art Nouveau* de origen belga. Para lograr una cierta unidad de concepto, los detalles ornamentales como trabajos de herrería, molduras y cornisas adoptaron el estilo belga mientras que la organización funcional interna y cierta composición general siguieron patrones clásicos (Caride Bartrons, 2021).

En realidad, el Molino resultó de la unión de tres edificios existentes a los que se le agregó una significativa cantidad de metros cuadrados. La obra amalgama el edificio original de 1904, de dos pisos; una casa de renta sobre avenida Callao 32 de planta baja y cinco pisos que determinaron la altura del conjunto; y un terreno longitudinal que sirvió para la ampliación, del otro lado de la esquina, en Avenida Rivadavia 1815. La reforma de Gianotti unificó los tres edificios, a los que les sumó cinco pisos más y les agregó una singular torre de 75 metros de altura (Caride Bartrons, 2021) (Anexo Cuerpo C, Figura 8 y 9).

Como señala el arquitecto Guillermo García, a cargo de la restauración, el primer edificio fue construido en la última década del siglo XIX sobre la avenida Callao, con una estructura metálica hasta el quinto piso, en 1903 se construyó el edificio de la esquina también con una estructura metálica, pero con perfiles de otro tipo. Cuando Gianotti asume la obra, construye la torre en la ochava, un edificio sobre la avenida Rivadavia y unificas todos los frentes con un mismo lenguaje. En la esquina, el arquitecto realiza el ensayo constructivo más novedoso del edificio y, tal vez, de su época: contraviniendo toda lógica, la torre se

sostiene con una estructura de hormigón apoyada en la metálica existente (Guillermo García, entrevista, 12 de mayo de 2023).

El Molino constaba de un gran salón en planta baja. En el primer piso, otro salón para recepciones de forma oval, con el eje mayor perpendicular a la ochava de la esquina. En el primer subsuelo se ubicó la cocina, mientras que la sala de máquinas, en el segundo. Los cinco pisos de la casa de renta tienen dos departamentos de gran tamaño cada uno. En la ochava del quinto nivel ubicó algunos locales para la administración de la confitería y un departamento más pequeño en la base de la cúpula (Caride Bartrons, 2021).

La singular arquitectura del Molino, así como la calidad de los servicios que ofrecía, convirtieron al establecimiento en un emblema de la *Belle Époque*. Aún después de 1930, su fama se mantuvo intacta. Pero, con la desaparición de sus dueños originales, y también por un cambio en los hábitos de consumo de la sociedad, tanto simbólicos como gastronómicos, la firma experimentó una lenta decadencia comercial y pasó por distintas manos hasta su quiebra en 1978. Entonces, el fondo de comercio y la marca cambiaron de dueño, pero, para 1982, los nietos de Cayetano Brenna recompraron la propiedad y abrieron la Confitería con mejoras que no alcanzaron para evitar el cierre final de la empresa en 1997.

El trabajo de Margarita Rotman (2016) muestra el derrotero de la Confitería desde el cierre comercial hasta la expropiación y la posterior disputa por su destino. Este proceso se constituye en un ejemplo de las tensiones que puede generar el patrimonio entre autoridades estatales de distintos signos e incumbencias, intereses privados y necesidades comunitarias.

En este punto es interesante analizar cómo el Molino se convierte en un hito urbano. Se puede decir que fue gracias a lo peculiar de su arquitectura modernista, una novedad en el panorama porteño (Caride Bartrons, 2021), a su ubicación singular frente al Palacio del Congreso, y a la llamativa, desafiante y vanguardista torre-cúpula que se ofrecía como un faro urbano (Guillermo García, entrevista, 12 de mayo de 2023). Como se mencionó anteriormente, los edificios singulares se convierten en hitos por sus características sobresalientes en el tejido urbano, pero la arquitectura también tiene la posibilidad de vincularse a mitos de la ciudad conteniendo ritos sociales que los construyen (Rossi, 1982).

La Confitería reforzó su condición de hito, consecuencia de su visible singularidad, con los ritos de consumo social que encontraron en su espacio un lugar de expresión. También los ejemplos literarios muestran hasta qué punto el Molino es reconocido como un elemento importante de la ciudad y su cultura (Thissen, 2011). El hito se constituye en tal por sus características sobresalientes, mientras que los ritos de consumo se fueron instalando como respuesta a las necesidades de una nueva burguesía naciente, la clase media. Como lo afirma Aldo Rossi (1982), el hito es la materialización de mito, pero los ritos también construyen simbólicamente al mito y al hito, y lo sostienen en el tiempo.

Esos tres componentes configuran la estructura invisible que gobierna los hechos urbanos y la conecta con la memoria colectiva. En un juego de espejos, el mito urbano está ligado a la memoria y al lugar específico en el que el monumento tiene sentido. La Confitería del Molino como hito es inseparable de la esquina que ocupa y del espíritu institucional que le otorga el monumental Palacio del Congreso, ubicado avenida de por medio, y la Plaza del Congreso que tiene en diagonal, remate triunfal de la Avenida de Mayo que la conecta visual y simbólicamente con la Plaza de Mayo. Intervención urbana, por otro lado, que legitima el orden político republicano y su identidad europea (González Bracco, 2019).

En 1992, el Molino pasó a integrar el Catálogo de Edificios de Valor Patrimonial de la Ciudad de Buenos Aires, en el Área de Protección Histórica (Ordenanza 45.517/92, Ley N°449), con grado de Protección Estructural. El 24 de octubre de 1997, cuando la Confitería dejó de brindar sus servicios, el Decreto N°1110/1997 declaró al edificio como Monumento Histórico Nacional (Argentina, 1997). Ese mismo año, toda el área de la Plaza del Congreso fue declarada Lugar Histórico Nacional. A estas protecciones se suma la que le brinda el Área de Protección Histórica (APH) 50 de la Ciudad de Buenos Aires desde septiembre de 2009 que comprende la Avenida Callao desde Avenida Rivadavia hasta Avenida del Libertador. Aunque el edificio también estaría protegido por la APH 1, que incluye a la Plaza del Congreso propiamente dicha, la Plaza Lorea y la Plaza Mariano Moreno, considerando esa sucesión de espacios públicos como un conjunto urbanístico.

El 12 de noviembre de 2014, la Ley 27.009 declara a la Confitería del Molino de utilidad pública y sujeta a expropiación, autorizando al Poder Ejecutivo Nacional a comprarlo de acuerdo a la tasación oficial (Ley 27.009, 2014). El 24 de septiembre de año siguiente se sanciona el Decreto 2026/2015 que designa al Ministerio de Planificación Federal, Inversión Pública y Servicios como sujeto expropiante y establece la expropiación del inmueble por su valor histórico y cultural (Argentina, 2015).

Entre la expropiación del edificio y el inicio efectivo de las obras pasaron cuatro años que se explican por una combinación de demoras administrativas, cambios institucionales y disputas políticas. La norma que declaró el inmueble de utilidad pública designó como sujeto expropiante al ministerio de Planificación Federal que fue disuelto al año siguiente debido al cambio de Gobierno. Así el trámite expropiatorio pasó a manos de una nueva estructura formada por el Ministerio del Interior, Obras Públicas y Vivienda. El Congreso Nacional asumió como titular del inmueble, como establecía la Ley, recién en 2017.

Además de la cuestión presupuestaria que supuso la expropiación, existieron controversias sobre cómo hacer frente a la restauración del edificio. El Estado nacional había desembolsado más de 180 millones de pesos para adquirir el edificio, mientras que, para 2017, el Congreso aún no contaba con los fondos para encarar la puesta en valor.

Por otro lado, el carácter de la restauración se convirtió en un campo de disputa de simbólica: mientras diputados y senadores impulsaban la idea de que el Molino sea un anexo cultural del Congreso, sectores del Ejecutivo no querían que el Legislativo capitalizara todo el crédito político de una obra que tendría alta visibilidad.

En simultáneo, surgió un conflicto entre Nación y Ciudad por la definición de quién hacía qué, con qué dinero y bajo qué relato. Durante varios años, el Gobierno de la Ciudad se había limitado a colocar protección de las veredas para evitar accidentes por el deterioro de ornamentaciones y revoques. Recién en 2018, firmó un convenio tripartito: la Nación se haría cargo de la inversión principal y del andamiaje de obra pública, el Congreso asumiría el diseño del plan rector y el destino futuro del edificio, y el Gobierno porteño tomaría a su cargo

la restauración de la cúpula, las cubiertas, las fachadas y el entorno inmediato, tareas que luego presentó como parte de su propia política de valorización patrimonial.

Este reparto consumió años negociación que muestra cómo el Molino pasó de ser una estructura olvidada por las autoridades a convertirse en un recurso de legitimación apreciado por varias jurisdicciones (Rotman, 2016).

En 2018, la Comisión Administradora recibe el edificio y comienza su recuperación. A partir del plan rector elaborado oportunamente por el Congreso (PRIE) se desarrolla el Plan rector de restauración integral para el Edificio el Molino (RIEM) con un equipo de especialistas de distintas disciplinas, convenio con instituciones y organismos estatales. El Congreso planteó un plan de restauración que llevan a cabo el Poder Legislativo, el Gobierno nacional y la Ciudad de Buenos Aires en forma tripartita. El RIEM se propuso “aplicar rigurosamente las técnicas de restauro, de gestión y de actualización tecnológica que permitan un nuevo ciclo de vida al edificio en sus componentes patrimoniales (material e inmaterial)” (GCBA, 2021, p.2).

La Ley 27.009, sancionada el 12 de noviembre de 2014, que declaró al Molino de utilidad pública y sujeto a expropiación, también estableció las actividades a las que sería destinado el edificio: el subsuelo y la planta baja estarían destinados a funcionar como confitería, restaurante, local de elaboración de productos de panadería, pastelería o usos afines; y el resto alojaría un museo dedicado a la historia de la Confitería del Molino y un centro cultural (Ley 27.009, 2014).

3.1.2. Pretensiones de hito urbano

En la arquitectura de la Confitería las necesidades de comunicar lujo y sofisticación quedaron en manos de la calidad de las terminaciones, los ricos materiales y un estilo novedoso. Otros valores como la singularidad determinaron la adopción de muchas decisiones de diseño por fuera del canon estilístico. Tal es el caso de las llamativas aspas del molino miniaturizadas que decoran la torre-cúpula de la ochava (Anexo Cuerpo C, Figura 12). Las mismas no aparecen en los dibujos iniciales de Gianotti pero describen perfectamente la

razón social del establecimiento, aunque no tienen una relación real con el origen del nombre comercial, ya que surgió como homenaje al primer molino harinero que funcionó en Buenos Aires, a pocas cuadras de allí y que estaba movido a vapor. Es decir que no tenía aspas.

Sin embargo, en términos simbólicos, la elección de Gianotti fue acertada. En el imaginario popular, las aspas son más representativas de un molino que cualquier otra parte de su mecanismo. Otra posible asociación es que las aspas de la torre-cúpula se inspiren en el cabaret *Moulin Rouge* de París y el molino en miniatura que tiene en el techo (Anexo Cuerpo C, Figura 13). Por lo pronto, las aspas del molino porteño son una referencia explícita a las del parisino. El cabaret se inauguró en 1889 al pie de la colina de Montmartre, París, y su nombre homenajea a los antiguos molinos que poblaban la zona cuando era un área rural. *Moulin Rouge* nació como un lugar dedicado al entretenimiento y mezcló la condición de restaurante con la de sala de espectáculos y burdel de lujo, combinación que le aseguró un éxito constante. Su fama trascendió los mares y se convirtió en un emblema de la diversión.

La simbología del Molino se repite en los vitrales de la torre-cúpula y en los de los salones de la planta baja (Anexo Cuerpo C, Figura 14 y 15). Pero allí se recrean coloridas escenas de la novela *Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes Saavedra. En todas las imágenes aparecen retratados los protagonistas del libro y un molino de viento, pero no como los de Castilla la Mancha que cita Cervantes (Anexo Cuerpo C, Figura 16), de cuerpos cilíndricos y tejado cónico, sino los típicos molinos holandeses de cuerpo troncocónico o facetado y con una caseta superior a dos aguas cóncavas (Anexo Cuerpo C, Figura 17), imagen que se reproduce en el frente del edificio porteño simulando uno de esos tejados con el cornisamento (Anexo Cuerpo C, Figura 18). Una vez más, Gianotti apela a la conexión simbólica más directa con el espectador sin caer en una referencia correcta desde lo histórico pero críptica desde la comunicación.

La creación de una torre-cúpula, como la denomina el arquitecto Guillermo García, es otro recurso ecléctico de Gianotti (Anexo Cuerpo C, Figura 19). Necesitado de llegar lo más alto posible para hacer omnipresente el edificio, el arquitecto no se conformó con una cúpula tradicional del tipo media naranja, sino que, por el contrario, la estiró hasta alcanzar los 75

metros de altura. En esa transformación, a medio camino entre una torre y una cúpula, la pieza de remate de la esquina se convierte en elemento único (Guillermo García, entrevista, 12 de mayo de 2023). Es cierto que hay varios ejemplos de esa época en Buenos Aires que describen el mismo adelgazamiento y crecimiento vertical, como las dos cúpulas facetadas del Otto Wulf (1914) en la esquina de Avenida Belgrano y la calle Perú de Buenos Aires (Anexo Cuerpo C, Figura 20), y la cúpula alargada de la esquina de la calle Lavalle y la avenida Callao (1924), a pocas cuadras de la Confitería (Anexo Cuerpo C, Figura 21). Esta coincidencia puede confirmar una tendencia a la exploración de remates más esbeltos en el Buenos Aires del primer Centenario.

En cualquier caso, la torre-cúpula de la Confitería del Molino muestra rasgos particulares: es más esbelta que otras, tiene vitrales en sus gajos, remata en un mirador y repite una suerte de linterna más arriba. La primera referencia que parece resonar en remate del Molino es la de las torres de la basílica de La Sagrada Familia, aunque en otra escala, obra iniciada en Barcelona en 1882 (Anexo Cuerpo C, Figura 22). También hay que considerar el reemplazo que hace Gianotti de la linterna (Anexo Cuerpo C, Figura 23). accesorio tradicional colocado en la cima de las cúpulas para lograr ventilación e iluminación. El cambio implica la conversión de la torre-cúpula en un mirador parecido a un minarete islámico (Anexo Cuerpo C, Figura 24). De hecho, la mencionada torre-cúpula tiene una escalera helicoidal en su interior para alcanzar el mirador (Anexo Cuerpo C, Figura 15).

Como se ve, todo el andamiaje simbólico de la fachada de la Confitería del Molino se enfoca en utilizar el lenguaje *Art Nouveau*, asociado al lujo y la sofisticación, muchas veces críptico para el espectador, y echar mano a una serie de simbologías más populares que permitan emitir un mensaje de esparcimiento y diversión en una suerte de festival semántico como el que alentó, muchas décadas después, el posmodernismo historicista. Así, el Molino es una obra difícil de encasillar, modernista y considerada uno de los mayores exponentes del *Art Nouveau* en Argentina, pero a la vez ecléctica e irreverente con el mismo estilo que adopta (Caride Bartrons, 2021).

Por otro lado, puede pensarse que la Confitería participa de la misma lógica que De Marco (2023) identifica para el *Art Nouveau* porteño: la de un estilo que activa proyecciones identitarias de Buenos Aires. En el caso del Molino, esta condición se intensifica a partir de su recuperación reciente, la visibilidad mediática y su emplazamiento urbano frente al Congreso, lo que lo transforma en un baluarte privilegiado de la memoria urbana actual.

3.1.3. Semiosis social en la Confitería del Molino

Como se explicó en el capítulo anterior, la arquitectura puede ser entendida como un discurso que produce significados y transmite mensajes. Por otro lado, los edificios no sólo cumplen una función, también implican y explican concepciones del mundo (Norberg-Schulz, 1980). Partiendo de estas bases, en el presente apartado se describen las transformaciones semióticas que experimentó la Confitería como lenguaje desde su construcción hasta su patrimonialización, cambios que muestran su transformación simbólica, fuente de su valoración patrimonial. En el camino hacia ese análisis se identifica el contexto social y las condiciones de producción de sentido que existieron durante el nacimiento del edificio, analizar qué discursos produjo y reconoció dentro de ese contexto y describir cómo su diseño contribuyó a reforzar o debilitar relaciones de poder. Este último punto es clave para entender la manera en que las cuestiones de índole estilístico intervienen tanto como discurso como herramienta de empoderamiento.

El *Art Nouveau* fue un movimiento artístico europeo que surgió a finales del siglo XIX y principios del siglo XX en Europa y que se caracterizó por un estilo ornamental y decorativo que buscaba romper con la tradición clásica y las convenciones estilísticas del pasado. Ese rechazo al historicismo y a la imitación de estilos del pasado dio origen a una expresión creativa más libre que incorporó elementos ornamentales inspirados en las formas de la naturaleza y del mundo moderno.

En Buenos Aires, ese espíritu rupturista con la tradición, junto a las formas frescas y desenfadadas, aportaba un aire de renovación muy acorde con el espíritu de la *Belle Époque*, el optimismo económico que emanaba del rápido crecimiento urbano de Buenos Aires y un

perfil festivo muy acorde a la época y al destino comercial de lujoso salón de fiestas que había adoptado la firma.

Sin embargo, en Buenos Aires, los estilos modernistas entre el que se encontraba el *Art Nouveau* también encarnaron una suerte de lucha social, de juego en las relaciones de poder. Como explica Florencia Barcina en su trabajo *Buenos Aires, una periferia de ultramar. Art Nouveau en Buenos Aires* (2013) desde 1880 la arquitectura de cuño francés, conocida como *Beaux Art*, fue hegemónica en Buenos Aires no sólo en edificios institucionales y administrativos, sino también en residencias particulares, convirtiéndose en el estilo de la alta burguesía porteña y los hacendados.

Para principios del siglo XX, muchos inmigrantes europeos, devenidos en burguesía enriquecida, buscaban otras vertientes estilísticas que los identificara. La nueva clase media alta, formada por comerciantes, profesionales e industriales, buscaba diferenciarse de la vieja oligarquía terrateniente y los estilos modernistas europeos como el *Art Nouveau*, el Modernismo Catalán, el *Stile Floreale* o *Liberty* italiano resultaron expresiones ideales para mostrar modernidad, vanguardismo y oponer su condición del rico que se ha hecho a sí mismo, al academicismo conservador utilizado por las antiguas familias terratenientes, de fortuna heredada y costumbres anquilosadas (Barcina, 2013).

Con la elección consciente o inconsciente de un nuevo estilo, la alta burguesía inmigrante constituyó el discurso identitario propio, herramienta de una disputa de validación dentro del ámbito cultural.

Para 1916, cuando se inaugura el Molino, su arquitectura modernista no resulta una novedad imprevisible. En las Exposiciones del Centenario de 1910 y para conmemorar el centenario de la Revolución de Mayo en Buenos Aires se construye *ex profeso* una buena cantidad de edificios que luego fueron demolidos (Brandariz, 2014). La mayoría de estos pabellones se diseñó siguiendo los estilos más populares de la vanguardia europea, como el *Art Nouveau*, el *Liberty*, el *Floreale* o el Modernismo Catalán en cualquiera de sus variantes (Méndez y Gutiérrez, 2014). Pero, si bien en Buenos Aires los estilos modernistas se convierten en instrumento diferenciador de la burguesía inmigrante en el plano social y

cultural, vehículo de una disputa por la representación social entre clases, no significaban lo mismo aquí que en Europa, de donde se importaron (Barcina, 2013).

En su continente de origen, el *Art Nouveau*, por caso, establecía un discurso emparentado con la reforma social y política. Muchos de los artistas y diseñadores del movimiento abogaban por la igualdad de género y la lucha contra la pobreza y la desigualdad. Además, en su continente de origen, este estilo se caracterizó por crear un flujo de espacios internos con formas más orgánicas y naturales, rechazaba la simetría y la rigidez en la distribución de las habitaciones, y abogaba por la creación de espacios multifuncionales con una mayor interacción entre el interior y el exterior del edificio (Jurado, 2022).

En Buenos Aires, el arte nuevo se limitó a lo superficial, al ornamento, a la fachada, sin mayor repercusión en la distribución interna de los edificios que seguían conservando una organización espacial típicamente académica (Barcina, 2013).

La actitud contestataria del *Art Nouveau* se difuminaba en Buenos Aires. Se adoptó entonces el fruto de todo aquel proceso, pero comprendiendo sólo una parte de su creación, se enarboló como símbolo de vanguardia, como estandarte de rebeldía o, simplemente, como un estilo más de los que daba la inagotable fuente europea (Barcina, 2013, p.5).

De ser expresión de lo nuevo, emblema de una burguesía naciente que pretendía establecer sus propios parámetros culturales, la Confitería del Molino, con el paso del tiempo, experimentó un cambio simbólico impulsado por transformaciones en los significados y símbolos asociados al edificio, no tanto como obra arquitectónica sino como testimonio de un pasado que se comenzó a valorar socialmente de otra manera en tiempos recientes.

Por otro lado, el mapa de “paisajes afectivos” que reconstruye De Marco (2023), a partir de asociaciones, recorridos urbanos y relatos barriales, confirma que la valoración del *Art Nouveau* en Buenos Aires está muy influenciada por vínculos emocionales y la memoria colectiva, más allá de los criterios técnicos. Esta revelación respalda la idea de que la defensa y la patrimonialización del Molino no pueden explicarse sólo por sus cualidades artísticas, sino también por el lugar que ocupa en el imaginario afectivo de la ciudad.

3.1.3.1. El arte del doble discurso

La Confitería del Molino como arquitectura que construye sentidos múltiples mediante recursos visuales comunica distintos mensajes. Aprovechando la dimensión simbólica y retórica de la ornamentación arquitectónica, estos mensajes se adecúan a diferentes públicos. En este caso de estudio, el arquitecto Franciso Gianotti hace de la ornamentación un elemento vital para orientar la interpretación simbólica de la Confitería y apunta tanto al círculo académico que conoce el estilo aprendido en sus viajes en Europa, como a los significados que pueda captar un público menos ilustrado. Además de utilizar referencias del *Art Nouveau* como las formas vegetales, las máscaras, los leones alados o las figuras femeninas que resultan de una simbología críptica para el lego, el arquitecto echa mano de las condiciones más sensuales de esas imágenes y de otras, más populares y fáciles de entender en lo que puede ser la clave del alto grado de aceptación del que goza el edificio.

En el Molino, la imagen de la mujer presente en varias decoraciones en bronce, responde a uno de los clásicos recursos del estilo. En el *Art Nouveau* “predominan las imágenes femeninas, con su encanto fatal, la mirada penetrante pero esquiva y el cabello suelto” (Stoilova, 2014, p. 2) (Anexo Cuerpo C, Figura 10). Las máscaras femeninas se utilizan casi como un emblema del estilo, un motivo decorativo que contiene una amplia gama de mensajes simbólicos. En los frentes *Art Nouveau*, un mascarón femenino suele representar belleza y amor, vida y fertilidad.

En la mayoría de los casos, la máscara corona los frontones de los edificios, decora piedras clave de puertas y ventanas, arcos y bóvedas, se convierte en medallones en relieve o frisos verticales y horizontales. En esos casos, la cara femenina personifica a Medusa, la más popular de las tres hermanas Gorgonas (Stoilova, 2014). Pero en la Confitería del Molino aparecen tres máscaras femeninas idénticas sosteniendo cada una de las ménsulas de los cuerpos salientes del edificio. Al parecer, a Medusa se le unieron sus hermanas Esteno y Euríale como sucede en el Pabellón de la Secesión vienesa de Joseph Olbrich que, en el centro de la capital austríaca, inaugura ese recurso en 1897 (Anexo Cuerpo C, Figura 11).

Estas operaciones iconográficas no sólo despliegan un código estilístico reconocible por los sectores ilustrados, sino que también contribuyen a configurar al *Art Nouveau* como un activador de la memoria urbana (De Marco, 2023). En el caso del Molino, la reiteración de figuras femeninas, motivos vegetales y leones alados actúa como un sistema de anclajes espacio temporales que le permite establecer vínculos sensibles con el edificio a distintos públicos, más allá de la capacidad de realizar o no una lectura erudita de sus referencias europeas.

Por otro lado, y más allá de los clásicos recursos iconográficos del estilo, la Confitería del Molino reinterpreta el espíritu refinado, lujoso y elegante del *Art Nouveau*. Recurre a materiales costosos y procura terminaciones delicadas. Condiciones que se expresan en la factura de las artesanías en hierro, vidrio y madera, el uso de mármoles exóticos y en el empleo de recursos extravagantes como las tejas de oro líquido embebido en el bizcocho cerámico y vitrificadas. Estos verdaderos prodigios técnicos casi irrepetibles hoy cubren los techados y repiten el dorado en una serie de nichos abovedados del frente (Anexo Cuerpo C, Figura 12).

Así, se hace efectivo un arte del doble discurso que no solo ofrece mensajes diferenciados para un público culto y otro popular, sino que también, en la línea planteada por De Marco (2023), construye un paisaje afectivo donde la exuberancia ornamental del *Art Nouveau* funciona como soporte de recuerdos, deseos y proyecciones identitarias de Buenos Aires.

3.1.4. De ícono social a patrimonio cultural

La Confitería, icónica desde su creación, originalmente era considerada un emblema de la sofisticación y el lujo al alcance de la clase media naciente ofreciendo sus servicios de confitería y salón de fiestas para una nueva generación de ritos sociales y de consumo. Su arquitectura no sólo identificaba a esa clase media, sino que también establecía un escenario festivo acorde al espíritu de la época y al destino comercial del edificio (Jurado, 2023). Durante su apogeo, el Molino fue cuna de intelectuales, artistas y políticos argentinos

revistiendo a su arquitectura del carácter social de encuentro y esparcimiento que requería la nueva agenda social. Sin embargo, a medida que pasaron los años, el edificio comenzó a decaer hasta ser cerrado en 1997.

En este proceso, el cambio simbólico que experimentó la Confitería del Molino se puede determinar mediante las representaciones que le atribuye la sociedad y cómo estas han evolucionado con el tiempo. La decadencia de la Confitería del Molino a partir de fines de los '70, su cierre a fines de los '90 y el abandono que experimentó hasta principios de 2018, puede ser entendida como una transformación simbólica para la sociedad porteña. En todo ese período, el edificio pasó de ser un símbolo de prestigio y cultura a uno de decadencia y abandono. Sin embargo, la puesta en valor y restauración encarada en los últimos años ha despertado el interés de la opinión pública, lo que ha generado un nuevo cambio simbólico. Este interés se corresponde con la importante valoración de la arquitectura de Buenos Aires de fines del siglo XIX y principios del XX que se incrementó durante las últimas décadas.

Efectivamente, a partir de 1990 la revaloración que se menciona no sólo se manifestó en el interés de expertos y especialistas en conservar edificios construidos en ese período sino también en la acción de organizaciones de la sociedad civil y autoridades estatales. Como ejemplo baste recordar que para 1980 no existía una legislación específica que protegiera edificios patrimoniales en la Ciudad de Buenos Aires. Si bien la Confitería obtuvo una protección en 1992, así como pudieron haber existido otros casos puntuales, el resguardo formal del patrimonio arquitectónico comenzó en 1996 con la sanción de la Ley 123 de Evaluación de Impacto Ambiental y del Código de Planeamiento Urbano, que incluyó la protección del patrimonio urbano y arquitectónico. En los '90, con un gobierno de corte neoliberal que promovió la incorporación de la Argentina al mercado global, fue cuando se generó una mercantilización cultural que movilizó a las fuerzas sociales en reclamo de un proteccionismo todavía difuso. El modelo neoliberal desató un boom inmobiliario que incluyó la refuncionalización de áreas urbanas mediante asociaciones público-privadas que provocaron el alza en el valor de la tierra y la expulsión de los habitantes originales (Vázquez, 2020).

Si en 1983, con el retorno a la democracia, se manifestó una creciente conciencia sobre la necesidad de proteger el patrimonio, aún no existía un sistema formalizado para catalogar o proteger edificios. Antes de 1996, la protección de edificios de valor patrimonial dependía de iniciativas aisladas o de la voluntad de las autoridades de turno, pero no existía un marco normativo claro y específico como el que se desarrolló posteriormente (Jurado, 2022). Sin embargo, la declaratoria del Casco Histórico U24 es de 1979, norma que introdujo el concepto de protección patrimonial al Código de Planeamiento de 1977. Posteriormente, en 1992, los vecinos de Belgrano R logaron la incorporación de la U28 que correspondía a su barrio.

Para 1996, con la sanción de la Ley 123 que establece un marco de Evaluación de Impacto Ambiental y el Código de Planeamiento Urbano, comienza la protección formal de edificios con valor patrimonial. Un año más tarde se crea el CAAP que inicia la evaluación de edificios para su protección. A fines de esa década aparecen los primeros listados oficiales de edificios protegidos bajo la categoría de "Catalogados". En 2001, la Ciudad comienza a catalogar edificios de manera más sistemática, con un creciente número de inmuebles protegidos cada año

En los diez años siguientes se continúa el proceso de catalogación, con especial énfasis en zonas históricas y áreas de protección patrimonial. En 2011 se aprueba la Ley 2548 que protege el patrimonio de los barrios históricos, evitando demoliciones y alteraciones significativas en estas áreas. Para 2022, 3.195 inmuebles de la Ciudad de Buenos Aires forman parte del catálogo definitivo de edificios protegidos. Otros 3.875 integran un catálogo "preventivo", lo cual permite retirarlos de esa condición a partir de reconsideraciones. En 2023 la protección sigue expandiéndose, con especial atención a la protección del patrimonio industrial y la modernización de la normativa. Desde los '90, el número de edificios protegidos en la Ciudad de Buenos Aires ha crecido cada año, con picos en años donde se aprobaron leyes o normativas clave. Por otro lado, el patrimonio protegido ha experimentado una gran diversificación, enfocándose no sólo en edificios históricos, sino también en los que exhiben algún valor arquitectónico moderno e industrial.

Si bien desde los noventa se consolidó la normativa y la catalogación de inmuebles protegidos, también se hizo palpable una tendencia a la descatalogación fruto de las presiones inmobiliarias. La determinación de qué se protege y qué se descataloga siempre respondió a decisiones políticas antes que técnicas. El CAAP ha sido objeto de críticas por su poca transparencia y la permeabilidad a retirar inmuebles del catálogo preventivo a pedido de los propietarios. Artículos recientes de organizaciones como Basta de Demoler documentan la desprotección sistemática del patrimonio construido en Buenos Aires, la falta de criterios transparentes y los conflictos judiciales y vecinales en torno a demoliciones y descatalogaciones.

Aún con los conflictos entre vecinos y autoridades por la presión de los negocios inmobiliarios, el proceso que define Andreas Huyssen como un *memory boom* se expresa en la Buenos Aires de los '90 como una preocupación por preservar la arquitectura de la alta burguesía porteña y a los edificios oficiales construidos con el mismo espíritu eurocéntrico y carácter palaciego por la misma clase social encaramada en el poder.

La revaloración del edificio de la Confitería no implica una reedición de los significados que operaron durante su creación y época dorada, y mucho menos implica una reedición de las condiciones de producción que le dieron origen. La revalorización del edificio como un ícono histórico y cultural de Buenos Aires está asociada a la preservación del patrimonio arquitectónico, una actividad que se vincula al rescate de la identidad cultural y la valoración de la historia de la ciudad (Jurado, 2022).

El proceso de cambio simbólico del edificio Confitería implica una transformación en los significados y representaciones que la sociedad le atribuye al edificio. Esta transformación refleja una revalorización del edificio como un símbolo histórico y cultural, en contraste con los valores que se jugaban durante su creación (Jurado, 2022). El edificio se ha convertido en un símbolo de la lucha por la preservación de la memoria colectiva y la identidad local, así como un vehículo nostálgico con aquel pasado idealizado.

3.1.5. Una pieza singular en el rompecabezas urbano

Entre los actores legitimados, las apelaciones al valor simbólico de la Confitería del Molino son inmediatas y espontáneas. Como sostiene Caride Bartrons: “Es el edificio más sólidamente instalado en los imaginarios de la sociedad porteña” (2021, p.71). En ello coincide Capano: “Es uno de los íconos patrimoniales más importantes no sólo de la Ciudad de Buenos Aires sino de todo el país” (2021, p.86). “Con un siglo de historia, el Molino...es uno de los hitos patrimoniales de la arquitectura argentina” (GCBA, 2021).

Esta valoración automática y contundente se podría adjudicar al valor histórico del edificio que, como se observó, es una característica en continua construcción mediante una retórica que apela a destacar la concurrencia de personalidades de la política y las artes, y a través de los relatos literarios. La historicidad del edificio no se sostiene por su antigüedad ya que, si bien resulta considerable en ciudades relativamente nuevas como Buenos Aires, no es sustantiva. Entonces ¿qué otras condiciones hacen del edificio algo tan memorable? Como se observó anteriormente, sus singulares características arquitectónicas y su ubicación junto al Palacio del Congreso, en el eje cívico, monumental y simbólico más representativo de la Argentina colaboran en esta construcción (Thissen, 2011).

Se ha visto cómo la cuestión de la implantación del Molino frente al Palacio del Congreso es utilizada como fuente de valor aludiendo a una suerte de comunión simbólica.

El edificio del Molino acompañó el desarrollo de la sede del Congreso de la Nación Argentina, cuya construcción se había iniciado en 1898, ambos se constituyen en referentes silenciosos del crecimiento acelerado de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires desde el Centenario hasta nuestros días. Ambos monumentos resultan soporte de la memoria histórica en un momento relevante respecto de la construcción de la identidad republicana argentina, esta representación material y simbólica del patrimonio legislativo en un caso y el Edificio del Molino también llamado la “tercera Cámara” ameritan su restauración y puesta en valor integral (GCBA, 2021 p.4)

Para entender la superlativa valoración que alcanza el edificio por su ubicación estratégica se puede considerar que los edificios expresan la identidad y la historia del lugar en la medida en que construyen una narrativa urbana (Norberg-Schulz, 1980). O la condición

que aborda Aldo Rossi, retomando el concepto de *genius loci* de Norberg-Schulz (1980) para explicar que el espacio urbano es la expresión física de un mito fundacional y contiene historias y experiencias que hacen a la identidad colectiva (Rossi, 1982).

En pocas décadas, el patrimonio urbano se convirtió en un recurso identitario, detrás del cual se esconden económicos. Las clases dirigentes comprendieron que la conservación de los centros históricos ofrecía tanto oportunidades para la legitimación de las identidades locales como una fuente de recursos (Vázquez, 2020). Esta comprobación condujo a que espacios históricos seleccionados intencionalmente por su valor simbólico se convirtieran en objetivos de las políticas de promoción urbana. Por un lado, legitiman las acciones públicas al ser mostradas como una herramienta para producir una identidad local fuerte. Y por el otro, facilitan la instalación de una marca ciudad que permite entrar en la competencia global por inversiones y lograr un rédito turístico de estos espacios urbanos (Vázquez, 2020).

Estas condiciones conducen a entender el fenómeno de la Confitería del Molino como parte de nuevos requerimientos turísticos, culturales e inmobiliarios de la ciudad. Se podría inferir que la necesidad de restaurar la Confitería dependió más de su contribución a mejorar la imagen del entorno urbano que de sus valores artísticos o históricos intrínsecos. De manera similar, podría sostenerse que el valor patrimonial percibido de la Confitería está en relación directa con su capacidad de recualificar el área de la que es parte (González Bracco y Hernández, 2021). Sin embargo, como se verá más adelante, algunas estrategias de validación internacional realizadas por el GCBA muestran que la Confitería cobró real importancia una vez garantizada su restauración y no antes.

3.1.5.1. Ignorada hasta su resurrección

La valoración de la Confitería en el conjunto de edificios patrimoniales se puede leer a través del análisis de tres proyectos lanzados entre 2001 y 2018 por el GCBA que consideran al patrimonio arquitectónico como un agente recualificador de las condiciones urbanas y una herramienta para convertirlas en fuente de recursos identitarios y económicos.

Por un lado, se encuentra el *Plan Estratégico de la Cultura de la Ciudad de Buenos Aires* de 2001 que establece la necesidad de construir la imagen de capital cultural para la Ciudad. Por otro lado, es útil analizar la presentación Buenos Aires como Patrimonio de la Humanidad ante la UNESCO en 2007 (Vázquez, 2020). A estas dos iniciativas que encuadraban el interés patrimonial junto a las necesidades económicas e identitarias de la Ciudad, se le suma, en 2018, una nueva presentación junto a la ciudad de La Plata para obtener el título de Patrimonio Cultural de la Humanidad. Esta última acción, realizada bajo el nombre de “Dos capitales de la cultura de la modernidad, el eclecticismo y la inmigración” muestra el constante interés oficial por destacar sus entornos urbanos de la Ciudad y los edificios construidos a principios del siglo XIX y fines del XX (GCBA, 2019).

En los dos primeros casos, las condiciones particulares de la Confitería del Molino, y el edificio en sí, tuvieron un interés nulo al punto de no aparecer mencionada ni una sola vez en ninguno de sus listados. En el último caso, el edificio aparece apenas nombrado como parte de un conjunto urbano institucional.

La primera de las iniciativas, el Plan Estratégico, destacaba la creciente tendencia internacional a la conservación del patrimonio y consideraba que Buenos Aires tenía la oportunidad de revalorizar su identidad y mostrarla al mundo (GCBA, 2003). Condición que se asocia a la observación que hace el mismo informe sobre el crecimiento futuro del mercado turístico y su reorientación hacia objetivos culturales, sobre todo por un aumento en la cantidad de visitantes europeos que podría experimentar la región. De estas conclusiones surge la necesidad de proteger el patrimonio arquitectónico porteño, para lo que proponía catalogaciones de los edificios que concordaran con la imagen que se consideraba útil a los fines del marketing urbano propuesto, la arquitectura europea de Buenos Aires, la del período de la *Belle Époque* (Vázquez, 2020).

Por su parte, como si fuera una consecuencia natural, la preservación de piezas patrimoniales autónomas condujo a la visualización de los conjuntos arquitectónicos que las contienen y a la valoración de su importancia en la constitución de áreas urbanas características. Esta visión comienza a tomar mayor importancia a partir de la década de

1970, cuando UNESCO crea la categoría de Patrimonio Cultural de la Humanidad. Una etiqueta agrega un apetecible rasgo de prestigio a las piezas patrimoniales y sus entornos urbanos, además de convertirse en una certificación de autenticidad imprescindible para enfrentar la competencia global de ciudades por atraer inversiones y turismo.

Estas expectativas se relatan taxativamente en las presentaciones porteñas a la UNESCO como la búsqueda de un nuevo posicionamiento global. “Estudios muestran que la declaratoria produce un aumento significativo del turismo. Esto representa grandes beneficios económicos para las ciudades. Genera ingresos directos como entradas a museos, visitas guiadas, transporte público e indirectos como hoteles, bares, transporte, entre otros” (GCBA, et al, 2018, p.6).

En las candidaturas a la UNESCO no resultan menores las alusiones a la recuperación del orgullo ciudadano, el sentimiento de pertenencia, la identidad compartida y la integración. La posibilidad de una distinción es presentada como un camino privilegiado al posicionamiento internacional del patrimonio de Buenos Aires, lo que permitiría, se aseguraba, conseguir “ayudas técnicas y financieras que contribuyan tanto a la preservación como al desarrollo urbano” (GCBA, et al, 2018, p.6).

La candidatura de Buenos Aires a formar parte del listado de Paisajes Culturales de la Humanidad (GCBA, 2007) fue lanzada con una campaña de difusión que destacaba la imagen europea de la ciudad en el contexto latinoamericano, haciendo hincapié en las particularidades arquitectónicas y urbanísticas de las obras de fines del siglo XIX y principios del XX (Vázquez, 2020). La presentación que fue titulada “*Buenos Aires, Paisaje Cultural: el río, la pampa, la barranca histórica y la inmigración*”, elegía mostrar la franja ribereña de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, incluyendo barrios como la Boca, Puerto Madero, el Casco Histórico, la Costanera Sur, la Reserva Ecológica, la zona de Plaza San Martín, el barrio de la Recoleta, la Avenida Alvear, los parques de Palermo, parte del barrio de Belgrano y el Eje Cívico Plaza de Mayo-Congreso más las áreas aledañas de importancia histórica o patrimonial (GCBA, 2007).

Como se puede evidenciar, la selección realizada para esa candidatura reunía los barrios de mayor interés turístico en los términos que se refiere en el Plan Estratégico, áreas caracterizada por edificios y desarrollos urbanos de la *Belle Époque* porteña, lo que anteriormente se caracterizó en este trabajo como la arquitectura de la República Conservadora.

Es llamativo que la presentación hacía una pormenorizada descripción del sector que denomina “Eje Cívico Plaza de Mayo-Congreso y Áreas Aledañas de Importancia”. De él se destacaban y describían las características físicas, históricas y simbólicas y hasta se mencionaban edificios cercanos, pero menos influyentes, tanto histórica como urbanamente. Se trata por caso del Banco de Boston, del Banco Tornquist, de la Bolsa de Comercio o del Deutsche Bank, entre otros. Por el contrario, nada se decía de la Confitería del Molino ya convertida en Patrimonio Nacional para esa época. Y apenas se menciona el *Art Nouveau* como parte de la variedad de estilos que presenta la Avenida de Mayo.

El olvido, deliberado o casual, corresponde a una infravaloración de la arquitectura y del papel histórico o artístico del Molino en el momento de la presentación. También relativiza la utilidad percibida del edificio en la construcción de un paisaje pensado como recurso turístico e identitario. Su restauración y puesta en valor no parecen consecuencia de la necesidad de perfeccionar el escenario que se describe como Eje Cívico Plaza de Mayo-Congreso en la presentación ante la UNESCO.

Sin embargo, ante el fracaso de la iniciativa anterior, ya en 2018 se realiza la presentación “Dos capitales de la cultura de la modernidad, el eclecticismo y la inmigración” para conseguir el título de Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO para un conjunto de edificios de Buenos Aires y La Plata. Allí sí se menciona a la Confitería como parte de un conjunto impreciso y disperso que se titula Eje Cívico (GCBA, 2019).

La introducción del texto de la candidatura se refiere a los edificios presentados como parte de un archipiélago patrimonial, confirmando el carácter disperso de las piezas seleccionadas y la endeble articulación urbana que componían. No obstante, el texto intenta crear agrupamientos en base a áreas de interés urbano como pueden ser piezas viales y

simbólicas sobresalientes del tipo Eje Cívico ya mencionada, y Diagonal Norte; barrios tradicionales y con interés turístico como Recoleta, Retiro, Área Bancaria, Dársena Norte, La Boca, Once o Constitución, y áreas contiguas a edificios sobresalientes como La Piedad, Iglesia Santa Felicitas, Palacio Errázuriz o Instituto Bernasconi. Nótese la coincidencia con los sitios seleccionados la candidatura anterior en la que el tema era el del paisaje cultural.

La mención de la Confitería en la última presentación, en contraste con su ausencia en anteriores, puede deberse a que ese mismo año comenzó la recuperación efectiva del edificio. Fue entonces cuando se elaboró el plan rector para la restauración integral del Molino y se dispusieron de los fondos necesarios (GCBA, 2021, p.2).

Aunque tardía, su mención en los considerandos de la presentación puede ser entendida como fruto de la necesidad de colocar una pieza más en el rompecabezas urbano, una pieza que contribuyera a robustecer las expectativas de marketing de la Ciudad, como ciudad lanzada a construir su identidad, atraer turismo e inversiones.

Esta situación parece confirmar que el Molino pasó a ser parte de un conjunto edilicio con interés patrimonial e identitario para la Ciudad a partir de su restauración y no antes, en lugar de haber sido su puesta en valor una consecuencia de las necesidades de la Ciudad en esos términos. En definitiva, aun siendo pieza clave de una composición urbana y simbólica singular (como es el caso del eje cívico que componen la Plaza de Mayo, la Avenida de Mayo y la Plaza del Congreso), la Confitería no cobró interés hasta que se apreciaron como concretas sus posibilidades de restauración.

Entonces es posible afirmar que su rescate no estuvo motivado por razones estrictamente patrimoniales, urbanas o marketineras sino por una nueva sensibilidad hacia lo antiguo, una sensibilidad en el que el valor emocional adquiere un inusual protagonismo como explicó la entrevistada María de las Nieves Árias Incollá. Si la contribución de la Confitería a mejorar el área urbana de la que es parte no fue percibida, o no fue tomada en cuenta, hasta que no estuvo garantizada su puesta en valor, y si hasta ese momento el edificio tampoco calificaba simbólica y artísticamente para construir una imagen eurocéntrica con miras a

capturar la atención internacional, la instancia de su restauración cobra una importancia superlativa.

Esta comprobación abre la puerta a nuevas preguntas que remiten a temas abordados anteriormente en esta tesis: ¿por qué el valor percibido del edificio patrimonial es menor o casi nulo si no se realizara su restauración? ¿qué valores que no existieran al momento de su patrimonialización le agrega al edificio su restauración? Estas cuestiones requieren abordar temáticas como el uso y la importancia que se le asigna a la apariencia formal de la Confitería, y la espectacularización y fetichización de su imagen, temas que impactan en el proceso de museificación que experimenta el edificio, condición que se abordará en el siguiente capítulo.

3.1.5.2. Movilización social al rescate de la Confitería

Como se ya se vio, la movilización social por el Molino es un síntoma concreto de las dinámicas generales de conflicto que se vieron desde comienzos de este siglo en Buenos Aires. Las organizaciones vecinales y distintos colectivos profesionales tuvieron un papel central para que la recuperación de la Confitería del Molino se convirtiera en tema de debate público y parlamentario. A lo largo de la década de 2010, grupos como “Para que se restaure la Confitería del Molino”, fundado por Paula Gisela Acunzo, “Basta de Demoler”, la Fundación Ciudad y diversas redes patrimonialistas impulsaron campañas de difusión, juntaron firmas, organizaron abrazos al edificio y dictaron clases públicas en la vereda de Rivadavia y Callao.

Estas acciones se insertan en un ciclo más amplio de movilización en Buenos Aires, donde las asociaciones vecinales orientadas al patrimonio se consolidan como interlocutores incómodos pero persistentes en la discusión sobre el modelo de ciudad, combinando recursos jurídicos, intervenciones mediáticas y performances callejeras para frenar la degradación o desaparición de bienes significativos (González Bracco, 2013).

En el caso del Molino, estos actores no se limitaron a invocar el valor histórico del inmueble, sino que se orientaron a su deterioro progresivo, denunciar la falta de respuestas

de los distintos niveles del Estado y proponer usos posibles que permitieran otorgarle al edificio una utilidad significativa para la vida urbana contemporánea sin sacrificar la integridad arquitectónica. “Basta de Demoler”, por caso, incorporó el edificio a una agenda más amplia de casos en riesgo en el área central, produciendo materiales audiovisuales, notas y acciones en el espacio público que insistían en el contraste entre el antiguo esplendor del edificio y el abandono que sufría en ese momento.

Los reclamos por el Molino fueron parte de una ebullición vecinal en defensa del patrimonio y el ambiente barrial. En este contexto, la defensa de edificios y paisajes urbanos aparece ligada a reclamos más amplios como el derecho a la ciudad y la crítica de los efectos de la especulación inmobiliaria sobre la vida cotidiana (González Bracco, 2013).

Dentro de esta secuencia, el abrazo organizado por estudiantes y docentes de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la UBA marcó un momento particular (María de las Nieves Árias Incollá, entrevista, 19 de septiembre de 2024). Esta acción, así como las clases abiertas, los talleres improvisados y las intervenciones frente al edificio no sólo hicieron visible el reclamo, sino que sumaron la discusión disciplinar a la causa del Molino, poniendo en primer plano el papel del patrimonio en la construcción de la ciudad.

La comunidad local y las asociaciones civiles tuvieron un papel central en el rescate de la Confitería del Molino, pero, sobre todo, dejó en claro que la cuestión patrimonial ya no puede pensarse únicamente desde los despachos de expertos o funcionarios. La historia del rescate del Molino muestra cómo una misma lucha se desarrolla en distintos niveles. En la escala más próxima, vecinos, ex empleados y usuarios habituales pusieron en juego memorias laborales, afectivas y barriales. En el ámbito de los especialistas, se amplió la gama de argumentos disponibles subrayando que el valor del edificio no se agota en su condición de obra de autor o pieza Art Nouveau, sino que también remite a experiencias afectivas y vinculaciones con la memoria urbana y cultura que son difíciles de sustituir (María de las Nieves Árias Incollá, entrevista, 19 de septiembre de 2024).

En el plano de la ciudad, organizaciones como “Basta de Demoler” incorporaron el caso a una narrativa de pérdidas sucesivas en el inventario histórico de Buenos Aires y

reclamaron instrumentos más robustos de protección ante el avance del negocio inmobiliario. La acumulación de acciones incluyó gestiones, reuniones y presión sostenida sobre bloques legislativos, hasta contribuir al consenso que hizo posible la aprobación de la ley de expropiación y la creación de la comisión encargada de administrar y restaurar el edificio.

El proceso de rescate y patrimonialización del Molino confirma que la defensa del patrimonio urbano es una fuente de conflictos con proyectos estatales e intereses privados. El relato oficial siempre busca mostrar el rescate como una defensa épica del patrimonio, pero la reapertura del edificio debe leerse como el resultado de una serie de luchas sociales que lograron alinear los intereses sociales con los políticos.

3.2 Un lugar en la historia del patrimonio

Para entender los valores que consagran a la Confitería como Patrimonio Nacional es importante conocer la valoración que la sociedad, los expertos y las autoridades tienen sobre ella, pero, sobre todo, esta pesquisa permite entender las causas que llevan a su espectacularización primero y a su museificación después. El primer paso en este camino es conocer la singularidad del caso, reconocimiento que se realiza mediante un análisis de la historia de las patrimonializaciones realizadas por la CNMLBH en Buenos Aires.

Como se explicó, las políticas de la CNMLBH variaron en el tiempo. El caso de la Confitería corresponde a un período de creciente mercantilización del patrimonio arquitectónico y de preocupación en su uso para construir una imagen global de Buenos Aires. Desde 1940, año en que se creó la Comisión, fueron patrimonializados 442 entidades en la ciudad. En realidad, de esa cantidad sólo revisten interés arquitectónico 400 objetos si se excluyen paisajes, especies vegetales y otros de carácter menor. Por supuesto, tumbas y monumentos conmemorativos están comprendidos en este último número por su condición simbólica, aunque pueda no ser considerada una pieza de arquitectura (Anexo Cuerpo C, Listado 1).

Para entender los períodos en que sucedieron estas declaraciones y situar al Molino en el contexto general se dividió la historia de este proceso considerando los procesos políticos

rectores que explican someramente los criterios que regían a la CNMLBH. El momento en que se constituye la Comisión corresponde al final de la Década Infame, período que va desde el golpe de Estado de 1930 al de 1943, tiempo en el que se ejerce un marcado autoritarismo desde el Estado, políticamente se recurre al fraude electoral y culturalmente se experimenta el nacimiento de un nacionalismo sesgadamente militarista y católico.

El segundo período se lo denominará Peronismo para sintetizar lo actuado hasta 1955. Le sigue el segmento denominado Revolución Libertadora que llega hasta 1973 después del cual aparece un breve lapso de tiempo que se denominará Restauración peronista y que culmina en 1976. Los períodos que siguen serán denominados Proceso de Reorganización Nacional, hasta 1983, y Recuperación democrática hasta el presente. Independientemente de lo discutible o no que pueda ser esta periodización, el objetivo del análisis está centrado en descubrir las características especiales del caso del Molino en el eje temporal e ideológico, y no en estudiar la historia de las monumentalizaciones argentinas.

Una primera observación de los resultados de esta segmentación permite identificar que el 67.50% de las patrimonializaciones porteñas se realizaron en el último período, el de la Recuperación democrática, incluyendo a la Confitería del Molino. La Década Infame con todo su interés nacionalista alcanza al 7,60%; el Peronismo, al 17,05%; y los otros períodos están por debajo del 5%. De alguna manera, estos números reflejan las afirmaciones por una suerte de inflación de las patrimonializaciones como manifestación del *memory boom* (Huyssen, 1995) (Anexo Cuerpo C, Gráfico 1).

Para comprender el contexto artístico que incluye al caso de estudio, se individualizan los edificios y monumentos que representan o fueron escenario de un hecho histórico o de la vida de personaje histórico (39,25%), los espacios de culto (3,5%) y los vinculados a personajes, eventos o valores populares (16,50%). El patrimonio inherente a la memoria y la promoción de los derechos humanos, lugares protegidos a partir del 2000 en adelante ocupan un 3.25% del total. El resto de los edificios patrimonializados en Buenos Aires, si bien en muchos casos pretenden ser validados por su componente histórico, tiene un marcado interés artístico. Por caso, los edificios *Beaux Art* construidos durante la República Conservadora

(1880-1930), y algunos casos eclécticos y neo románicos, góticos, tudor y similares. Estos alcanzan el 31.75% de los casos (Anexo Cuerpo C, Gráfico 2).

Los de estilo moderno, que comprende el racionalismo, el *Internacional Style*, el Brutalismo y otras expresiones regionales hasta incluir las obras más actuales, que son los más nuevos de la lista, alcanzan el 4%. El patrimonio industrial, con menos valores artísticos y bastante nuevos, representan apenas el 0.75%. Los edificios que en esta clasificación se denominan Modernistas llegan al 1% de los casos entre los que está incluida la Confitería. Comprenden todos los estilos europeos que aparecieron en Europa en el comienzo del siglo XX, *Art Nouveau*, modernismo catalán, *Floreale*, *Liberty* y similares. Se suman a esta categoría las expresiones posteriores como el *Art Decó*.

3.2.1 Retórica del valor en la Confitería

La retórica de legitimación del patrimonio arquitectónico descubre los propósitos de valoración sostenidos por la élite. Para analizar esos relatos y siguiendo la teoría del discurso social de Marc Angenot resulta fundamental identificar a los actores legitimados en esa discusión, los argumentos que sostienen y los discursos que consagran. En este último caso, los valores que aparecen más repetidamente son el arquitectónico y cultural del edificio, su carácter de lugar de encuentro cultural y su condición de vínculo con la memoria colectiva. Uno de los discursos más repetidos es el que destaca su diseño *Art Nouveau*, su carácter de ícono arquitectónico de Buenos Aires, símbolo de la identidad cultural de la ciudad.

El Molino también se presenta como un espacio de encuentro cultural donde se daban cita figuras prominentes de la literatura y la política argentina, como Jorge Luis Borges, Alfredo Palacios o Eva Perón (Cabanchik, 2021). Este aspecto se utiliza para argumentar que el lugar es un testimonio de la vida intelectual y social de Buenos Aires, reforzando su valor inmaterial. También se argumenta que el Molino conecta a la ciudad con su pasado. Este discurso se apoya en la idea de que los espacios físicos son portadores de historias y experiencias que forman parte de la identidad colectiva de la comunidad, que son la expresión física de un mito fundacional (Rossi, 1982). Entre los argumentos más repetidos se incluye la

del legado histórico y la necesidad de una urgente protección como parte de una responsabilidad social sobre un patrimonio que debe ser preservado para futuras generaciones (GCBA, 2021). Por otro lado, nunca son menores las apelaciones al potencial turístico del edificio como contribución a mejorar la economía local.

Las voces legitimadas de estas argumentaciones son arquitectos, historiadores, y expertos en patrimonio cultural que abogan por la conservación del Molino. Su autoridad se basa en su conocimiento técnico y su capacidad para evaluar el valor histórico y arquitectónico del edificio. En segundo lugar, se anotan los organismos gubernamentales y culturales que le otorgan legalidad y recursos a los procesos de conservación.

En el caso del Molino, la comunidad local y las asociaciones civiles tuvieron un papel central en promover el rescate del edificio (María de las Nieves Árias Incollá, experta en patrimonio arquitectónico, entrevista, 19 de septiembre de 2024). Esta participación social también se constituye en un instrumento de validación toda vez que es incorporada a la estrategia de puesta en valor y de comunicación (GCBA, 2021).

Estas retóricas de valoración contribuyen a la sacralización simbólica del edificio que lo aleja de la esfera de lo profano (Prats, 2005). Al inscribir al Molino en la categoría de legado y tesoro nacional, los discursos de valoración lo dotan de un aura de intangibilidad que no solo justifica su protección, sino que prepara el terreno para su museificación.

3.2.2. El peso de la historia

El patrimonio arquitectónico se ha convertido en recurso para el consumo cultural y turístico. Esta condición ha aumentado la importancia de valores como el histórico o el estético en detrimento de otros menos apetecibles para el mercado (Crecente Maseda, 2011). Así, el valor histórico se ha convertido en la fuente de validación patrimonial menos discutida. Una vez determinada la autenticidad de un objeto, su vinculación con la historia o el solo hecho de pertenecer al pasado es un elemento positivo.

En el Molino, la retórica de validación histórica se produce con énfasis, pero envuelta en una visible estrategia argumental. El discurso de los actores legitimados da cuenta de la

necesidad de abonar el costado histórico del monumento y para eso, el Molino se presenta como un lugar frecuentado por personajes destacados de su época en un visible esfuerzo por elevar la importancia histórica del lugar. Se dice: “centro de operaciones políticas y legislativas del recordado Alfredo Palacios y de tantos otros”, lugar de un “encuentro político destinado a hacer historia” (Cabanchik, 2021).

Lisandro de la Torre tomaba café aquí todos los días. También Alfredo Palacios disfrutaba a diario de su coñac y del ritual del café. Además, tenía la costumbre de dejar su sobretodo en el salón, para no estar tan abrigado en el Congreso, y lo pasaba a buscar a la salida (GCBA, 2025).

También se lo menciona como un sitio donde sucedieron hechos que “signaron la historia de una comunidad” (GCBA, 2021, p.4). Otro argumento repetido oficialmente es que el edificio del Molino fue testigo de la construcción de Palacio del Congreso que empezó más de una década antes y terminó en 1946. Los dos edificios se presentan asociados en comunicaciones oficiales como “referentes silenciosos” del crecimiento de la Ciudad desde el Centenario hasta nuestros días.

Ambos monumentos resultan soporte de la memoria histórica en un momento relevante respecto de la constitución de la identidad republicana argentina, esta representación material y simbólica del patrimonio legislativo en un caso y el Edificio del Molino también llamado la ‘tercera Cámara’ ameritan su restauración y puesta en valor integral (GCBA, 2021).

Esta vinculación discursiva impregna al Molino del valor simbólico e institucional de su vecino, el Palacio del Congreso. Si bien parece forzada, expresa, sin decirlo, un vínculo mucho más importante entre los dos edificios, en el que la Confitería asume su papel de *partenaire* urbano del Congreso. Condición que también explica que haya sido ese poder del Gobierno el más interesado en su rescate patrimonial de la Confitería. Como se vio, la decisión de restaurar un edificio puede estar más atada a su capacidad de mejorar un paisaje urbano que a sus cualidades arquitectónicas propias. Y esta capacidad se mide por las

posibilidades de que la restauración potencie o no circuitos de consumos turístico, cultural o inmobiliario (González Bracco y Hernández, 2021).

Estas recurrencias forman el campo discursivo de la patrimonialización del Molino, el conjunto de lo decible en esta época sobre el edificio (Angenot, 2012). Así, aspectos de su historia son destacados y enunciados, otros son silenciados, como sus etapas de deterioro y abandono. En este contexto, los esfuerzos por establecer una importancia histórica para el Molino parecen provenir de una necesidad más simbólica que práctica, como parte de la estrategia de circunscribir toda la operación de su patrimonialización en una legitimidad superior.

3.2.3. El Molino como idea literaria

Como se explicó anteriormente, son muchos esfuerzos por establecer la relevancia histórica del edificio ligándolo a algunas personalidades que pasaron, o podrían haber pasado por él, así como eventos históricos que lo tuvieron como escenario. En el mismo sentido se apela a la literatura, entendida como instrumento retórico de validación que puede impregnar el capital simbólico que cuenta como arte culto al edificio.

Verena Thissen, en su análisis *La Confitería del Molino. Un Patrimonio cultural como "idea literaria"*, presentado en la *Universität zu Köln*, Alemania, elige tres ejemplos literarios como un poema de Girondo, un texto periodístico-literario de Arlt y un cuento de Borges y Bioy Casares. El texto de Roberto Arlt, publicado en *La Nación* el 7 de septiembre de 1930, un día después del primer golpe de Estado en la Argentina que derrocó al presidente Hipólito Yrigoyen, no es una elección azarosa la autora, sino una pieza que construye valor histórico. "*¡Donde quemaban las papas!*" se refiere a la esquina de las avenidas Rivadavia y Callao, donde se alza la Confitería del Molino y desde donde el autor presencié el tiroteo que dio comienzo al golpe de estado. Arlt describe la situación con detalles vívidos, incluyendo la confusión, el miedo, la gente corriendo y la impresión que causaron los disparos y el caos reinante. El texto refuerza la idea del edificio como escenario histórico de forma emotiva e impactante (Arlt, 1930).

Los versos de Oliverio Girondo en su poema *Exvoto* apenas son una referencia gastronómica. “Las chicas de Flores tenían los ojos dulces como las almendras azucaradas de la Confitería del Molino y usan moños de seda que les liban las nalgas en un aleteo de mariposa” (Girondo, 1920, s/d). Y el cuento de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares apenas hace referencia al Molino y sus habitués en un párrafo (Bustos Domecq, 1977).

El valor histórico del Molino parece requerir enormes esfuerzos retóricos que arrojan magros resultados. Y es que ese valor es el menos discutible según la tradición patrimonial argentina. Un objeto puede carecer de valores estéticos, simbólicos o culturales, pero sus valores históricos permiten y habilitan a construir los faltantes. Por caso, La Casa Histórica de Tucumán, donde se juró la independencia, fue demolida en su totalidad salvo la sala en la que se produjo la jura. En 1942 se reconstruyó íntegramente en base a fotografías de mediados del siglo XIX. O el caso del Cabildo de Buenos Aires que experimentó sucesivas modificaciones, demoliciones selectivas y por último una restitución a su supuesto estado original en 1940. En ninguno de los casos el valor artístico o estético fue importante. Lo importante era el valor histórico que detentaban estos edificios como parte de la historiografía oficial y el valor simbólico que se les otorgaba en medio de una revalorización del pasado colonial que orientó las decisiones patrimoniales de ese tiempo.

3.2.4. Conexión emocional y retórica nostálgica

En el proceso de recuperación y patrimonialización de la Confitería del Molino se destaca la dimensión emocional en la valoración del edificio, la que se manifiesta tanto en las campañas de difusión, como en la participación de la comunidad local que contribuyó con información para su restauración reforzando el vínculo afectivo con el edificio.

Este proceso muestra cómo la nostalgia y la emoción se han convertido en criterios relevantes en la protección patrimonial contemporánea, como parte de un enfoque más humanista y multidisciplinario de la preservación, donde la memoria colectiva y las experiencias individuales se convierten en elementos clave para asignar valor histórico y cultural a los bienes patrimoniales. Este cambio se ve en las manifestaciones de varios

especialistas: “La que salvó la Confitería fue la comunidad, la que podía tener esa idea nostálgica y de identidad, o no” (María de las Nieves Árias Incollá, entrevista, 19 de septiembre de 2024).

Los actores legitimados que participaron en la patrimonialización de la Confitería del Molino suelen notar una diferencia con otros procesos: la participación popular desde un principio. Como sostiene Cabanchik: “La recuperación del magnífico monumento se agiganta en su dimensión colectiva, en la medida en que se transforma en signatura de algo más, incluso por sobre sus valores arquitectónicos y su proyección urbana en un corazón estratégico de la ciudad” (2021, p.9).

El día previo al aniversario 106° de la inauguración del Molino, la CAEM organizó una serie de visitas guiadas al interior del edificio para mostrar los avances en la restauración: el cupo de 8.000 visitantes disponible en Internet se agotó en minutos y tuvo que programarse un nuevo día de visitas (Gómez, 2022). La presencia popular de ese día, así como el seguimiento comunitario de las actividades técnicas y culturales de la obra, no fue una casualidad, sino fruto de una estrategia deliberada de la CAEM que buscaba respaldar el proceso con el apoyo y la participación popular.

La campaña de difusión con que contó la restauración del edificio desde sus inicios fue el resultado de una intención manifiesta desde el comienzo de la puesta en valor. La CAEM se encargó de relacionar la obra con la comunidad a través de redes sociales y medios de un plan de comunicación en general. La iniciativa no buscaba difusión solamente, sino que intentaba establecer una conexión con la comunidad que aportara datos materiales e inmateriales que enriquecieran el acervo en construcción del edificio y permitiera la reconstrucción de detalles de los que no se tenía información (GCBA, 2021). No fue menor la convicción de que tanto la memoria colectiva como las experiencias individuales resignificar el valor histórico y cultural de los bienes patrimoniales.

Al mismo tiempo que la CAEM se encargaba tanto de la restauración como de su conexión con la comunidad, se creó la Comisión de seguimiento para la puesta en valor de la Confitería del Molino, un foro permanente que funciona desde la expropiación de 2017 y

se encarga de generar actividades como exposiciones, conferencias y concursos. Entre algunos de sus objetivos se establece promover la valoración y protección del edificio y colaborar a que prevalezca el interés público, articulado con el Estado. Esta comisión lanzó la convocatoria “Yo también estuve en la Confitería del Molino” para reunir testimonios de eventos realizados en los salones que reflejaran el apogeo y costumbres sociales de la época de su mayor esplendor (Árias Incollá, entrevista, 19 de septiembre de 2024).

Como se dijo, la participación ciudadana es impulsora de la valoración del patrimonio ya que fomenta la apropiación del bien patrimonial y promueve un sentido de pertenencia. Por caso, el involucramiento de los vecinos resultó fundamental para la recuperación de la Confitería. Además de aportar valiosos datos, permitió que la comunidad se identifique con el edificio y su historia. Esta participación no sólo legitima el proceso de patrimonialización, sino que también fortalece el vínculo emocional entre la comunidad y el bien preservado (GCBA, 2021). El vínculo emocional, como se verá, es una herramienta de valoración del patrimonio que también puede conducir a su museificación.

Entre los actores legitimados se percibe la misma emotividad que envuelve los relatos de los vecinos que dejan su testimonio en las redes sociales del Edificio del Molino. “Decir que estamos trabajando en la recuperación de la Confitería es un sueño que se hace realidad” (Capano, 2021, p. 86). “Desde que comenzamos a trabajar en el proyecto de ley para la recuperación de la Confitería del Molino, supimos que estábamos ante un umbral, una puerta abierta hacia esos sueños” (Cabanchik, 2021, p. 9).

Del análisis de material visual/auditivo subido a Instagram en @HistoriasdelMolino, se recaban las emociones de los vecinos frente al proyecto. Los protagonistas son personas que trabajaron en el lugar, se casaron allí o festejaron su cumpleaños de quince. Invitados a conocer los salones restaurados a nuevo, dejaron un conjunto de impresiones que se sintetizan en emoción, nostalgia, alegría, sentimiento de un sueño cumplido, agradecimiento y orgullo, entre otros. Según María de las Nieves Árias Incollá (entrevista, 19 de septiembre de 2024), las cargas emotivas transforman más fácilmente un edificio en patrimonio.

Una de las circunstancias determinantes para la movilización en defensa del Molino fue la sensación de que su pérdida definitiva era una posibilidad. En 1997, la Confitería se cierra por pedido de sus propietarios: “Querían que se caiga a pedazos y construir en altura, pero se encontraron con el inconveniente de que fue declarado monumento histórico y después lo cataloga la Ciudad con la máxima protección, entonces la idea era dejarlo caer” (María de las Nieves Árias Incollá, entrevista, 19 de septiembre de 2024).

Los testimonios de los invitados a las visitas guiadas durante la restauración confirman el mismo temor. Edmundo, quien trabajó en la Confitería entre 1980 y 1992, acercó fotos a la CAEM que sirvieron para restaurar y reponer piezas del edificio y de la decoración. Asegura que siempre tuvo miedo de que este edificio desapareciera, se derrumbara por el abandono (Gómez, 2022). El estado lamentable en el que el edificio permaneció durante años provocó distintas manifestaciones de repudio, como el abrazo al Molino de las cátedras de la FADU-UBA cuando estaba en la peor de las condiciones y las colas de gente para entrar a la Confitería en La noche de los museos comenzó a ser récord. La gente quería ver qué había pasado en la Confitería cuando todavía estaba en ruinas (María de las Nieves Árias Incollá, entrevista, 19 de septiembre de 2024).

La dimensión sentimental que envuelve al edificio y su restauración aparece también en los medios de comunicación. La nota “La Confitería del Molino reabrió sus puertas: cómo es visitar el edificio restaurado”, rebosa de emotividad. Aparecida en el diario *La Nación* el 8 de julio de 2022 cuando se abrió la Confitería al público, un día antes de cumplir los 106 años, la crónica muestra a ex trabajadores de la firma visitando los salones recién restaurados.

Maricarmen Giordano festejó en el salón de baile sus 15 y su casamiento. Su papá fue proveedor de flores que se distribuían en los centros de mesa. Con lágrimas en los ojos, desplegó su álbum de fotos blanco y negro, buscando los rincones para revivir esos momentos felices. (...)

Fernando Miño trabajó durante 36 años en el servicio de lunch de la confitería. Con 81 años y lágrimas en los ojos, hoy revivió buena parte de su historia (...)

Silvia Di Marzo y Marcelo Simonelli... se casaron en la confitería el 22 de marzo de 1986... ‘Bailamos como locos’, recuerda Silvia, con lágrimas en los ojos (Urfeig, 2022).

La conexión emocional con el pasado puede dar como resultado una retórica nostálgica, o ser el resultado de ella. Pero esa nostalgia también selecciona los aspectos del pasado que son más útiles para construir una identidad social (Mayoral Campa, 2001). Como se mencionó anteriormente, el proceso de selección puede ser influido por el discurso ideológico dominante y puede construir una memoria sesgada del pasado. Más allá de esto, es seguro que la nostalgia vincula a los edificios patrimoniales con un pasado idealizado.

Todo lo que ocurre con la Confitería del Molino vinculado a la nostalgia colectiva e individual no es casualidad: es consecuencia directa de que los criterios de patrimonialización fueron cambiando a partir de la segunda mitad del siglo pasado y fueron incorporando las preferencias populares, guiadas por criterios emocionales. Gracias a la formación de equipos multidisciplinarios a los que se sumaron profesionales de las ciencias sociales, los criterios de patrimonialización giraron a favor de una mirada humanista que empezó a tomar en cuenta la emotividad y la memoria popular (María de las Nieves Árias Incollá, entrevista, 19 de septiembre de 2024).

Emoción y memoria se convierten en términos afines en el campo popular, los recuerdos, individuales o colectivos, se nutren de lo emotivo dando paso a la nostalgia y esa combinación nutre los argumentos de validación. “La memoria ancla sus recuerdos en sitios donde sucedieron hechos que signaron la historia de una comunidad” (GCBA, 2021, p. 5). Pero en el Molino más que en ningún otro bien patrimonial, la memoria es una construcción colectiva a través de los recuerdos individuales. “El Molino es, en términos patrimoniales, un palimpsesto de memorias individuales y colectivas” (Capano, 2021, p.86). “Espacio mágico que crece en la memoria de los que vivieron allí sus grandes celebraciones personales y familiares” (Cabanchik, 2021, p.9). Se puede recordar el párrafo de la Memoria descriptiva del Edificio del Molino (2021) que intentaba asociar su crecimiento y vida al del Palacio del Congreso señalando que ambos eran soporte de la memoria histórica en un momento clave para la creación de una identidad republicana en la Argentina.

La intervención en este monumento histórico fue abordada por primera vez en la Argentina desde una perspectiva multidisciplinar que juntó a especialistas de arquitectura,

antropología, historia, expertos en temas de memoria y cultura, ingeniería, arqueología, restauración y fotografía. A lo que se sumó el compromiso de realizar todas esas tareas con la participación de los ciudadanos (Capano, 2021). Para el arquitecto Guillermo García, toda la empresa de rescate del edificio tiene que ver con la memoria (Guillermo García, entrevista, 12 de mayo de 2023).

El Molino nunca fue exclusivamente un lugar en el que se daba cita la alta burguesía porteña, ni un espacio de debates políticos o de encuentros literarios. Absorbió las influencias culturales que se daban alrededor de ese lugar privilegiado del entorno urbano porteño y se convirtió en un “lugar de memoria” influido por la gente y por los acontecimientos, tanto como influyó en ellos (Thissen, 2011).

3.3. Conclusiones del Capítulo 3

En este capítulo se muestra a la Confeitería del Molino como un caso singular dentro de las patrimonializaciones realizadas por la CNMMLH en su historia. Es el único de uso original predominantemente comercial, el único de estilo modernista y su declaración llega con unos veinte años de retraso respecto de otros edificios de la misma época. Si bien su ubicación estratégica explica en gran medida la importancia simbólica que adquirió con el paso del tiempo, las condiciones recién explicadas permiten explicar un cambio en la mirada sobre qué comenzó a ser considerado patrimonio con el paso del tiempo y qué opiniones comenzaron a ser consideradas con mayor peso en la toma de decisiones.

Por caso, la opinión de expertos y políticos era predominante en comienzos de la década del '40 y, como se vio, la participación de organizaciones sociales se convirtió en el motor de los procesos de patrimonialización en el Siglo XXI, como evidencia la Confeitería. Este proceso se explica porque se licuaron los significados sociales originales del Molino: de ser emblema de los gustos y patrones culturales de la naciente burguesía inmigrante que buscaba diferenciarse de la oligarquía terrateniente, pasó a formar parte de un nuevo relato que engloba a toda la producción arquitectónica porteña de la *Belle Époque* como representación de una época dorada y aristocrática de Buenos Aires.

Por otro lado, en este capítulo se presenta al proceso de puesta en valor en una nueva dimensión épica de la patrimonialización, como parte de la construcción de una retórica del valor. Así, la restauración deja de ser sólo una operación técnica destinada a preservar el bien, para convertirse, además, en un dispositivo narrativo que borra las huellas del paso del tiempo para restituir al edificio las condiciones simbólicas y las de valoración de un objeto del consumo. Al priorizar la recuperación de la apariencia a nuevo, la restauración de la Confitería refuerza sus cualidades visuales. Condición que se convierte en rasgo central de las campañas de difusión de la obra, como las visitas guiadas, la cobertura mediática y la estrategia de identidad visual. De la misma manera que es utilizada la participación ciudadana como validación del proceso de rescate y puesta en valor.

El énfasis puesto en restablecer una apariencia a nuevo contribuye a los objetivos del marketing urbano y del turismo cultural, pero también contribuye a su museificación toda vez que prioriza la imagen por sobre la experiencia espacial que propone la arquitectura. En este proceso, la nostalgia y la búsqueda identitaria también condicionan el tipo de restauración orientada a preservar la apariencia del Molino, en tanto construye una imagen urbana exportable, vinculada a la época de esplendor de Buenos Aires. Pero, además, estas búsquedas y estrategias condicionan también la elección de usos al priorizar actividades que no comprometan la integridad del bien (centro cultural y museo del sitio) o que ofrezcan una experiencia de consumo del pasado (confitería).

La sacralización del edificio, la sobrevaloración de su apariencia por sobre otras cualidades de la arquitectura, la restauración a nuevo y la utilización de su imagen como clisé identitario y turístico conducen a que la Confitería se convierta en una pieza de museo urbano, un objeto dispuesto para su mera contemplación y para el consumo del pasado. Desde esta perspectiva, el caso de estudio constituye un modelo estándar de intervención sobre patrimonio y convoca a diseñar alternativas programáticas, espaciales y de gestión que permitan mantener el valor patrimonial sin condenar al edificio a su museificación.

Capítulo 4. El camino hacia la museificación

Este capítulo articula el andamiaje teórico–conceptual de los primeros capítulos y el análisis empírico del caso de estudio desarrollado en el capítulo anterior que reconstruye la patrimonialización y restauración de la Confeitería del Molino. Mientras en los capítulos iniciales discuten la nostalgia, la identidad, la construcción social del valor patrimonial y la espectacularización de la arquitectura como proceso que conduce a la museificación de los edificios patrimoniales, aquí se abordan las decisiones concretas sobre el edificio conducidas por esas lógicas. Qué se hace con el edificio, cómo se lo usa, cómo se lo muestra y qué sentidos construye. El objetivo de este capítulo es mostrar que la museificación del Molino es el resultado de una narrativa nostálgica e identitaria que privilegia la imagen y el consumo visual por sobre los usos sociales.

Aquí se propone analizar los mecanismos que conducen a la museificación del caso de estudio, entendida como la separación del edificio del conjunto de usos contemporáneos significativos para convertirlo en pieza de museo a escala urbana, principalmente destinada a la contemplación. La Confeitería es abordada como un caso testigo que permite formular pautas de lectura para otros edificios patrimoniales sometidos a procesos de restauración, puesta en valor y explotación simbólica similares. El capítulo identifica las herramientas que actúan en el proceso de museificación pero muestran cómo las mismas operaciones pueden reforzar al objeto patrimonial dentro de la trama viva de la ciudad. El capítulo abre un campo de reflexión para el diseño arquitectónico, entendido no sólo como producción de forma, sino como articulación entre valores simbólicos y modos vitales de habitar.

En primer lugar, aquí se examina la patrimonialización como un proceso de sacralización del bien y la puesta en valor como un instrumento para su museificación toda vez que destaca la apariencia por sobre otros valores de la arquitectura. Más allá de constituir una garantía de conservación del Molino, su patrimonialización es leída como operación singular que enfatiza su carácter de legado para la construcción de un tejido histórico y urbano determinado. En cuanto a la puesta en valor, al borrar las huellas del paso del tiempo y recuperar algunos ornamentos por sobre otros, la restauración refuerza una imagen

atemporal del edificio que tiende a volverlo intocable, más cercano al carácter de una pieza de museo que al de un espacio para realizar prácticas urbanas contemporáneas. Para el campo del diseño arquitectónico, este enfoque muestra que las decisiones de restauración, como qué se conserva como huella del paso del tiempo y qué se repone a nuevo, forman parte de un proyecto de sentido al que se puede optar desde una posición ética o filosófica. Reconocer esas alternativas permite vislumbrar que la sacralización absoluta del bien no es una condición ineludible, se pueden introducir usos contemporáneos que resulten relevantes para el común de la vivencia urbana sin pervertir al objeto, más bien agregándole valor.

Para estudiar las decisiones específicas que construyen la museificación del Molino se analizan tres planos concretos que explican la hipótesis: la causa formal, la causa funcional y la causa simbólica. Aquí se aborda el sentido de la palabra causa tanto como el motivo que da origen a una consecuencia como el fundamento de esa acción.

La causa funcional aborda la manera en que los programas y los usos elegidos para el edificio orientan o resisten su museificación. El relanzamiento de la confitería, la recuperación de recetas y servicios originales y la creación de un museo del sitio y de un centro cultural se muestran como instrumentos para la creación de un simulacro del pasado más que en una actualización vital del edificio. En el área del aporte a la disciplina del diseño arquitectónico, este análisis permite establecer el valor de la elaboración del programa para establecer una vitalidad contemporánea del edificio. Esto implica eludir las típicas recetas culturales de crear museos o renacer funcionalidades históricas. De esta manera se abre un enorme campo proyectual para explorar mezclas de usos, articulaciones funcionales y dispositivos espaciales que integren prácticas cotidianas que no excluyan el interés cultural y turístico.

El análisis de la causa formal está centrado en la especial preocupación por recuperar la apariencia del edificio, crear una imagen determinada y su circulación en medios de difusión y redes sociales. La restauración a nuevo, las decisiones de acabado, la iluminación de la envolvente y los encuadres privilegiados en fotografías y piezas de comunicación construyen al Molino como un icono visual apto para el consumo turístico y el marketing urbano. Esta

espectacularización de la apariencia corresponde a una preponderancia de la percepción visual donde la arquitectura deviene en una escenografía fotografiable antes que en un espacio del habitar. Este enfoque explica cómo las decisiones formales implican consecuencias mediáticas y políticas más allá de las estéticas. En términos de la disciplina del diseño, el proyecto se revela aquí como una opción entre la construcción de un fetiche o la de un soporte de la experiencia humana.

Finalmente, la causa simbólica está vinculada a las narrativas identitarias que construye la Confitería, así como los ritos cívicos, la participación comunitaria que permite y las características del entorno urbano al que contribuye. Se analizan los relatos que lo convierten en emblema de una época dorada de Buenos Aires, los eventos y rituales que lo sacralizan y las formas de participación que refuerzan su carácter de icono antes que lugar vivido. Al mismo tiempo, se identifican prácticas y discursos que abren la posibilidad de un vínculo más cotidiano y democrático con el edificio y su entorno.

Para el campo del diseño arquitectónico, este eje implica reconocer que proyectar sobre patrimonio no es solo intervenir materia y programa, sino también operar sobre el régimen de significados: la arquitectura puede ser empleada para consolidar una memoria homogénea y nostálgica o para alojar memorias conflictivas, usos diversos y relatos plurales, en los que el edificio funcione como soporte de nuevas formas de ciudadanía y no solo como altar de un pasado embellecido. En conjunto, el capítulo construye un mapa de causas y mecanismos que explican el camino hacia la museificación de la Confitería del Molino, al tiempo que señala, en cada plano, los puntos en los que el diseño arquitectónico puede introducir giros, matices o resistencias. Al mostrar que la museificación es el resultado de la articulación entre decisiones patrimoniales, funcionales, formales y simbólicas, y no un destino inevitable, este capítulo ofrece al campo del diseño un marco para evaluar el carácter de intervenciones que contribuyan a la capacidad del edificio para fomentar una vida contemporánea significativa, apropiación y cambio.

4.1. Sacralización y museificación, procesos, herramientas y simulacros

En función del análisis previo, se comprende que los procesos que contribuyen a la sacralización de la Confitería del Molino accionan mediante diferentes herramientas: la patrimonialización del edificio, que podría ser considerada la herramienta inicial para su museificación, opera tanto en la causa formal como en la simbólica (Pérez Winter, 2020).

Por su parte, la unción del edificio como monumento histórico distingue los valores artísticos del Molino entre el resto de la construcción urbana y los destaca como irrepetibles. Estos valores son propios del objeto, pero la mera patrimonialización los pone en escena de forma instantánea. A esto se suman las tareas de restauración que prometen devolver el brillo perdido de su arquitectura, valorando a la apariencia sobre otras cualidades y, como se explicó anteriormente, somete a su imagen a un proceso de espectacularización.

La misma patrimonialización opera en la causa simbólica. Cualquiera sea el valor del edificio, la declaratoria le confiere carácter histórico oficial. Ese simple acto pone en relieve todos los valores simbólicos que el edificio tuviera, los revive, los refuerza y le agrega nuevos (Pérez Winter, 2020). Otra medida burocrática que tiene efectos inmediatos en la causa simbólica es la de la expropiación del edificio. Esta no sólo hace pública la importancia que las autoridades y los expertos le asignan a la pieza, sino también la urgencia de protegerla ante el riesgo de desaparición. En el mismo sentido opera la protección específica que recibe el edificio en tanto monumento histórico, los planes para su puesta en valor y la efectiva restauración mostrada como una proeza técnica.

En el campo de las causas simbólica y artística, la restauración de la Confitería del Molino también se constituye en una herramienta que podría conducir a la museificación mediante la espectacularización de su apariencia. Así, la nostalgia y la búsqueda de una imagen identitaria para Buenos Aires empujan a una reconstrucción escenográfica del exterior y de los espacios públicos del edificio en la que todo aparenta ser antiguo y nuevo a la vez (Wortman & Bayardo, 2012).

El pasado vuelve a aparecer como una simulación cuando se propone que la oferta gastronómica del futuro establecimiento comercial que funcionará en las primeras plantas

repita los menús originales, una suerte de espectacularización nostálgica de la experiencia del usuario. Esto podría constituir una representación ficticia de la vida del siglo XX desconectada de las contingencias contemporáneas, un simulacro que refuerza el vaciamiento de las pulsiones vitales que podrían ligar el edificio con la vida efectiva de la ciudad y de la sociedad actuales.

El mismo simulacro se construye con la atención a la forma que muestra la reposición de los ornamentos más llamativos del exterior y el olvido de otros menos notables. O la reproducción de terminaciones de apariencia similar a las originales pero realizadas con nuevos materiales y técnicas. Estas acciones que refuerzan el carácter simbólico y artístico de la pieza construyen su venerabilidad, por consiguiente, la empujan a la esfera de lo intangible, la sacralizan.

Por otro lado, las actividades a las que será destinado el edificio representan las principales herramientas que construyen la causa funcional de la museificación de la Confitería. Por caso, la Ley 27.009 que la declaró de utilidad pública y sujeta a expropiación, también estableció el destino que tendrá el Molino. En sus pisos altos funcionará un museo dedicado a la historia de la Confitería y un centro cultural, mientras que el subsuelo, la planta baja y el primer piso estarán destinados a funcionar como confitería, restaurante, espacio de elaboración de productos de panadería, pastelería o usos relacionados (Ley 27.009, 2014).

Si bien la sola adjudicación del nombre de museo no implica la museificación del edificio, esta asignación funcional parece posibilitar la pérdida de su vitalidad urbana toda vez que alude a un uso que comúnmente es considerado como reservorio de la alta cultura para el consumo pasivo (Wortman & Bayardo, 2012). Es cierto que el museo moderno dejó de ser un espacio elitista y se puede convertir en un medio de difusión y concientización cultural. Pero no es menos cierto que en este nuevo papel, el arte y la crítica construyen una espectacularidad que reclama el consumo cultural contemporáneo que puede resultar también una ficción.

La combinación de arte y crítica resulta eficiente en términos de difusión, pero corre el riesgo de ofrecer una maratón de representaciones artísticas destinadas, una vez más, a la

contemplación pasiva (García, 2018), corre el riesgo de espectacularizar su contenido. Esto también podría conducir a la museificación del Molino toda vez que lo percibido como auténtico y decisivo en la vida urbana dejara de serlo para convertirse en un simulacro.

Los usos asignados al museo, dedicado a la historia del Molino, y al centro cultural, destinado a actividades artísticas, implican un mayor riesgo de museificación de estos espacios, condición que podría extenderse a todo el edificio. Sin embargo, vale la pena analizar otros ámbitos que albergan mayores esperanzas de sortear la causa funcional que conducen a su sacralización, como es el caso de la planta baja, el primer piso y los subsuelos de la vieja confitería, destinados a cumplir una función comercial, similar al que tuvieron en algún momento.

4.2. La causa funcional y el destino manifiesto

Un pensamiento de sentido común podría concluir que sólo es posible proteger un edificio patrimonial si es convertido en museo, si se asegura tanto el disfrute público pasivo como su inalterabilidad. Desde esta óptica, un edificio patrimonial tiene el inexorable destino de convertirse en un museo, y en la medida que su protección se extremara, perdería su utilidad original para convertirse en un elemento inerte, una pieza al margen de la vida real vista como un riesgo. En definitiva, se museificaría. Sin embargo, una mirada rápida a los usos que albergan los edificios que componen patrimonio de la Ciudad de Buenos Aires contradice ese prejuicio inicial.

En efecto, contabilizando los edificios habitables declarados patrimonio por la CNMLBH se puede ver que el 14,7% son construcciones religiosas; el 28,4%, edificios laicos privados que han conservado sus usos originales o adquirido otros de similar característica a las iniciales; y el 31,3% son también edificios que han mantenido usos originales, pero de propiedad estatal, ya sea nacional o de la Ciudad, así como de entidades oficiales. Esto deja un 25.6% de edificios patrimonializados cuyo destino actual es el de museo o centro cultural.

Por otro lado, de la suma total de los bienes patrimoniales de propiedad estatal en cualquiera de sus tipos, el 55% tiene destinos comunes y el 45% son museos, memoriales o centros culturales. La Confitería del Molino se encamina a engrosar ese porcentaje.

Se podría sostener que ese guarismo es alto, pero, como se mencionó anteriormente, la condición de museo no implica la museificación del edificio: esta depende del grado de aislamiento y pérdida de importancia que el edificio tenga para la vida efectiva urbana. De esta manera, aún convertidos en museos o centros culturales, estos edificios pueden eludir su sacralización echando mano a diversas estrategias del campo de la causa funcional. Los números muestran que el destino manifiesto que a priori se imagina para un edificio patrimonial no es necesariamente el que conduce a su museificación.

En este punto se hace necesario analizar en qué medida la patrimonialización de la Confitería del Molino asume el riesgo de su propia museificación y en qué medida contribuye a la museificación de su entorno. Para empezar, el impacto del edificio en el lugar procede tanto de su apariencia formal como con de su destino funcional. Como se verá más adelante, aun cuando la construcción eluda el peligro de sacralización o lo sufra, el contexto urbano inmediato se puede valer de su apariencia para construir una museificación a escala barrial. Es más, la valoración actual de los edificios patrimonializados depende, en gran medida, de su capacidad para recualificar su entorno (González Bracco y Hernández, 2021). Y las condiciones de mercantilización turística y de búsqueda identitaria que operan hoy sobre la ciudad hacen que la cualidad pretendida para los entornos patrimoniales produzca cada vez más su museificación (Wortman & Bayardo, 2012).

Así como funcionar como museo no implica la museificación del edificio, la museificación urbana tampoco es responsabilidad de la proliferación de lugares destinados a conservar la memoria y la historia sino de mecanismos más complejos que implican el diseño de espacios públicos y la manipulación de su imagen de acuerdo a las necesidades turísticas y de consumo espectacular del espacio urbano. Para evitar ese proceso se mencionan dos estrategias: crear diversidad funcional que promueva la vida cotidiana e integrar usos sociales

contemporáneos que promueva la apropiación activa del área por parte de sus habitantes (García, 2018).

4.2.1. Mixtura de usos contemporáneos

El área de Congreso, en la que se inserta la Confitería del Molino, es parte de lo que en Buenos Aires se entiende como Macrocentro. Se trata de una extensa porción urbana que se extiende alrededor del Microcentro porteño, el corazón histórico, administrativo, comercial y financiero de la ciudad, en el que esas funciones se dan con menor intensidad.

Desde la Pandemia de COVID19 en adelante, ambos sectores vienen experimentando un acelerado proceso de abandono de funciones terciarias dando como resultado oficinas vacías, locales cerrados y menor afluencia de público. Esta transformación disparó la necesidad de garantizar mayor concurrencia y uso a la zona. La respuesta oficial fue la de volver a residencializar el área promoviendo la creación de viviendas (Reporte Inmobiliario, 2021). La mixtura funcional es una buena noticia para el barrio de Balvanera, sobre todo en la zona del Congreso que tiende a convertirse en un área turística dado su peso simbólico y el abandono de funciones vitales y cotidianas. La promoción de usos residenciales, comerciales, culturales y de servicio podría evitar que el espacio público se destine al consumo pasivo, alentaría el intercambio social y contrarrestaría su sacralización y la pérdida de funcionalidad cotidiana.

En principio, los usos propuestos para el Molino coinciden con la imaginación inmediata de un destino para el patrimonio: funciones solemnes como museos, centros culturales o espacios de memoria más que actividades ordinarias (Rosas Mantecón, 2000). Como ya se dijo, la búsqueda colectiva de preservación del bien y de reforzamiento de su condición de emblema empuja a elegir funciones públicas y prestigiosas incluso si eso implica crear una distancia reverencial entre el bien y la vida diaria. En este sentido, una mixtura de usos más plebeyos permitiría una apropiación más contemporánea de la Confitería.

¿De qué manera puede la Confitería del Molino evitar su propia museificación y la del barrio, preservar autenticidad y vitalidad social? La primera respuesta es aportando diversidad funcional que se equilibre con la conservación patrimonial (Boschi Torre & Azar, 2012).

El actual proyecto de patrimonialización compromete una gran proporción de la superficie del edificio a funciones culturales. Es llamativo que la mayoría de esos espacios tuvieron un destino inicial como viviendas (Caride Bartrons, 2021). Esta última función es vista como generadora de diversidad social, condición indispensable para alimentar el dinamismo barrial. Como afirma Jane Jacobs (1961), la integración equilibrada entre usos residenciales, comerciales y laborales es fundamental para mantener la vida cotidiana activa y cercana en los barrios, favoreciendo así la diversidad social y la vitalidad urbana. Inclusive en el Plan Estratégico Participativo BA 2035 se destaca la importancia de la mixtura funcional para revitalizar el centro urbano, favoreciendo la convivencia de usos residenciales, comerciales y culturales, y promoviendo la accesibilidad y la sostenibilidad urbana (GCBA, 2017).

Se puede mencionar para futuras investigaciones que la Confitería del Molino engrosa el conjunto de edificios patrimoniales oficiales que, en su totalidad, han eludido destinos relacionados con lo residencial a pesar de sus ventajas urbanas. Esta situación no se repite con tanta rigidez entre los bienes patrimonializados de dominio privado, como es el caso de los edificios del Hogar Obrero, como el Juan B. Justo, el Ángel Giménez y el Conjunto de Villa Ortúzar, o el Kavanagh, por citar algunos ejemplos. Siendo la vivienda el uso más extendido, dinámico y significativo de la ciudad, su ausencia en el menú oficial abre varios interrogantes.

Así, la causa funcional es la que determina la capacidad de la Confitería de recobrar su calidad de espacio significativo para la vida cotidiana de la sociedad, su capacidad de ser experimentada antes de ser contemplada. Justamente, la museificación ocurre cuando el edificio pierde su valor de uso vital y se convierte en un objeto sacralizado, separado de la vida cotidiana y de una función significativa (Agamben, 2013).

4.3. La causa formal, apariencia e imagen

Como pudo evidenciarse en el desarrollo de la investigación, la imagen se ha convertido en un valor central de las ciudades para enfrentar la competencia por recursos y turismo global, y también en una herramienta para producir ciudad (Muñoz, 2008). En este trabajo se considera la imagen como una representación de la apariencia formal del edificio o de un entorno urbano con destino reproductivo y comunicacional.

En el caso de la Confitería del Molino, esta investigación se dedica a considerar dos cuestiones relacionadas con la causa formal: una es el conjunto de operaciones que distinguen la apariencia por encima de otras cualidades del edificio, y otro tema es el de los mecanismos de difusión de su imagen. Ambas acciones, que se encaminan a producir la espectacularización del objeto que conduce a su museificación, no sólo destacan las características intrínsecas de la Confitería sino también todo el proceso de su puesta en valor.

En los trabajos de restitución de la apariencia de la Confitería, como se explicó anteriormente, se reconoce un especial esmero en la reproducción a su estado original de los salones interiores, en donde se repusieron partes faltantes con métodos y materiales modernos que imitan la terminación superficial y visible de las originales (Anexo Cuerpo C, Figura 25). Esta dedicación por lo escenográfico se repite en el exterior en donde se evitó la distinción entre partes originales y repuestas. Por caso, ante la imposibilidad de repetir la factura original de las tejas doradas del último piso, fueron repuestas con materiales de similar forma y color (Guillermo García, entrevista, 12 de mayo de 2023). Curiosamente, la memoria descriptiva de la recuperación de la Confitería señala lo contrario. En su apartado Principios de la Restauración se establece como objetivo: “La legibilidad o diferenciación de las reintegraciones realizadas. Siempre deberá distinguirse lo original de lo restaurado o añadido; de lo contrario se puede confundir la lectura de lo auténtico” (GCBA, 2021. p. 6).

Por otro lado, la especial atención que recibió la apariencia exterior se hace visible en los detalles más espectaculares de la envolvente. Tal es el caso de los leones alados que fueron reconstruidos por computadora a partir de fotos aportadas por los vecinos. Dispuestos en la base de la torre cúpula, estas piezas que pesaban 200 kilogramos cada una habían

desaparecido hace décadas y se convirtieron en uno de los objetivos principales de la restauración (Anexo Cuerpo C, Figura 26). Sin embargo, no fueron merecedoras de la misma preocupación y esmero ornamentos que podían resultar menos llamativos para el observador, como las ménsulas faltantes debajo los balcones que dan sobre Avenida Callao (Fabio Grementieri, experto en patrimonio arquitectónico, entrevista, 24 de agosto 2024).

Otro caso es el del pararrayos original que fue detectado cuando se buscaban datos para reproducir los leones alados. Un video de la década de los '60 dio cuenta de su pasada existencia, y fue repuesto, aunque ya no era necesario porque el del vecino Palacio del Congreso lo suplantaba (Mejía, 2021).

Cabe recordar que el mismo edificio Del Molino nació con pretensiones de hito urbano, condición centrada en su apariencia. Su inusual estilo *Art Nouveau*, que para ese entonces constituía la vanguardia arquitectónica europea, la forma y altura de la torre cúpula con luz interior y ocho vitales en gajo, más el singular molino, resumían un carácter festivo acorde al destino pretendido para el emprendimiento (GCBA, 2021). En estos términos, la reconstrucción no hace más que devolver el brillo original y las mismas aspiraciones urbanas que el edificio tenía más de un siglo atrás. Siguiendo el análisis de Riegl (1903) toda la operación sobre el Molino estaría reemplazando su valor de antigüedad por uno de contemporaneidad ligado al patrimonio como bien de consumo.

El proceso de restauración resalta las condiciones espectaculares de la apariencia de la Confitería, mientras que la puesta en valor incluye una aceitada estrategia de comunicación que destaca aspectos visuales y simbólicos del edificio, así como la proeza técnica de su reconstrucción. Este énfasis por destacar la ejemplaridad y la dificultad de las tareas recuperación del molino también ayuda a que el edificio sea percibido como el resultado de una gesta épica y costosa que lo convierte en un objeto apenas dispuesto para su contemplación, intocable en tanto monumento y en tanto fruto de un esfuerzo titánico. Esta espectacularización de la estética del edificio y de la performática de su restauración contribuye a la sacralización del objeto, a su museificación (Huyssen, 2006).

4.3.1. Prensa y comunidad

Cada paso de la restauración de la Confitería contó con un especial esmero en la comunicación con la prensa y con los vecinos. Como se dijo, la difusión estuvo centrada en destacar los aspectos visuales y simbólicos del edificio, así como la épica de su restauración.

Por ejemplo, la puesta en funcionamiento del molino que luce en el frente del edificio demandó cinco meses, plazo que fue difundido especialmente como una proeza técnica, destacando la puesta a punto del motor, del sistema de traslación de poleas y la reconstrucción de piezas que se presentan como “imposibles de reponer” (Mejía, 2021). Es necesario destacar que estos desafíos técnicos menores adquieren mayor significación dada la importancia simbólica de la pieza antes que por su complejidad ya que el pequeño molino del frente es un emblema icónico del edificio. Cabe preguntarse si los aspectos más llamativos de la Confitería recibieron mayor atención que otros menos distinguibles para el público.

Las plataformas digitales y las redes sociales que se usaron para comunicar los avances y presentar detalles de la restauración también sirvieron para registrar las visitas programadas durante la obra, así como para difundir campañas de recolección de datos y testimonios de la historia del lugar entre los vecinos. La estrategia comunicacional estuvo enfocada en aumento de la visibilidad y espectacularización del edificio, la consolidación de su imagen como museo, la valoración de los trabajos de restauración y el involucramiento público. Esto contribuyó a la transformación del edificio en un icono visual, transformando no sólo a la arquitectura en una experiencia estética y simbólica, sino también a todo el proceso de restauración. Consecuencia de lo cual, el edificio quedó desvinculado de cualquier otra función vital y sustantiva para la ciudad.

Como se expuso, hasta el diseño de las visitas guiadas con cupo limitado constituyen una ritualización del proceso restauratorio, lo que construye el mito del edificio como hito con un simbolismo distinto a la original (Rossi, 1982). La sobrevaloración de la apariencia del edificio está presente en todo el proceso de puesta en valor, tanto en las tareas técnicas de preservación material y de restauración escenográfica como en la difusión de esos trabajos.

Las campañas de prensa registraron singular sincronidad y notable eficiencia en distintos medios escritos y páginas web. Para comprobar estas cualidades basta con comparar el contenido difundido por los canales oficiales, que se entienden más apegados a la estrategia institucional, y su replicación en los medios. Por caso, las notas aparecidas en redes gubernamentales sobre la restauración titulaban: "La fachada de la Confitería del Molino ya se puede ver restaurada" (Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2025-05-26), y "Fotogalería de la vuelta de la Confitería del Molino" (Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires 2025-04-25). Éstas correspondieron casi textualmente a publicaciones que se centraron en mostrar el antes y el después de la Confitería como es el caso de: "El impactante antes y después de la histórica Confitería del Molino luego de su restauración" (Infobae, 2021-01-10); "El antes y después de la Confitería del Molino: sus cambios más impactantes en fotos" (La Nación, 2021-01-07); "La Confitería del Molino, antes y después. Recorrido interactivo", (Página 12, s/f); "El antes y el después de la Confitería del Molino restaurada" (El Destape Web, s/f).

Similar efecto se comprueba en los artículos relacionados a la mencionada restauración de las aspas del molino, episodio que aparece en los medios oficiales: "La fachada de la Confitería del Molino ya se puede ver restaurada " (Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2021-01-11). Y en la prensa independiente se replica en artículos como: "Así está la Confitería del Molino en plena restauración: volvieron a girar las aspas" (Ámbito, 2021-01-07); y en "Confitería del Molino: las aspas originales volvieron a girar después de 60 años" (La Nación, 2021-01-21).

La culminación de los principales trabajos del frente se reflejó también en fuentes oficiales: "La Confitería del Molino ya se puede ver sin andamios" (Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2025-05-26). Contenido que se replica en su contraparte periodística: "La Confitería del Molino cumple 105 años - La espectacular recuperación de su fachada sin andamios" (La Nación, 2021-07-09).

La difusión de las obras en los medios siempre formó parte del proceso de puesta en valor, se convirtió en un componente activo de la patrimonialización, pero, como se vio,

algunas líneas de acción desvincularon a la Confitería de una función vital y significativa para la ciudad, presentando al lugar como un espacio de memoria y experiencia estética. Estas estrategias discursivas dialogan con el uso de la nostalgia en el marketing que se explicó anteriormente (Belk, 1990; Cui, 2015). La apelación a un pasado idealizado, la recuperación de signos reconocibles y la insistencia en la vuelta del ícono activan un consumo simbólico del pasado. En el caso del Molino, Las campañas de prensa y los medios generan un aura retro que favorece su apropiación como producto cultural. Pero, al priorizar la imagen, la estética y la restauración estética del edificio, la comunicación deja de lado otras cualidades de la causa funcional y de su significación social.

4.4. La causa simbólica

Como se explicó anteriormente, la museificación de la Confitería recorre varios caminos convergentes. Por caso, la patrimonialización efectiva del edificio, su declaración como Monumento Histórico lo convierte en una pieza destacable de la ciudad (Pérez Winter, 2020). Sus valores artísticos e históricos alcanzan una venerabilidad que antes no tenían por más que los especialistas o el público considerara al edificio un bien valioso. Hay que destacar que previo a su patrimonialización, varias iniciativas de organizaciones de defensa del patrimonio histórico y cultural defendieron el valor y la necesidad de preservar el edificio (Blasco, 2021). Pero, a partir del momento en que se convierte en Patrimonio Histórico, todos los valores simbólicos del edificio reviven, se renuevan y se incorporan otros.

En el caso de la Confitería del Molino, la expropiación del edificio también refuerza su importancia y convierte a la necesidad de evitar su desaparición en un caso urgente. En el mismo sentido opera la prohibición a intervenir la construcción sin un plan general previamente autorizado, de igual manera que la confección del mismo plan que incluye las medidas para la restauración del bien.

La percepción de que un edificio detenta algún valor es imprescindible para su selección, preservación y conservación. En el caso de la Confitería, el valor simbólico asignado por la sociedad y el asignado por las voces legitimadas como la de los especialistas

no se dejó de notar aún antes de su cierre y abandono. La valoración oficial, vinculada a actos oficiales de selección y protección, tardó más, como se explicó anteriormente. Esta descoordinación en la aparición de los diferentes actores permitió que el proceso de patrimonialización del Molino, y su posterior puesta en valor, incorporara nuevos criterios de preservación en los que el costado emocional cobra mayor importancia (María de las Nieves Árias Incollá, entrevista, 19 de septiembre de 2024).

Así, la recuperación de la Confitería se presenta como una gesta de rescate popular, condición que refuerza un valor simbólico ligado a la memoria y a la identidad colectivas que la sociedad le atribuye, más allá de los valores históricos y arquitectónicos propios. Este proceso conduce a la sacralización del objeto y su significado, cristalizando una narrativa centrada en la valoración nostálgica que reedita los valores de un pasado idealizado (Huyssen, 1995, 2006).

Por otro lado, como se dijo, la puesta en valor de un bien patrimonial incluye un plan de restauración física del bien y otro de revitalización de sus significados sociales y culturales. En la Confitería, el plan estuvo orientado a rescatar la apariencia original y a difundir la singularidad de su arquitectura a través de su imagen lo que la sometió a su espectacularización, condición clave en la causa simbólica de la museificación.

Entre otras herramientas, el plan de revitalización de significados sociales y culturales del Molino incorporó una política de comunicación centrada en la difusión de narrativas nostálgicas e identitarias que buscaban involucrar al público en la recuperación del edificio y construir la épica de su restauración. En este camino, la apariencia adquiere preponderancia frente a otras experiencias que pudiera ofrecer su arquitectura (Jurado, 2022). Al mismo tiempo, las condiciones de mercantilización del patrimonio en términos turísticos y su papel en la competencia internacionales entre ciudades, ponen en primer plano las imágenes como vínculo identitario.

4.4.1. El mismo hito, un nuevo rito y el cambio de mito

Además de lo singular de su arquitectura y forma (Caride Bartrons, 2021), la importancia del Molino se fortalece por las condiciones específicas de su emplazamiento, frente al Palacio del Congreso y parte de uno de los escenarios más representativos de la institución republicana argentina (González Bracco, 2019). Desde ese lugar, la Confitería es parte constitutiva la narrativa urbana (Norberg-Schulz, 1980), expresión física de las historias y experiencias que hacen a la identidad colectiva y que se construyeron en base a los ritos de consumo social que posibilitó (Rossi, 1982).

Con los años, los hábitos de consumo de la clase media cambiaron tanto que la Confitería dejó de ser sustentable económicamente, lo que llevó a su cierre. Sin embargo, desaparecido el viejo rito de las fiestas, el té con masas y la pastelería de calidad, el plan de puesta en valor estableció un nuevo rito compuesto por visitas guiadas con cupo limitado, una invitación a conocer los avances de la restauración y la historia del edificio. Ese proceso, en forma deliberada o no, modificó el mito original ligado a la ciudad al cambiar una de las componentes de la trilogía de Norberg-Schulz (1980). Como se verá, esa transformación alimenta la causa simbólica que abona el camino de la museificación del bien patrimonial.

Según Rossi (1982) el mito urbano resulta del origen simbólico a la ciudad inscripto en sus monumentos. El rito, por su lado, mantiene vivo ese simbolismo en la memoria colectiva. Desde esta perspectiva, la Confitería constituye en un testimonio físico de múltiples significados. Es parte de la escena simbólica republicana de la que es parte la Plaza del Congreso, el Palacio del Congreso y todo el entorno; es testigo supérstite de una época idealizada con una arquitectura singular e irrepetible; y, por último, es contenedor de nuevos rituales sociales y conmemorativos que ya no son una experiencia de lujo, sofisticación y consumos suntuarios de alta calidad del pasado.

Más bien, el edificio contiene la celebración del lugar en el que sucedieron esas experiencias. Allí se reconocen y admiran esas condiciones de consumo y se celebran como parte de una herencia común. Lo mismo ocurre con los logros de la restauración, cuya maestría se elogia como parte de la gesta que devolverá el brillo perdido al edificio.

El nuevo rito nació como parte de la estrategia para involucrar a vecinos y testigos de la vida del Molino y conseguir el aporte de datos para su puesta en valor, pero construye el valor mismo de la restauración y una épica mediante las campañas de prensa y el diseño de las visitas guiadas. Esta valoración simbólica del edificio conduce a su sacralización toda vez que lo convierte en un objeto de veneración. Las mismas visitas encarnan una suerte de rito religioso remarcando lo alejado que ese lujo y esas técnicas están de la vida diaria actual.

Aquí se sostuvo que el rito de consumo al que alguna vez convocó el lugar fue reemplazado por el rito de la celebración del consumo que tenía. Sin embargo, es importante aclarar que el plan de puesta en valor incluye la apertura de la Confitería como tal y prescribe la repetición de las recetas originales del establecimiento en un intento por proteger el legado inmaterial del Molino. Se podría afirmar que el rito original volvería a existir con esta iniciativa, salvo por el hecho de que las condiciones sociales de producción de sentido han cambiado con el tiempo.

Como se verá más adelante, el esfuerzo por preservar el patrimonio inmaterial del establecimiento puede perpetuar la nostalgia en tanto constituya un simulacro, la repetición de una experiencia del pasado sin anclaje auténtico y significativo con el presente (Mancini, 2016). En estos términos, el rescate de su patrimonio inmaterial puede alimentar aún más las causas simbólicas que conducen a la museificación de la Confitería.

El hito urbano que constituyó El Molino desde su creación sigue siendo el mismo: lo que cambiaron fueron sus significaciones. De ser el símbolo de una clase social naciente y de sus nuevos hábitos de consumo, el edificio pasó a una decadencia y abandono que hablaban de un tiempo pasado y perdido, ruina de una época. Con su patrimonialización y restauración, pasó a ser el símbolo reluciente de una época idealizada, templo para la rutina de la admiración. Un monumento que, en el mejor de los casos, funcionando nuevamente como confitería, intentará revivir la experiencia del usuario de antaño.

Como se ve, el nuevo rito refuerza la sacralización del objeto y su disposición como pieza de veneración contemplativa, fetiche del consumo cultural pasivo, separado de la esfera

de cualquier uso cotidiano significativo. El edificio se convierte en un espacio para el consumo cultural y la memoria, en lugar de un espacio de uso cotidiano (Agamben, 2013).

Además, los procesos de sacralización y museificación del Molino se apoyan en el vínculo afectivo entre el edificio y los ciudadanos, visible en campañas, redes sociales y narrativas que promueven la recuperación del patrimonio. En sintonía con lo observado por De Marco (2023), estos dispositivos afectivos contribuyen a fijar al Molino como un cronotopo, pero al mismo tiempo refuerzan su condición de objeto de contemplación más que de uso.

Sin embargo, el proyecto de recuperación de la confitería y salones de planta baja se relaciona con revalorizaciones recientes de cafés emblemáticos de la Ciudad de Buenos Aires, como el Tortoni, La Ideal o Los Angelitos. Este proceso se liga con los patrones de consumo contemporáneo que desdibujan el origen de estos establecimientos y los constituyen en espacios de una nueva exclusividad. En sus comienzos, en estos espacios de una sociabilidad participaban distintos sectores de la clase media urbana en ascenso. La recuperación contemporánea, con la mira puesta en el turismo, tiende a crear una escenificación del pasado para construir una experiencia singular para el visitante foráneo.

Esta puesta en escena se complementa con un aumento en los precios que hace imposible la visita cotidiana de usuarios locales. Así, lejos de permitir el disfrute del patrimonio como parte de la vida diaria en la ciudad, la revalorización convierte a estos cafés en un circuito exclusivo para el consumo turístico especializado. La memoria y la identidad se transforman así, en recursos comerciales para atraer a un público selecto.

4.4.2. Participación y memoria colectiva

Como se expuso, el plan de puesta en valor de la Confitería del Molino incluye la participación ciudadana como impulsor de la valoración del edificio, su apropiación afectiva y el desarrollo de un sentimiento de pertenencia. Los resultados de esa campaña son evidentes: la participación de los vecinos en las visitas guiadas fortaleció el vínculo emocional entre la comunidad y El Molino (GCBA, 2021).

La convocatoria a los vecinos a aportar fotografías, objetos y testimonios tuvo por objeto conseguir datos que sirvieran para la restauración, pero, a la vez, fortalece el relato patrimonial conectándolo con la memoria colectiva, o construyendo una nueva memoria colectiva que pone en primer plano los valores emocionales, la nostalgia y la identidad. Sin embargo, esta exitosa estrategia refuerza la causa simbólica que conduce a la museificación de la Confitería. Todo el proceso de participación comunitaria convierte al edificio en contenedor de una memoria social fija y petrificada (Huyssen, 1995).

A su vez, la campaña de comunicación alienta, por un lado, el involucramiento de la comunidad en la restauración de la Confitería y, por el otro, difunde los resultados de todo el proceso. En ambos casos, lo hace destacando los aspectos visuales y simbólicos del edificio. De esta manera, la comunicación construye una participación centrada en rescatar la apariencia del edificio, lo que lo destina a convertirse en un objeto para la mera contemplación.

Por otro lado, los medios digitales y las redes sociales que se utilizan para comunicar los avances de la puesta en valor, abrir inscripciones y mostrar detalles de la restauración amplifica la espectacularización del edificio, consolidando su imagen como resumen de todas sus cualidades, lo que contribuye a la transformación del Molino en un instrumento visual dispuesto para el consumo cultural pasivo, convertido en un objeto dispuesto para la experiencia estética y simbólica, separado de otras funciones significativas y sustantivas para la vida urbana contemporánea.

Las redes sociales de la Confitería dan cuenta de testimonios directos de personas que asistieron a la Confitería mientras estuvo abierta, que trabajaron en ella, que festejaron su cumpleaños o casamiento aportaron relatos de sus experiencias y de la valoración que mantienen con el establecimiento. Nótese que estas valoraciones referidas a sus experiencias pasadas quedan adheridas al edificio y encuentran satisfacción con su restauración a nuevo.

Como asegura la memoria descriptiva oficial de la Confitería, los recuerdos están anclados a los sitios donde sucedieron (GCBA, 2021). En el mismo sentido, los especialistas que participaron en el proceso de patrimonialización de la Confitería destacan que los criterios

emocionales fueron tenidos en cuenta como parte de una aproximación más humanista en la construcción del patrimonio (María de las Nieves Árias Incollá, entrevista, 19 de septiembre de 2024). Así, El Molino es visto como un palimpsesto patrimonial, un compendio que resume y contiene las memorias individuales y colectivas (Capano, 2021).

A su vez, el sentimiento colectivo de pérdida ante el avance la especulación inmobiliaria que transforma la ciudad convierte a la Confitería en un caso de resistencia urbana, uno de los pocos símbolos de una batalla ganada en defensa de la inalterabilidad de la ciudad (Colin, 2017).

La recolección y difusión de estos relatos emocionales refuerzan la importancia simbólica del edificio en la memoria popular pero también la de la construcción en sí mismo, la de la arquitectura entendida como símbolo de la experiencia vivida y representada por su apariencia e imagen. Una vez amalgamada la imagen de la Confitería del Molino con la memoria afectiva de quienes la conocieron en su mejor momento, una vez rescatadas esas historias y difundidas con valor nostálgico, convierten a la construcción que las representan en objeto sacralizado, intangible en tanto portador de la historia social.

Así, la comunicación de la puesta en valor del edificio, además de ser un instrumento para su valoración y de los trabajos de restauración, además de devolverle la importancia y la popularidad perdidos, se convierte en componente activo en la museificación de la Confitería del Molino, convirtiéndola en un espacio para rememorar el pasado con toda su carga nostálgica y consumir pasivamente la imagen a nuevo que ofrece el presente.

4.4.3. Nostalgia en las redes

En los canales que mejor se observan las estrategias de espectacularización de la imagen de la Confitería son las redes sociales, la página web oficial y el canal de Instagram. El *feed* oficial de Instagram de la Confitería articula videos con testimonios de testigos del tiempo glorioso del establecimiento con las notas periodísticas. La estrategia comunicativa está centrada en la difusión de narrativas nostálgicas e identitarias basadas en recuerdos personales teñidos de emoción. Como se dijo anteriormente, esta batería discursiva no sólo

se emplea para atraer la atención pública sobre el valor del edificio y convertirse en motor del apoyo social que valide la restauración, sino también para dotar al objeto patrimonial y a toda la logística de restauración de un alto valor simbólico.

Los testimonios recogidos por la comisión encargada de la restauración de la Confitería del Molino y subidos a Instagram en @delmolinook abonan esta hipótesis. La ambientación de música nostálgica, un piano ejecutado en ritmo lento. En muchos casos se ve a los entrevistados llegando al lugar ya restaurado o parados en medio de las obras, se aprecian escenas mudas de emoción y satisfacción.

Por caso, el testimonio de Ana Graciela León y Camilo Atilio Domínguez del 16 de julio de 2021 indican una fuerte emoción, alegría, la sensación de haber cumplido una misión y ver un sueño cumplido. Ambos ex trabajadores de la confitería fueron convocados a ver los avances en la restauración del edificio. La historia fue comentada haciendo foco en sus aspectos románticos con posteo: “Les compartimos una historia de amor que nació en nuestro edificio. Esperamos que les guste tanto como a nosotros”:

--Graciela León: Mi nombre es Ana Graciela León, trabajé en El Molino desde Marzo de 1989 hasta el cierre.

-- Atilio Domínguez: Yo soy Camilo Atilio Domínguez, trabajé en la Confitería del Molino desde el '80 hasta el cierre.

-- GD: Después de 24 años, volver acá para nosotros es muy fuerte, ante todo, Y es una alegría muy especial, una emoción. Es como que soñamos tantas veces volver, intentamos volver. Nosotros nos conocimos trabajando acá, fuimos muy buenos compañeros de trabajo, Nos volvimos amigos del alma, hermanos de la vida, compartimos la niñez de nuestros hijos. Pasó el tiempo hasta que hace tres años nos volvimos a encontrar, estábamos solos los dos. y aquí estamos, juntos caminando en el atardecer de nuestras vidas. (Se besan al final mientras suena una lenta música de piano y cello) (Instagram, 16/07/2021, <https://www.instagram.com/reel/CRZYrJZH9Fg/>).

En el posteo del 15 de junio de 2022 se ve a Elsa Rubio de 89 años recorriendo su antiguo lugar de trabajo. El comentario oficial da cuenta de que su hija, en complicidad con su nieto, la llevó de sorpresa cumpliendo su sueño de volver al Molino.

Soy Elsa Ester Rubio, tengo casi 89 años, fui empleada de esta casa en el año '52, '53. Yo estuve en la sección empaque. Éramos una familia, vivíamos conociendo artistas fue muy lindo. Y toda la vida quise ..., que dios me preste la vida para volver

a El Molino y hoy estoy llena de emoción de poder estar acá. (Instagram, 15/06/2022, <https://www.instagram.com/reel/Ce1QaJ0vhQK/>)

En coincidencia con el “Día de los Cafés de Buenos Aires”, el 26 de octubre de 2021, la cuenta oficial de Instagram también compartió el testimonio de Edmundo, mozo del Molino:

Me llamo Edmundo Díaz, trabajé durante un período de 10 años en El Molino. Yo amo esta confitería, es todo para mí. Me inicié culturalmente en El Molino, fue mi escuela, fue mi aprendizaje (se emociona), es la cultura que yo aprendí con tantos senadores, con tantos diputados, con tanta gente hermosa que me enseñaron. El Molino era inigualable, su atención, la mercadería, los clientes, la etiqueta del Molino. Nos daban una ropa impecable pasaba por la tintorería, tenía el cartelito Edmundo ahí, impecable la ropa, almidonadita, el pantalón, el saco, la camisa, el zapato lustradito. Saber hoy que esto se va abrir para mí es una alegría, agradezco mucho que el Estado haya formado parte de esto, la reapertura del Molino. (Instagram, 26/10/2021, <https://www.instagram.com/reel/CVgVRBPtEG6/>).

El 4 de septiembre de 2021, en coincidencia con el Día del Inmigrante, la página oficial de Instagram del Molino, publicó la visita de Liliana, la hija de Gino Cerruti, un pastelero italiano que trabajó en El Molino hasta 1974 y tenía la receta del famoso pan dulce de la Confitería. Cerruti había aprendido el oficio en los establecimientos que su familia tenía en Varazze (Italia) y, en 1936, a sus 25 años, se radicó en Buenos Aires. Liliana recorrió la obra en restauración y aportó elementos que usaba su padre para que formen parte del museo que se constituirá en el lugar.

Mi papá se especializaba en hacer panes dulces, también hacía tortas de casamiento, tenían columnas, varios pisos. Traje algunos objetos con los cuales mi padre trabajaba para hacer tarteletas, hay varios moldes. Un cuchillo que seguramente era para esparcir y una espátula que él usaba para revolver. Moldes que son para juntar la masa, supongo. También hay recetarios, (él era) muy celoso de esos objetos. Para mí es un gran orgullo de mi padre, de los valores que aún hoy intentó transmitirle a mis hijos (Instagram, 4/09/2021, <https://www.instagram.com/reel/CTZ-fpXnj1z/>).

Se pueden notar los componentes emotivos en testimonios y comentarios de la cuenta oficial que hacen alusión al amor, la emoción y la alegría que despierta asistir a la Confitería del Molino en proceso de recuperación. Asimismo, los participantes expresan sentir como propia la puesta en valor del edificio señalando que la ven con orgullo o como parte de un sueño o una misión cumplida. De alguna manera, sus donaciones, el aporte de datos o sus

simples testimonios, hace que cada asistente siente el aporte que hacen como algo tangible y significativo. Otras referencias nostálgicas se vinculan con el valor que el establecimiento tuvo y que la restauración parece reponer: “Éramos una familia”, “Fue mi escuela”. O a una consideración superior vinculada a la cultura, las cualidades de los asistentes y la calidad del rito en referencias como “gente hermosa” y “etiqueta”.

Los videos de testimonios se alternan con otros en los que se ven las tareas de restauración, donde una notable diferencia de ritmo en la música de fondo envuelve de clima nostálgico a las entrevistas, mientras que melodías más enérgicas nutren de acción a los videos de la restauración. Inclusive los tangos que se emplean para musicalizar los videos de la restauración tienen un ritmo subido. Está claro que los testimonios corresponden al campo de la nostalgia, y el trabajo, al de la acción ².

Una imagen muy elocuente de los valores identitarios que se busca evocar con El Molino es la del edificio con su frente restaurado y todos sus balcones embanderados con el pabellón argentino. La fotografía que se utiliza en tarjetas recordatorias entregadas como *souvenir* después de la visita guiada y los videos que muestran esa imagen en las redes corresponde a la tomada el 9 de julio de 2023 y jornadas sucesivas, día en que la Confitería cumplió 107 años (Anexo Cuerpo C, Figura 27).

Nostalgia e identidad se convierten en los temas preferidos de la comunicación, los dos construyen valores incontrastables, pero ambos convierten al objeto en un fetiche simbólico tan ligado a lo personal y emotivo que es casi sagrado. Esta suerte de espectacularización mediática incide en la percepción social del edificio convirtiéndolo en un ícono de la nostalgia social.

4.5. Conclusiones del Capítulo 4

En este capítulo se establece que la museificación de la Confitería no tiene por qué ser un efecto inevitable de la preservación patrimonial, sino que es el resultado de decisiones

² Link a la página de Instagram oficial de Edificio Del Molino: <https://www.instagram.com/delmolinook/>

que sacralizan el edificio. Aquí se retoman los hallazgos previos que determinan una relación entre patrimonialización y sacralización. Se explica que el proceso de puesta en valor, intrínsecamente unido a la preservación del edificio, constituye un dispositivo que convierte al Molino en un bien intocable, al reforzar sus valores simbólicos y artísticos.

A su vez, al borrar huellas del paso del tiempo y proponer una experiencia de otra época, la restauración exagera las condiciones de espectacularidad y simulacro del edificio. Así, alimenta la retórica nostálgica e identitaria y confirma al edificio como escenografía lo que favorece su museificación.

Por otro lado, la repetición de menús, recetas y rituales de consumo se presenta como un simulacro gastronómico que traslada la condición espectacular del edificio también a la experiencia del usuario, negando algún tipo de autenticidad contemporánea. La nostalgia sostiene la patrimonialización, el relato identitario y los usos futuros condicionando al edificio a ser una mera escenografía.

Este capítulo introduce un nuevo aporte desde la empiria al analizar la causa funcional con los datos de la CNMLBH. Con ellos, demuestra que sólo una fracción de los edificios patrimoniales se convierten en museos o centros culturales y que, por lo tanto, no existe un destino funcional natural para los bienes patrimoniales. Por otro lado, este hallazgo demuestra que la museificación no depende del rótulo funcional, sino del grado de aislamiento del edificio respecto de la vida real.

Finalmente, aquí también presenta la idea de que la mixtura de usos contemporáneos en el área Congreso podría evitar la museificación del entorno y mantener la vitalidad. Lo que sugiere que las decisiones de gestión urbana pueden compensar la lógica escenográfica y el consumo pasivo que propone la museificación a escala barrial.

Desde el punto de vista del diseño arquitectónico, estos hallazgos muestran que el proyecto de restauración no puede limitarse a recuperar forma y programa original, porque cada decisión de material o de recreación de experiencias participa de la construcción de simulacros que empujan a separar al edificio de la vida cotidiana. Por otro lado, el análisis funcional y urbano sugiere que para evitar la museificación no es necesario negar el museo

o el centro cultural, sino inscribirlos en una matriz de usos cotidianos significativos para la vida diaria contemporánea.

Conclusiones

Con el fin de responder a la hipótesis que sostenía que la nostalgia y la búsqueda de una identidad para Buenos Aires conducen a la museificación de la Confitería del Molino convirtiéndola en un objeto destinado a la pura contemplación y una mercancía dispuesta para el consumo pasivo, se presentaron cuatro capítulos que dieron respuesta a los objetivos planteados mediante la identificación de hallazgos relevantes para el campo del diseño arquitectónico.

Esta tesis se inscribe en el contexto de la culminación de los trabajos de puesta en valor del edificio del Molino y a las vísperas de ser convertido en museo del sitio, centro cultural y confitería comercial comprometida en repetir las recetas del establecimiento original.

Estas circunstancias, sumadas a que el proceso de comunicación y activación del interés público sobre la Confitería y su restauración refuerzan la pertinencia de la presente investigación, expresan además su vigencia a través de los hallazgos teóricos y empíricos que permiten entender aspectos no visitados del patrimonio arquitectónico de Buenos Aires y de las formas de inserción en la vida real de la ciudad.

En el capítulo inicial se abordó el primer objetivo específico que buscó describir la relación entre nostalgia, identidad y valor en la historia de la patrimonialización de edificios. Para ello se realizó un análisis sobre los tipos de valor patrimonial mediante un estudio de los conceptos de memoria colectiva que mostraron cómo la nostalgia y la búsqueda identitaria construyen el valor patrimonial, y cómo este proceso es dinámico, relativo y sujeto a disputas simbólicas y políticas.

Aquí se brindó una perspectiva integral sobre la manera en que las sociedades establecen su vínculo con el pasado a través del patrimonio. Asimismo, se abordó la evolución de la valoración de la arquitectura patrimonial en el tiempo. En este apartado también se profundizó en el papel que juegan la nostalgia, la identidad cultural y la memoria colectiva en la selección, protección y mantenimiento de ciertos edificios históricos. Por otro lado, se reflexionó sobre el impacto que tienen el consumo cultural y el turismo en una

valoración de la apariencia del patrimonio arquitectónico, una situación que conduce a la espectacularización de la imagen y a su consecuente museificación, condición que priva al bien de un uso vital y contemporáneo.

Aquí se determinó que el valor patrimonial no es inherente a los edificios, sino que es una construcción social, cultural e histórica que responde a las necesidades y percepciones de cada época. Además, se configura a partir de discursos y prácticas que varían según el contexto histórico y los intereses políticos. Por otro lado, se evidenció cómo la nostalgia impulsa la preservación patrimonial en tanto los objetos son considerados testimonios de un pasado idealizado. En este capítulo también se mostró que esa conexión es fuente de sentimientos de estabilidad emocional en contextos de incertidumbre. Simultáneamente, se comprobó que la globalización es percibida por las sociedades como una amenaza a la identidad local, lo que refuerza el valor del patrimonio como vínculo identitario colectivo.

En el segundo capítulo se examinó cómo las sociedades asignan valor al patrimonio arquitectónico, subrayando que éste no es inherente al objeto, sino que surge de construcciones sociales, históricas y culturales que varían con el tiempo. Aquí también se analizó cómo la valoración patrimonial responde a intereses, ideologías y necesidades identitarias, y cómo la retórica empleada por actores legitimados contribuye a legitimar ciertos bienes y narrativas en la memoria colectiva. El texto abordó la historización de la patrimonialización argentina, mostrando cómo la selección y protección de edificios han servido tanto para consolidar una identidad nacional en un principio como para responder a demandas contemporáneas basadas en el turismo y el consumo cultural.

Además, se exploraron los mecanismos institucionales y discursivos que han intervenido en la definición y protección del patrimonio en Buenos Aires, así como las estrategias simbólicas que han moldeado la imagen de la ciudad y su pasado, muchas veces a través de la invención o reinterpretación de herencias culturales.

El segundo objetivo específico buscó analizar cómo los discursos mediáticos, políticos, técnicos y sociales han legitimado el rescate del edificio mediante narrativas nostálgicas e identitarias. Con esa intención, se mostró que, en la Argentina, y más

precisamente en Buenos Aires, las estrategias retóricas de validación de los procesos de patrimonialización variaron a través del tiempo, desde la exaltación de valores vinculados a la identidad nacional durante la República Conservadora (1880-1916), hasta su reinterpretación actual como bienes de consumo cultural considerados como recurso económico e identitario.

En este capítulo se muestra que las herramientas clave en la construcción del nuevo valor patrimonial son la nostalgia social por un pasado idealizado y la búsqueda, de parte de las autoridades, de una identidad urbana distintiva que destaque en el contexto global. Al mismo tiempo, se mostró cómo este proceso que establece la preeminencia de las características físicas de los edificios patrimoniales está enfocado en considerarlos bienes de consumo cultural, los que requieren la prestancia y la calidad que los haga apetecibles. Se evidenció que la puesta en valor, así orientada, responde a las demandas de la nostalgia social y a las necesidades identitarias urbanas por sobre cualquier otra cosa. Condiciones que no fueron las más influyentes a la hora de patrimonializar el bien, pero que se constituyen en una necesidad de consumo en el presente.

A su vez, se destacó la manera en que los discursos técnicos y sociales presentan al edificio como una pieza artística irrepetible y colocan a la restauración en un plano épico. El valor excepcional del edificio es presentado como parte de un legado ancestral en riesgo de desaparición que justifica la intervención estatal y reclama el compromiso comunitario como un acto de responsabilidad cívica.

En el tercer capítulo se reconstruyó la historia del edificio, desde su fundación con su función comercial, transitando su conversión en emblema de la *Belle époque* y hasta culminar con su decadencia y posterior rescate. Se mostró cómo, a lo largo del tiempo, el significado simbólico del Molino cambió, pasando de ser un emblema modernizante de la burguesía inmigrante a un símbolo de la memoria colectiva y la identidad porteña. Además, se destacó cómo la singularidad de su arquitectura y ubicación lo convirtieron en un hito urbano y un símbolo de la identidad porteña.

Este análisis arrojó varios hallazgos: la patrimonialización de la Confitería del Molino resulta un acontecimiento singular dentro del desempeño histórico de la CNMMLH por el momento en que se realizó, la motivación ideológica, el destino original del edificio y su singular estilo. En primer lugar, la Confitería es el único edificio de uso comercial que se convirtió en Patrimonio Histórico, el único de estilo modernista y su monumentalización está desfasada unos veinte años de la patrimonialización de otros edificios de la misma época. Como se abordó en los capítulos, el proceso fue largo y complejo al punto de incluir una expropiación por utilidad pública años después de su patrimonialización. Por último, su puesta en valor constituye una innovación para los criterios utilizados hasta ese momento, sobre todo porque involucra la componente emocional tanto en la valoración del bien como en la difusión de sus características y los planes de manejo.

También en este caso se detectaron estrategias retóricas inusuales para una valoración patrimonial y la implementación de mecanismos nostálgicos e identitarios destinados a activar la participación ciudadana. Si bien la retórica de validación del edificio recorrió caminos tradicionales como buscar contactos del edificio con la historia política y social del país, también se insistió en vínculos que se mostraron débiles como el uso de la literatura y la asistencia de personalidades sobresalientes en sus salones para terminar apelando a la nostalgia colectiva.

Efectivamente, se evidenció cómo los testimonios de ex empleados, vecinos y antiguos usuarios de la Confitería se emplearon para aportar relatos emocionales que reforzaran la importancia simbólica del edificio. De esta manera, el papel de la comunidad y el interés público fueron puestos en relieve para validar la conservación del edificio y su proceso de restauración. La nostalgia y la memoria fueron utilizadas para fortalecer el sentido de pertenencia colectiva y el vínculo con el edificio. Esta estrategia constituye un testimonio directo de los nuevos criterios de patrimonialización que atienden las preferencias populares de origen tanto emocional académico. Característica que, además, abona la pertinencia del presente estudio.

Por otro lado, la restauración misma fue usada como fuente de valor. Lo que se concibe como puesta en valor, que no sólo incluye las tareas de reposición y mantenimiento material del edificio, es presentada de manera heroica, como un valor añadido al valor del objeto y realizado con una pericia y un talento tan singulares como imprescindibles para enfrentar un desafío singular. Presentada de esta manera, la puesta en valor no sólo refuerza la importancia del bien patrimonial rescatado, sino que construye la suya propia.

También en este capítulo se comprobó que El Molino no fue tenido en cuenta en distintas estrategias internacionales de posicionamiento de la imagen de Buenos Aires hasta que estuvo garantizada su restauración, lo que expresa la importancia asignada a la apariencia del edificio para su valoración.

Finalmente, en el cuarto capítulo se examinó cómo la Confitería del Molino, destinada a convertirse en museo, centro cultural y confitería tras su restauración, enfrenta el riesgo de su museificación, es decir, la pérdida de las cualidades de vitalidad y autenticidad contemporáneas que tuvo alguna vez. Aquí se comprobó que la sobrevaloración de la apariencia del edificio en los procesos de puesta en valor, campañas de comunicación, redes sociales y eventos, enfocados en destacar el atractivo visual y turístico del Molino, conducen a una espectacularización de su imagen que tiende a transformar al edificio en un objeto destinado al consumo visual pasivo antes que en un espacio significativo para la vida urbana.

En el mismo sentido se vio que operan las tareas de restauración cuando repiten acabados originales con técnicas y materiales modernos, sobre todo en los salones. Esto produce una suerte de puesta en escena en la que lo antiguo y lo nuevo se confunden con la intención de recrear el ambiente original del siglo pasado.

En este capítulo también se analizaron las funciones a las que estará destinado el edificio según el decreto de expropiación, y se identificó que la función con mayores posibilidades de escapar a la museificación corresponde a los salones de la confitería que ocupan la planta baja y el primer piso. Justamente, ese espacio, cuya explotación comercial se prevé concesionar a un tercero, tiene el compromiso de repetir las recetas de la pastelería original, un intento de rescate del patrimonio inmaterial del Molino.

La suma de la restauración escenográfica de los espacios comerciales y la restauración de un menú del siglo pasado, intentando reponer productos que el tiempo y la sociedad decidieron olvidar, muestra el riesgo de reproducir una espectacularización de la experiencia del usuario en El Molino. Una representación ficticia de la vida del siglo pasado, desconectada de las contingencias del presente, que se ofrece como simulacro alienante. Por otro lado, se señaló que el intento por repetir productos del pasado podría reforzar una narrativa netamente nostálgica al reponer una experiencia del usuario atada a patrones de décadas atrás.

A través de este análisis se desarrolló el tercer objetivo específico centrado en determinar cómo las contradicciones entre la preservación material del edificio y la espectacularización de su apariencia conducen a su museificación. Aquí también se demostró el rol clave de los medios no sólo en la difusión de narrativas nostálgicas e identitarias, lo que atrajo la atención pública y fue el motor del apoyo social para su restauración, sino también en destacar las cualidades visuales del edificio fruto de condiciones artísticas singulares por sobre las capacidades de la arquitectura de ofrecer una experiencia.

Como se mencionó, las estrategias de restauración de los salones de planta baja y primer piso, en los que se reprodujeron terminaciones originales con materiales y técnicas nuevas para simular la apariencia original, muestran la preferencia por rescatar los aspectos visuales del edificio.

La misma atención a la apariencia se evidenció en la especial atención que recibieron los detalles más espectaculares del exterior, como son los leones alados que fueron reconstruidos con gran esfuerzo en la base de la torre cúpula. Al mismo tiempo, otros ornamentos menos pregnantes en la memoria del observador fueron definitivamente olvidados, como es el caso de las ménsulas faltantes en los balcones sobre Avenida Callao.

Por otro lado, en este capítulo se determinó que el uso asignado al edificio como museo del sitio y centro cultural, además de confitería, aumenta la posibilidad de la museificación del bien. Como se detalló, la función de museo no necesariamente conduce a la museificación del edificio, pero produce un cambio de usos que incrementa las

posibilidades de que el edificio deje de tener un protagonismo vital y significativo en la vida cotidiana de la comunidad para convertirse en un objeto que se mira y no se toca.

En este análisis se contrapusieron los usos residenciales originales de las plantas altas con el destino de salones de exposición u oficinas administrativas que se determinaron para su futuro. Mediante esta comparación se establecieron patrones de uso y su grado de incidencia en la vida urbana, análisis que merece una profundización en futuros estudios.

En esta investigación se estableció que, en su transición hacia convertirse en un espacio multifuncional, cultural y dedicado a la memoria, la Confitería del Molino enfrenta el desafío de equilibrar estos objetivos con una función significativa para la vida urbana. Aquí se detectó que, si bien los usos futuros están orientados por la demanda del mercado turístico y por las políticas culturales identitarias con sesgo nostálgico, la gestión del edificio podría garantizar su compromiso con la vida cotidiana efectiva de la comunidad. Durante las visitas guiadas al edificio, aún en su etapa de restauración, se constató que todos los recursos escenográficos utilizados en los salones son explicitados como tales a los visitantes.

Del mismo modo, la historia del edificio es presentada en audiovisuales entretenidos y pedagógicos en los que se relatan las circunstancias de su tiempo y la evolución posterior. Estas estrategias comunicacionales logran transmitir la complejidad histórica y social del lugar reforzando la narrativa oficial que destaca la importancia patrimonial del edificio y la gesta épica de su reconstrucción. Presentado de esta manera, el edificio se ofrece como un objeto para su contemplación pasiva. En consecuencia, se museifica.

Sin embargo, la visita al lugar abre la esperanza de desarrollar nuevos caminos mediante una gestión que le facilite una lectura de la autenticidad contemporánea del edificio a los visitantes. Si bien el recorrido por la obra muestra una restauración escenográfica para los salones de primer piso y planta baja, las áreas secundarias no se devolvieron a su estado original, sino que se repararon con técnicas actuales. Incluso se dejaron estructuras metálicas a la vista, una situación impensable en 1916 pero que adquiere mucha utilidad pedagógica ya que el edificio es una combinación inusual de estructura metálica y hormigón armado (Anexo Cuerpo C, Imagen 28).

Este contraste entre la parte restaurada y la no intervenida se puede apreciar en zonas tan visitadas como la sala de proyecciones del primer piso, estableciendo un contrapunto tal con las áreas nobles restauradas que éstas resuenan como una ficción. Los ambientes que repiten la estética e imitan los materiales del siglo pasado se revelan como una auténtica escenografía. Inicialmente, este sector era un departamento, pero con el tiempo fue convertido en área de apoyo para las fiestas de casamiento, un lugar en el que se preparaba la novia o se exhibían los regalos. Más tarde, se convirtió en salón de baile con espejos en las columnas y cielorrasos bajos. La intención del equipo de restauración fue la de evitar falsos históricos, es decir, no reproducir piezas y sectores en los que no existían vestigios físicos o documentales del estado original, como mencionaron los expertos entrevistados.

Las herramientas críticas abordadas para evaluar la patrimonialización y puesta en valor de la Confitería del Molino enriquecen el campo del diseño arquitectónico aportando nuevas lecturas del patrimonio construido de las que se derivarán futuras estrategias de diseño. Para comprender cómo los criterios de patrimonialización y puesta en valor del caso de estudio, desde una óptica interdisciplinaria se combinan teorías arquitectónicas y patrimoniales con análisis de discursos. Esto determina la manera en que la patrimonialización se ve influida por factores emocionales, simbólicos y políticos entre los que la nostalgia y la búsqueda identitaria cumplen un rol preponderante. Por otra parte, el mismo estilo *Art Nouveau* del edificio colabora en reforzar el valor histórico por su singularidad, pero también tiene una gran capacidad de generar empatía emotiva. Como señala De Marco, este lenguaje en particular funciona como crontopo afectivo, y en el caso del Molino une conceptos como modernidad, inmigración y memoria de la *Belle Époque*. Sin embargo, su apariencia restaurada a nuevo parece pensada para el consumo visual. El *Art Nouveau* original, nacido como una expresión de la modernidad se convierte en ícono nostálgico.

Por último, esta investigación también muestra que el Molino contiene dos usos que encarnan diferente riesgo de museificación. Por un lado, está el destino funcional que se reserva para los pisos altos del edificio como oficinas, museo del edificio y centro cultural. Estos usos, que resultan influyentes, pero no determinantes, se compensan con la posibilidad

de una propuesta vital y contemporánea de experiencia del usuario que se podría dar en la confitería propiamente dicha y sus salones.

En el primer caso, quedará para futuras investigaciones establecer si el uso público es el más conveniente para este tipo de edificios patrimoniales. Cabría preguntarse si es posible destinarlos a un uso privado de interés comunitario. Por caso, en la Confitería del Molino, restituir las unidades que eran viviendas al uso residencial con un determinado objetivo social o cultural podría asegurar una vitalidad contemporánea del edificio que las actuales condiciones parecen poner en riesgo.

Desde luego, toda esta estrategia no es sólo una cuestión de voluntad, como muestra Ventancourt León y Rosa Mantecón, la sociedad tiende a reservar para sus bienes patrimoniales usos solemnes y nobles que encajan con los típicos destinos de museos o centros culturales y espacios para la memoria. Como se vio, estas funciones alejan al objeto de la vivencia cotidiana. Esta tesis sugiere que la gestión de patrimonio arquitectónico debería abrir el debate sobre la posibilidad de incorporar usos que superen las lógicas de prestigio y consumo cultural para lograr apropiaciones más directas.

Retomando los conceptos de Giorgio Agamben sobre la idea la profanación como una forma de devolver al uso común aquello que ha sido separado y consagrado como sagrado, se especula alrededor de algunos cursos de acción que podrían evitar la museificación de la Confitería del Molino. Para Agamben, la museificación es el proceso que retira objetos, prácticas o saberes del uso común para hacerlos inaccesibles, dispuestos para una veneración intangible. En ese camino se propone priorizar el uso activo y cotidiano del edificio, no sólo su exhibición como monumento, sino fomentar un uso mixto y flexible que combine patrimonio, cultura e incluir a la comunidad en la gestión y programación; garantizar la accesibilidad y la apertura del espacio público asociado; convertir el lugar en un espacio de experimentación de nuevas recetas y técnicas de la confitería, involucrando a productores locales para abandonar el estigma del pasado; evitar la exclusividad y la comercialización rígida; e impedir que el edificio se convierta en un espacio elitista o meramente turístico, condición que suele acompañar la museificación.

El caso muestra que proyectar sobre un bien patrimonial es más que tomar una serie de decisiones técnicas aparentemente neutrales, implica conocer el conjunto de significados que contiene y actuar en consecuencia. Desde esta perspectiva, el diseño arquitectónico se amplía más allá a la preservación material del bien para abarcar tareas como la definición del alcance y características de la restauración, hasta imaginar el programa o la gestión de su imagen. Las nuevas respuestas que debe encontrar la disciplina proyectual están relacionadas con las combinaciones programáticas que permitan conservar la memoria sin expulsar usos cotidianos y significativos para la vida contemporánea. Además, deberán desarrollar formas de restauración que logren preservar tanto el bien como a las huellas del paso del tiempo que contiene para no convertirlo en una escenografía inerte. Puestos a abordar esta temática, los arquitectos también deberán diseñar dispositivos que permitan apropiaciones reales del objeto patrimonial escapando a la respuesta automática que plantea el actual mercado del consumo turístico y pasivo de la imagen.

Bibliografía

- Acuña, C. (2013). Semiología y arquitectura: Los efectos del estructuralismo. En *Actas del Congreso Coup de Fouet*. Barcelona.
- Agamben, G. (2013). *Profanaciones*. Adriana Hidalgo.
- Anderson, B. (2011). *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (3.^a ed.). Fondo de Cultura Económica.
- Angenot, M. (2010). *El discurso social: Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Siglo XXI Editores.
- Angenot, M. (2012). La notion d'arsenal argumentatif. *Rétor*, 2(1), 1–36.
- Arciniega Acuña, M. F., & Tapia Guillen, F. E. (2023). La valoración del patrimonio arquitectónico por la sociedad como aporte para su catalogación. *Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinar*, 7(1), 6990–7000.
https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v7i1.4940
- Argentina, Presidencia de la Nación. (1997, 24 de octubre). *Decreto 1110/1997 por el cual se declara Monumento Histórico Nacional a la Confitería del Molino*. Boletín Oficial de la República Argentina.
<https://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/45000-49999/46926/norma.htm>
- Argentina, Presidencia de la Nación. (2015, 24 de septiembre). *Decreto 2026/2015*. Boletín Oficial de la República Argentina.
<https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/decreto-2026-2015-252596>
- Árias Incollá, M. de las N. (2021). El espíritu de la publicación. En S. Cabanchik (Comp.), *Evocación de la Confitería del Molino: Cuentos, croquis y textos* (pp. 13–16). Eudeba.
- Aristóteles. (1995). *La retórica* (M. Urías, Trad.). Gredos. (Obra original publicada en el siglo IV a. C.).
- Arlt, R. (1930). ¡Donde quemaban las papas! En *Aguafuertes porteñas* (pp. 1–4). Taller de Lectura Argentina y Escritura, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata.
<https://perio.unlp.edu.ar/catedras/escrituraargentina/wp-content/uploads/sites/150/2020/07/4.-Roberto-Arlt-Aguafuertes-portenas.pdf>
- Arranz Guilarte, M. (2021). *El impacto de las vanguardias artísticas sobre la cultura contemporánea: Guy Debord y los situacionistas. En las raíces de la postmodernidad* [Trabajo de fin de estudios]. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Valladolid.
- Ballart, J., Fullola, J. M., & Petit i Mendizábal, M. A. (1996). El valor del patrimonio histórico. *Complutum Extra*, 6(11), 215–224.
- Ballart Hernández, J., & Tresserras, J. I. (2005). *Gestión del patrimonio cultural*. Ariel.

- Barcina, F. (2013). Buenos Aires, una periferia de ultramar: Art Nouveau en Buenos Aires. En *Actas del Congreso Coup de Fouet*. Barcelona.
- Basta de Demoler. (2019, 12 de diciembre). *Buenos Aires desprotegida: El patrimonio porteño pende de un amparo*. <https://bastadedemoler.org/el-patrimonio-porteno-pende-de-un-amparo/>
- Baudrillard, J. (1987). *Cultura y simulacro*. Kairós.
- Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida* (M. Rosenberg, Trad.). Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 2000).
- Bauman, Z. (2017). *Retrotopía* (M. A. Oliver, Trad.). Paidós.
- Belk, R. (1990). The role of possessions in constructing and maintaining a sense of past. *Advances in Consumer Research*, 17, 669–676.
- Benevolo, L. (1980). *Esquema de la arquitectura europea*. Gustavo Gili.
- Boschi Torre, E., & Azar, M. (2012). Los centros urbanos y el turismo. <https://turismoenconservacion.com.ar/wp-content/uploads/2023/12/2012-Boschi-Torre-Los-centros-Urbanos-y-el-Turismo.pdf>
- Blasco, L. (2021). Patrimonio y memoria: Vaciamiento, intrusión y politización de la Confitería del Molino. *Voces recuperadas*, 25(41), 6–23. <https://buenosaires.gob.ar/sites/default/files/media/document/2021/07/05/cb6edd9e91dabc4ab20ea7216d7733b6c4754b7b.pdf>
- Boym, S. (2002). *The future of nostalgia*. Basic Books.
- Brandariz, G. A. (2014). Argentina: Arquitectura para un siglo de exposiciones 1829 a 1933. *Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas Mario J. Buschiazso*, 44(2). https://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S2362-20242014000200008&script=sci_arttext&lng=pt
- Brasil. (2000, 4 de agosto). *Decreto n.º 3.551, de 4 de agosto de 2000. Institui o Registro de Bens Culturais de Natureza Imaterial que constituem patrimônio cultural brasileiro, cria o Programa Nacional do Patrimônio Imaterial e dá outras providências*. Diário Oficial da União, Seção 1, p. 1.
- Bourdieu, P. (1980). *Le sens pratique*. Les Éditions de Minuit.
- Bustos Domecq, H. (1977). Más allá del bien y del mal. En *Nuevos cuentos de Bustos Domecq*. Emecé.
- Cabanchik, S. (2021). Prólogo. En S. Cabanchik (Comp.), *Evocación de la Confitería del Molino: Cuentos, croquis y textos* (pp. 9–12). Eudeba.
- Capano, M. (2021). La recuperación del Molino: Una empresa colectiva integral. En S. Cabanchik (Comp.), *Evocación de la Confitería del Molino: Cuentos, croquis y textos* (pp. 86–90). Eudeba.

- Caride Bartrons, H. (2021). La nueva arquitectura: Francisco Gianotti y el Molino. Una experiencia de la modernidad. En S. Cabanchik (Comp.), *Evocación de la Confitería del Molino: Cuentos, croquis y textos* (pp. 71–85). Eudeba.
- Casalbordino, F. (2019). Adaptive Buenos Aires: Architecture between diversity and demand of modernity. *AGATHÓN – International Journal of Architecture, Art and Design*, 6, 66–79. <https://doi.org/10.19229/2464-9309/672019>
- CEPAL. (2002). *Globalización y desarrollo* [Comunicado preparatorio para el vigésimo noveno período de sesiones de la CEPAL]. Comisión Económica para América Latina y el Caribe. <https://www.cepal.org/es/comunicados/globalizacion-desarrollo>
- Crecente Maseda, J. M. (2011). *Arquitectura, patrimonio y turismo. Talasogalicia, una propuesta de síntesis*.
- Choay, F. (2007). *Alegoría del patrimonio*. Gustavo Gili.
- Colin, C. (2017). La nostalgia en la producción urbana: La defensa de barrios en Santiago de Chile. *Revista INVI*, 32(91).
- Conforti, M. E., Giacomasso, M. V., & Palavecino, V. A. (2018). Relatos mediáticos y procesos de activación patrimonial en Argentina. *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 24(2), 1199–1212. <https://doi.org/10.5209/ESMP.62262>
- Conti, A. (2009). Patrimonio cultural como referente de la memoria y la identidad.
- Conti, A. (2020). *Patrimonio e identidad cultural: Nuevas perspectivas*. Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires; Comité Argentino de ICOMOS.
- Cortés Ferreira, C. (2022). Análisis genealógico del patrimonio cultural inmaterial: Conformación del concepto e identificación de sus arbitrariedades. *Cultura y representaciones sociales*, 16(32). https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2007-81102022000200119
- Cui, R. (2015). *A review of nostalgic marketing*. Jinan University Management.
- Davis, F. (1979). *Yearning for yesterday: A sociology of nostalgia*. Free Press.
- De Marco, A. N. (2023). *Patrimonio arquitectónico y afectos. El Art Nouveau, un cronotopo de la ciudad de Buenos Aires: Una mirada desde el siglo XXI* [Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires]. Repositorio Institucional FADU. <https://repositorio.fadu.uba.ar/id/eprint/719/>
- Debord, G. (1967). *La société du spectacle*. Buchet-Chastel.
- Diez, F. (1996). *Buenos Aires y algunas constantes en las transformaciones urbanas*. Editorial de Belgrano.
- Dirección Nacional de Museos. (2025). *Puesta en valor*. Ministerio de Cultura de la Nación Argentina. <https://www.argentina.gob.ar/cultura/patrimonio/puesta-en-valor>

- Eisenman, P. (1999). Diagram: An original scene of writing. En P. Eisenman, *Diagram diaries* (pp. 93–103). Universe Publishing.
- Erol, F., & Öz, M. (2016). A study on the increasing retro trends of generation Y. *International Journal of Social Sciences*, 41(1).
- Faba Zuleta, P. (2013). Cultura visual y memoria en el Chile del siglo XIX: Redefiniendo el coloniaje a través de su exhibición. *Revista de Teoría del Arte*, 24, 13–33. <https://revistateoriadelarte.uchile.cl/index.php/RTA/article/view/38460>
- Faba Zuleta, P. (2015). Agencias inesperadas: La museificación del pasado colonial en el Chile del siglo 19. *Atenea*, 512.
- Fernández Quinteiro, L. (2009). *Restauración y puesta en valor de cafés y bares notables de Buenos Aires: Intervenciones 2002–2004* [Tesis de máster, Universidad Politécnica de Madrid].
- Frigolé, J. (2011). Retóricas de la autenticidad en el capitalismo avanzado (o la verdad del turismo). *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 66(1), 37–66.
- Gandelsonas, M. (1970). Semiología arquitectónica: Un enfoque teórico de la arquitectura. *Summa*, 32.
- García Canclini, N. (1999). Los usos sociales del patrimonio cultural. En E. Aguilar Criado (Ed.), *Patrimonio etnológico: Nuevas perspectivas de estudio* (pp. 16–33). Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.
- García, F. L. (2017). La ciudad y el proceso de museificación: Transitando la reconfiguración territorial de la cultura. *Contextos*, 38.
- García, F. L. (2018). La ciudad: Entre los dispositivos turísticos y el proceso de museificación. *Intersticios: Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*, 12(1).
- Gervais Lambony, P. (2012). Nostalgies citadines en Afrique du Sud. *EspacesTemps.net*.
- Girondo, O. (1920). Exvoto. En *Antología poética*. <https://www.antologiapoetica.com.ar/exvoto-oliverio-girondo/>
- Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. (s. f.). *Confitería del Molino*. Turismo Buenos Aires. <https://turismo.buenosaires.gob.ar/es/otros-establecimientos/confiter%C3%ADa-del-molino>
- Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. (2003). *Plan estratégico de cultura de la Ciudad de Buenos Aires*. <https://proyectosculturalesundav.wordpress.com/wp-content/uploads/2015/03/plan-estrategico-cultura.pdf>
- Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. (2007). *Buenos Aires, paisaje cultural: El río, la pampa, la barranca histórica y la inmigración* [Presentación ante el Comité de Patrimonio Mundial de la UNESCO]. <https://www.buenosaires.gob.ar/patrimonio/presentacion-unesco>
- Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. (2017). *Plan estratégico participativo Buenos Aires 2035: Fase propositiva (Cuaderno 3)*. Consejo de Planeamiento Estratégico.

<https://buenosaires.gob.ar/sites/default/files/media/document/2018/05/23/41671fcea06487fae4225d842d1997c4758e46b7.pdf>

Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. (2019). *Buenos Aires / La Plata: Dos capitales de la cultura, de la modernidad, del eclecticismo y de la inmigración*.
<https://buenosaires.gob.ar/sites/default/files/media/document/2019/05/27/7bd8df73d09b3d6a4700a89ef48c257b18fda71b.pdf>

Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. (2021). *Edificio del Molino: Memoria descriptiva*.
<https://buenosaires.gob.ar/sites/default/files/media/document/2021/09/10/731082bb98f7779b27ec6a3a5e9498968a52c2aa.pdf>

Gómez, S. (2022, 8 de julio). Furor por la Confitería del Molino: En la previa de su 106.º aniversario, la visitaron 8.000 vecinos. *Clarín*. https://www.clarin.com/ciudades/furor-confiteria-molino-previa-106-aniversario-visitaron-8-000-vecinos_0_qx4GSempFI.html

Gómez, S. (2024, 23 de septiembre). La restauración de la Confitería del Molino está casi terminada: Qué falta para que reabra y un paso obligatorio. *Clarín*.
https://www.clarin.com/ciudades/restauracion-confiteria-molino-terminada-falta-reabra-paso-obligatorio_0_zmd3rBR5yO.html

González Bracco, M. (2013). Vecinos en defensa del patrimonio urbano en la ciudad de Buenos Aires: Nuevas herramientas y nuevas alianzas. *Quid 16. Revista del Área de Estudios Urbanos*, 3, 233–258.

González Bracco, M. (2019). De la representación nacional al recurso turístico. En F. Márquez (Ed.), *Patrimonio: Contranarrativas urbanas*. UAH/Ediciones.

González Bracco, M., & Hernández, S. (2021). ¿Patrimonializar o despatrimonializar? El rol de la cultura urbana en la ciudad neoliberal. Buenos Aires (1990–2020). *Astrolabio*, 27, 27–52. <https://doi.org/10.55441/1668.7515.n27.30640>

González Morón, J. A., Árias Incollá, M. de las N., & otros autores. (2021). *Evocación de la Confitería del Molino: Cuentos, croquis y textos* (S. Cabanchik, Comp.). Eudeba.

González Toscanini, M. C. (2020). *Construcción de la ficción audiovisual a partir de la evocación de la nostalgia como recurso en favor del disfrute audiovisual* [Tesis de grado, Universidad de Palermo]. Facultad de Diseño y Comunicación.

Gorelik, A., & Silvestri, G. (1988). *La trama del pasado: La construcción de la memoria del espacio público en Buenos Aires*. Centro Editor de América Latina.

Gorelik, A., Silvestri, G., & Bertuzzi, M. L. (1994). *Entre el plano y el proyecto: Los concursos de arquitectura y la definición de una agenda para Buenos Aires (1880–1940)* [Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires].

Gorelik, A. (1998). *La grilla y el parque: Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887–1936*. Universidad Nacional de Quilmes.

Grementieri, F. (2007). *Buenos Aires: Arquitectura y patrimonio*. Nobuko.

- Gutiérrez, R., Levaggi, A., Mantero, J., & Ortiz, A. (1968). *La arquitectura del liberalismo en la Argentina*. Sudamericana.
- Gutiérrez, R. (1997). *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*. Cátedra.
- Gutman, M. (1987). Noel: Ese desconocido. *Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas*, 25, 90–112.
- Gutman, M., & Hardoy, J. E. (1992). *Buenos Aires: Historia urbana del área metropolitana*. MAPFRE.
- Hall, S. (1990). Cultural identity and diaspora. En J. Rutherford (Ed.), *Identity, community, culture, difference* (pp. 222–237). Lawrence & Wishart.
- Hassenzahl, M. (2010). *Experience design: Technology for all the right reasons*. Synthesis Lectures on Human-Centered Informatics, 3(1), 1–95.
<https://doi.org/10.2200/S00261ED1V01Y200911HCI006>
- Hernández, R., Fernández, C., & Baptista, M. (2010). *Metodología de la investigación* (5.^a ed.). McGraw-Hill.
- Hobsbawm, E., & Ranger, T. (Eds.). (1983). *The invention of tradition*. Cambridge University Press.
- Huyssen, A. (1995). *Twilight memories: Marking time in a culture of amnesia*. Routledge.
- Huyssen, A. (2000). Present pasts: Media, politics, amnesia. *Public Culture*, 12(1), 21–38.
- Huyssen, A. (2003). *Present pasts: Urban palimpsests and the politics of memory*. Stanford University Press.
- Huyssen, A. (2006). *En busca del futuro perdido: Cultura y memoria en tiempos de globalización* (2.^a ed.). Fondo de Cultura Económica.
- ICOMOS. (1964). *Carta internacional sobre la conservación y la restauración de monumentos y sitios (Carta de Venecia)*. ICOMOS.
https://www.icomos.org/charters/venice_sp.pdf
- Infobae. (2018, 30 de septiembre). Conspiraciones, fiestas de lujo y postres increíbles: Los secretos de la Confitería del Molino, un lugar olvidado que busca recuperar su esplendor. *Infobae*. <https://www.infobae.com/sociedad/2018/09/30/conspiraciones-fiestas-de-lujo-y-postres-increibles-los-secretos-de-la-confiteria-del-molino-un-lugar-olvidado-que-busca-recuperar-su-esplendor/>
- International Council on Monuments and Sites. (1964). *Carta internacional sobre la conservación y la restauración de monumentos y sitios (Carta de Venecia)*. ICOMOS. https://www.icomos.org/charters/venice_sp.pdf
- Iribarren, L. A. (2013). *Un recorrido por las representaciones de la originalidad en los discursos de la crítica arquitectónica sobre la obra de Antonio Gaudí* [Tesis de grado, Universidad de Buenos Aires]. Facultad de Filosofía y Letras.
- Jacobs, J. (1961). *The death and life of great American cities*. Random House.

- Jameson, F. (1984). Postmodernism, or the cultural logic of late capitalism. *New Left Review*, 146, 53–92.
- Jameson, F. (1991). *Ensayos sobre posmodernismo*. Imago Mundi.
- Jaramillo Marín, J., & Del Cairo, C. (2014). Los dilemas de la museificación: Reflexiones en torno a dos iniciativas estatales de construcción de memoria colectiva en Colombia. *Memoria y Sociedad*, 17(35), 76–92.
<https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/memoysociedad/article/view/8329>
- Jencks, C. (1980). *El lenguaje de la arquitectura posmoderna*. Gustavo Gili.
- Jurado, M. (2023). La resignificación del patrimonio arquitectónico para la construcción de una memoria urbana: El caso de la Confitería del Molino, Buenos Aires, Argentina. *Cuadernos del Centro de Estudios en Diseño y Comunicación*, 199, 147–160.
<https://dspace.palermo.edu/ojs/index.php/cdc/article/view/9802>
- Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. (2003). *Ley 1.227 de Patrimonio Cultural de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires*.
- Ley 27.009. (2014, 12 de noviembre). Declaración de utilidad pública y expropiación de la Confitería del Molino. *Boletín Oficial de la República Argentina*, 34.610.
<https://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/verNorma.do?id=239079>
- Liernur, J. F. (2004). Arte nuevo. En J. F. Liernur (Ed.), *Diccionario de arquitectura en la Argentina* (Vol. 1, pp. 77–81). Clarín Arquitectura.
- Lipovetsky, G. (2014). *Los tiempos hipermodernos*. Anagrama.
- Lowenthal, D. (1985). *The past is a foreign country*. Cambridge University Press.
- Mancini, C. (2016). *Arqueología, patrimonio y usos del pasado: Las transformaciones territoriales de la Quebrada de Humahuaca hacia un paisaje cultural* [Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires]. Facultad de Filosofía y Letras.
- Martin, H. (2022, 8 de julio). La Confitería del Molino abrió sus puertas al público después de 25 años. *Infobae*. <https://www.infobae.com/sociedad/2022/07/08/la-confiteria-del-molino-abrio-sus-puertas-al-publico-despues-de-25-anos/>
- Martins Fonseca, M. (2018). Patrimonialización de áreas naturales: Prácticas vulnerables en las reservas de biosfera. *Revista Latinoamericana de Estudios Ambientales*, 8(1), 1–18.
- Mayoral Campa, E. (2001). *Arquitectura y patrimonio: Aproximaciones desde el proyecto de arquitectura a la estación de San Bernardo de Sevilla y su entorno* [Tesis de doctorado inédita, Universidad de Sevilla].
- Mejía, V. (2021, 21 de enero). Confitería del Molino: Las aspas originales volvieron a girar después de 60 años. *La Nación*. <https://www.lanacion.com.ar/buenos-aires/confiteria-del-molino-aspas-originales-volvieron-girar-nid2559508/>
- Merleau-Ponty, M. (1945). *Fenomenología de la percepción*. Planeta-Agostini.

- Membiela-Pollán, M. E., Picatoste-Novio, X., & de Jesús Faustino, J. P. (2021). Comportamiento del consumidor y nostalgia: Revisión y análisis bibliométrico sobre retromarketing. *Atlantic Review of Economics*, 4(1), 1–18.
- Méndez, P. S., & Gutiérrez, R. (2014). *Buenos Aires en el Centenario: Edificación de la nación y la nación edificada*. <https://hdl.handle.net/10554/23165>
- Monjas Eleta, M. (2012). *El patrimonio cultural y su tratamiento periodístico: Un análisis de la edición regional de El Mundo de Castilla y León y El Norte de Castilla* [Tesis de doctorado, Universidad de Valladolid].
- Mouton, B. (2025). *Notre-Dame: Desafíos técnicos y doctrinarios de una epopeya heroica* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=PSjeslSh5tY>
- Mouton, B. (2025a). Notre-Dame: Desafíos técnicos y doctrinarios de una epopeya heroica. *Clarín ARQ*, 25 de abril, p. 11.
- MUDE. (2024). *Building on exhibition*. MUDE – Museu do Design e da Moda. <https://mude.pt/design-museum/>
- Muñoz, F. (2008). *UrBANALización: Paisajes comunes, lugares globales*. Gustavo Gili.
- Norberg-Schulz, C. (1965). *Intenciones en arquitectura*. Editorial Universitaria.
- Norberg-Schulz, C. (1971). *Existencia, espacio y arquitectura*. Editorial Universitaria.
- Norberg-Schulz, C. (1980). *Genius loci: Towards a phenomenology of architecture*. Rizzoli.
- Nueva Ciudad. (2025, 26 de febrero). Avanzan las demoliciones de edificios históricos. *Nueva Ciudad*. <https://www.nueva-ciudad.com.ar/notas/202411/55083-avanzan-las-demoliciones-de-edificios-historicos.html>
- Onaindia, J. M., et al. (2011). *Salvemos Buenos Aires: 1er encuentro de gestión de patrimonio arquitectónico y urbano* (1.ª ed.). Fundación Ciudad. <https://bastadedemoler.org/que-hacemos/publicacion-salvemos-buenos-aires-1o-encuentro-de-gestion-de-patrimonio-arquitectonico-y-urbano/>
- Pérez Humanes, M. (2001). *Implicaciones sobre la situación de la arquitectura en el mundo de la imagen* [Tesis de doctorado, Universidad de Sevilla].
- Pérez Winter, C. (2020). Los procesos de patrimonialización en la re-actualización de la nación: La Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos en Argentina. *Revista de Geografía Norte Grande*, 75.
- Prats, L. (1998). El concepto de patrimonio cultural. *Política y Sociedad*, 27, 63–76.
- Prats, L. (2005). Concepto y gestión del patrimonio local. *Cuadernos de Antropología Social*, 21, 17–35.
- Reporte Inmobiliario. (2021, 28 de abril). La reconversión del centro de Buenos Aires. *Reporte Inmobiliario*. <https://www.reporteinmobiliario.com/article4000-reconversion-del-centro-de-buenos-aires>

- Ricoeur, P. (2000). *La memoria, la historia, el olvido*. Trotta.
- Riegl, A. (1903). *El culto moderno a los monumentos: Carácter y origen de la conciencia moderna de los monumentos*. K. K. Zentral-Kommission für Denkmalpflege.
- Rivas, E. (2004). Las consecuencias de la globalización en la Argentina: Descomposición del Estado y una sociedad desintegrada. En *VI Jornadas de Sociología*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Rosas Mantecón, A. (2000). La monumentalización del patrimonio: Políticas de preservación y representaciones del espacio en el centro histórico. *Cuadernos de Antropología Social*, 11, 165–182.
- Rotman, M. B. (2016). Antecedentes y configuración de políticas del patrimonio en un área histórica de la ciudad de Buenos Aires. *Memória em Rede*, 8(14), 25–40. <https://periodicos.ufpel.edu.br/index.php/Memoria/article/view/7544>
- Rosique Cañas, J. A., & Méndez Cárdenas, S. (2017). Una mirada teórica al desarrollo del centro histórico: Patrimonialización, museificación, homogeneización, clonación y turistificación. UAM Xochimilco.
- Rossi, A. (1982). *La arquitectura de la ciudad*. Gustavo Gili.
- Ruskin, J. (2022). *Las siete lámparas de la arquitectura*. Coyoacán.
- Sainz Gutiérrez, V. (1997). La posmodernidad y el nacimiento de una nueva cultura urbana: Las aportaciones de Rossi. Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio, Universidad de Sevilla.
- Sassen, S. (1991). *The global city: New York, London, Tokyo*. Princeton University Press.
- Schönle, A. (2017). Broken history and crumbling stones: The Romantic conception of architectural preservation. *Slavic Review*.
- Shmidt, C. (2012). *Palacios sin reyes: Arquitectura pública para la “capital permanente”: Buenos Aires, 1880–1890* (Historia Argentina, 12). Prohistoria Ediciones.
- Secretaría de Cultura de la Nación Argentina. (2025). *Puesta en valor*. Ministerio de Cultura de la Nación Argentina. <https://www.argentina.gob.ar/cultura/patrimonio/puesta-en-valor>
- Silvestri, G. (2001). *La planificación de Buenos Aires entre 1880 y 1930: Transferencia de modelos urbanísticos europeos y emergencia de discursos profesionales* [Tesis de doctorado, Universidad Nacional de Quilmes].
- Silveti, J. (2017). *Paths, sounds, ruins: Imagining architecture in Candelaria*. Harvard University Graduate School of Design.
- Simmel, G. (2007). The philosophy of landscape. *Theory, Culture & Society*, 24(7–8), 20–29.
- Smith, L. (2006). *Uses of heritage*. Routledge.

- Solano Meneses, E. E. (2015). La interpretación simbólica de la arquitectura como mapa de la comprensión espacial: Una mirada desde la prosaica. En *IV Jornadas Internacionales de Hermenéutica*.
- Stern, B. B. (1992). Historical and personal nostalgia in advertising text: The fin de siècle effect. *Journal of Advertising*, 21(4), 11–22.
- Stoilova, L. (2014). The symbolism of decorations in Art Nouveau style. En *Time & Beauty*. Vittore Collina.
- Terán Bonilla, J. A. (2003). La importancia del patrimonio arquitectónico como documento histórico. *Cuadernos de Arte de la Universidad de Granada*, 34, 195–206. <https://revistaseug.ugr.es/index.php/caug/article/download/8955/7511>
- Thissen, V. (2011). La Confitería del Molino: Un patrimonio cultural como idea literaria. En *Diálogos transatlánticos* (Vol. 1b). Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, Universidad Nacional de La Plata. <https://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/31421>
- Thomasz, A. G. (2005). *De la ciudad del “progreso civilizatorio” a la ciudad-museo: Buenos Aires y el patrimonio barrial* [Tesis de licenciatura, Universidad de Buenos Aires]. Facultad de Filosofía y Letras.
- Torres Castaño, E. (2011). La cuestión del poder en Eliseo Verón: Exámenes desde la teoría social.
- Tuan, Y.-F. (1977). *Space and place: The perspective of experience*. University of Minnesota Press.
- UNESCO. (2003). *Convención para la salvaguardia del patrimonio cultural inmaterial*. UNESCO. <https://ich.unesco.org/es/convencion>
- UNESCO-PNUD. (1977). *Conclusiones del Coloquio sobre la preservación de los centros históricos ante el crecimiento de las ciudades contemporáneas*. UNESCO-PNUD.
- Urfeig, V. (2022, 8 de julio). La Confitería del Molino reabrió sus puertas: Cómo es visitar el edificio restaurado. *La Nación*. <https://www.lanacion.com.ar/sabado/estaba-abandonado-desde-1997-mas-de-8000-vecinos-en-la-preapertura-de-la-confiteria-el-molino-nid08072022/>
- Vargas Zuluaga, N. M. (2013). *Coreografías urbanas del desprecio: Estéticas neobarrocas en la ciudad de Medellín*. *Ciencias Sociales y Educación*, 2(4).
- Verón, E. (1993). *La semiosis social: Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Gedisa.
- Vetancourt León, M. B. (2017). *El patrimonio arquitectónico como suma de valores y fuente de identidad: La obra construida de Pablo Neruda y su “poética del habitar”* [Tesis de doctorado, Universidad de Sevilla].
- Vázquez, D. (2020). *La humanización del espacio: El proceso de recualificación excluyente de espacios urbanos públicos centrales e históricos en la ciudad de Buenos Aires en tres gestiones PRO (2007–2019)* [Tesis de maestría, Universidad Nacional de General Sarmiento].

Wortman, A., & Bayardo, R. (2012). Consumos culturales en Argentina. *Alteridades*, 22(44), 11–21.

Yúdice, G. (2001). La reconfiguración de políticas culturales y mercados culturales en los noventa y siglo XXI en América Latina. *Revista Iberoamericana*, 67, 639–659.

Yúdice, G. (2002). *El recurso de la cultura: Usos de la cultura en la era global*. Gedisa.